

*Ariadna Baker*

# NO TODO VALE EN EL AMOR





NO TODO VALE

EN EL AMOR

Primera edición.

No todo vale en el amor

Ariadna Baker.

©Julio, 2020.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Este libro se lo quiero dedicar a mi otra mitad, por haberme aguantado cuando ni yo misma lo hacía, por haber estado apoyándome en cada una de mis locuras.

Te amo para siempre.

Ariadna.



*Capítulo 1*

*Capítulo 2*

*Capítulo 3*

*CAPÍTULO 3.1: LEO*

*Capítulo 4*

*Capítulo 5*

*CAPÍTULO 5.1: LEO*

*Capítulo 6*

*Capítulo 7*

*LEO CAPÍTULO 7.1:*

*Capítulo 8*

*Capítulo 9*

*Capítulo 10*

*Capítulo 11*

*Capítulo 12*

*Capítulo 13*

*Capítulo 14*

*CAPÍTULO 14.1: LEO*

*Capítulo 15*

*Zeus...*

*Epílogo*

## Capítulo 1

Noté cómo mi hermana pequeña se metió en mi cama, como cada día cuando se despertaba.

—Buenos días, princesa — me giré para abrazarla.

—Cris, faltan seis días para mi cumpleaños — sonrió mirándome.

—Pues ya falta menos — besé su frente echando su pelo hacia un lado.

—¿Me vas a comprar la casa de muñecas para el jardín?

—Eso debe ser una sorpresa — le hice algo de cosquillas causándole una carcajada y la saqué hacia el jardín.

—Quiero mi vaso de leche con galletas.

—Lo tuyo es no dejarme dormir — resoplé bromeando y levantándome.

Mi padre era arquitecto y mi madre doctora, ellos salían cada mañana a trabajar y yo me quedaba con la pequeña. Así lo hacíamos sobre todo en verano, como ahora, hasta que cogieran en agosto las vacaciones.

Silvia, mi hermana, solo tenía seis años. Nos llevábamos veinte de diferencia, vino por sorpresa, pero alegró la casa, nuestras vidas y se convirtió en nuestro tesoro.

Una preciosa rubita de pelo rizado y ojos celestes, se parecía mucho a mí, era mi miniatura y me imitaba en todo. Había salido tan pija como yo y admiraba mis vídeos y redes. Me explico, yo estudié Arquitectura como mi padre, aunque en mi caso, sin ejercer. El caso es que terminé la carrera el año anterior, pero como había dado un pelotazo como *influencer* dos años atrás, seguí dedicándome a ello y mis padres lo aceptaron.

Le preparé el desayuno y me senté con ella en el jardín, era principios de julio y apetecía estar en esa zona, sobre todo temprano antes de que el sol comenzara a apretar.

—Vamos a subir un vídeo a Tik Tok luego...

—Me estás robando mi protagonismo — reí negando.

—No, la estrella eres tú, pero a mí me gusta que me compartas.

—¿Compartir? En la vida, eres solo mía, pero bueno, volveremos a grabar otro vídeo.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Pues iremos a por Katy, hemos quedado en ir a hacernos las uñas para estar perfectas para esta noche.

—¿Me las pueden pintar de rosa?

—Claro, luego mamá me matará, pero ya resucitaré, no hay colegio y te van a dejar las manos monísimas para el vídeo.

—Papá dice que me va a regalar una bolsa de las princesas para la playa.

—Uy, uy, uy — me puse la mano en la frente haciendo el papel —. Te tienen muy consentida, si a ti te compran la bolsa, a mí me deben de comprar algo ¡Me niego a ser la oveja negra!

—Siempre te compran cosas — reía mientras mojaba las galletas en el vaso —. Y tú ganas mucho dinerito.

—Bueno, pero a una le gusta que la sorprendan también — voltee los ojos.

Ella me miraba sonriendo, era la niña más feliz del mundo y la más coqueta. Tenía a quien salir, yo estaba obsesionada con estar siempre impecable, como el dicho de “antes muerta que sencilla”, pero es que me encantaba la moda y todo lo que tuviera que ver con ella.

Terminamos de desayunar y nos vestimos, iguales por supuesto. Parecía mi hija, íbamos con una minifalda en rosa pastel, una camiseta de tirantes, unas sandalias blancas, una coleta alta y los labios en rosa. Ella también, a mi madre le mataba eso, pero ¿y lo monas que íbamos? Hasta las gafas de sol llevábamos iguales.

Me monté en mi coche Mini blanco metalizado, con el techo descapotable, y lo retiré; estaba el día para ir al aire libre.

La pequeña atrás en su sillita exigiendo un tema de Maluma, decía que era su novio virtual, que un día lo conocería y lo serían de verdad. En fin, cosas de niños.

—Hermana, recuerda conducir tranquila que me llevas de paquete y no quiero morir aquí — reía.

Yo era muy loca con el coche, para qué mentir, pero cuando iba con mi hermana, como que tenía un cuidado especial.

Pité en la puerta de Katy que salió quejándose.

—No conozco en la vida nadie más impuntual que tú, es increíble — se quejó montándose a mi lado y mirando hacia atrás —. Hola, mi princesa favorita — le dijo a Silvia.

—Hola, Katy — dijo feliz la pequeña.

—Deja de quejarte que solo fueron unos minutos — protesté.

—Veinte minutos, por Dios, veinte.

—¿Y perdiste la vida por ello?

—Paso de contestarte, no lo vas a entender nunca.

—Vives muy acelerada...

—Y a ti se te cae eso que llevas entre las piernas.

—Buenooo, anda que no eres exagerada, andaluza tenías que ser.

—Pues lo mismo que tú — negaba con la cabeza.

—Bueno, tengamos la fiesta en paz que es viernes y nos espera esta noche trabajo.

—Trabajar... Me tiro las fotos en el *Photocall* y luego me bebo hasta el agua de los floreros.  
¡Qué ganas de salir por Dios!

—Mis padres hoy quieren hacer una paella cuando vuelvan del trabajo y me encargaron que pasara por el mercado, ¿te apuntas?

—Pues claro, no me voy a perder la paella de marisco con ese vino blanco que ponen como guinda del pastel.

—¡Borracha!

—Cállate, impuntual.

Oímos la risa de Silvia que nos escuchaba con atención desde el asiento trasero. Ella disfrutaba con las batallas que disputábamos mi amiga y yo.

Llegamos al lugar donde nos hacían las uñas gratis para que promocionáramos el negocio. Estaba en la Avenida Ricardo Soriano, la principal de Marbella y teníamos un acuerdo con ellos que nos contrataron para eso, así que luego fotitos al resultado y para las redes.

Aparqué el coche como la que aparca un patín, mi amiga me miró con ganas de matarme, pero ya me conocía ¿Para qué tanta queja? En el fondo no podía vivir sin mí, éramos como las mellizas de la ciudad, donde iba la una, iba la otra.

Nuestra aventura de *influencers* comenzó dos años atrás cuando nuestros padres nos regalaron un viaje a las Maldivas. Nosotras teníamos las redes y poníamos fotos muy cuidadas, pero en ese viaje hicimos maravillas, de carteles de películas, donde poníamos un montón de *Hashtags*... Y así comenzaron a crecer los seguidores por días hasta llegar en menos de dos meses a los tres millones, una barbaridad. A partir de ahí, empezaron a contratarnos las marcas, a pagarnos, a enviarnos ropa y como esta noche, a pagarnos por ir a fiestas y posar en el *Photocall*.

Entramos al local de uñas donde nos recibían como si hubieran aparecido las mismísimas

*Kardashian* y eso a nosotras como que nos gustaba. A nadie le amarga un dulce y recibir tanto cariño y atención como que nos ponía de lo más contentas.

La pequeña se pintó las uñas con gel permanente en rosita, una monería, además en el dedo pulgar de cada mano le pintaron una flor blanca que quedaba de lo más cuqui.

Luego nos tocó a nosotras que, como siempre, nos la dejaron espectaculares y es que tanto las manos como el pelo son la imagen de las personas y hay que llevarlos perfectos para sentirnos bien.

De allí nos fuimos a tomar un zumo natural fresquito a una coctelería que nos gustaba mucho, en la playa, toda de madera en colores. De ahí sacábamos unas fotos impresionantes y por ende nunca nos cobraban, nos trataban con mucho cariño y es que la vida de una *socialité* como nosotras era eso, contar con la suerte de que todo nos lo pusieran por delante.

Una vez que también nos hicimos fotos, e igual que en el lugar de las uñas, las subimos a las redes. Nos fuimos para mi casa y un rato después llegó mi padre que se puso en la cocina a preparar la paella mientras descorchaba una botella de vino y charlaba con nosotras.

Mi padre era lo más guapo de este mundo y no lo decía porque fuera su hija, es que parecía sacado de una novela de televisión, al igual que mi madre, que era espectacular. Todavía eran dos jóvenes bombones, a mí me tuvieron con veinte años, así que ahora estaban a punto de cumplir los cuarenta y siete.

Katy siempre decía que si mis padres se separaban se iba con él, cosa que a mí me ponía de mala leche solo con el hecho de que bromeara con esa posibilidad. Pero eran eso, bromas, además mis padres morían el uno por el otro y no tenían ojos más allá que para ellos.

Mi madre no tardó en llegar pidiendo su copa y sentándose como la que viene de la guerra. Decía que estaba de los pacientes hasta la coronilla, ya que muchos iban a la consulta por el simple y mero hecho de estar aburridos, hasta para un dolor leve de cabeza aparecían, así de

dramática era. En cualquier caso, un sol de mujer, una de esas que todo lo veían de forma positiva, menos sus horarios de trabajo.

Casi nos mata al ver las uñas de la pequeña, pero luego reconoció que le quedaban ideales. Lo cierto es que le gustaba ese tono de madre destinado a imponer orden y normas, aunque luego hacíamos con ella lo que nos daba la gana, sobre todo la pequeña. En su caso era abrir la boca y todos nos desvivíamos por hacerla feliz.

—Mamá luego voy a hacer un Tik Tok con Silvia y Katy.

—Sabes que no me gusta, eres muy pequeña — protestó, pero sin evitar que se hiciera.

—Ya, pero yo soy la princesa de ellas y en las redes me quieren.

—Y aquí te queremos más y de verdad, pero bueno, no sé para qué digo nada si luego vais a hacer lo que queráis.

Mi padre sonreía cocinando feliz esa paella de mariscos mientras nosotras batallábamos unas contra las otras, sobre todo la deslenguada de Katy, que no paraba de buscarle la lengua a mi madre y ella, pues ella le contestaba poniéndose a su altura.

La paella estaba lista y nos fuimos al porche del jardín a comerla, la pequeña quería tirarse a la piscina y comer fresquita, así que la dejamos. Total, iba a hacer lo que le diera la gana.

Katy no paraba de dar vueltas a la cabeza con lo que ponerse esa noche, eso de tener tanta ropa sin estrenar y a cada cual mejor, era un calentamiento de cabeza, pero es que las firmas no había día que no nos enviaran algo. Por esa razón, teníamos unos vestidores más grandes que los salones de nuestras casas.

Mis padres habían decidido irse con la pequeña el fin de semana a un hotel en Cádiz, situado a

dos horas y media de casa, así que Silvia estaba de lo más feliz y diciendo que grabaría vídeos en el móvil de nuestra madre para luego dármelos y subirlos a las redes, la cara de mi madre era un poema.

Después de la comida nos dimos un baño en la piscina, Katy estaba con las fotitos inaguantable, ninguna le gustaba, así que me tuvo una hora haciéndole un reportaje hasta que se decidió.

—Esta es la buena, tiene calidad, luz, los colores vivos, mi rostro perfecto, el bañador blanco intacto...

—¡Calla y súbela! Me estás poniendo nerviosa.

—Qué mal carácter tienes hija — puso un gesto de asco mientras negaba.

—Pues a mí me gustan todas mis fotos — interrumpió la pequeña.

—Normal, eres la princesa de las princesas — le dijo Katy, causando que mi hermana se pusiera feliz, sonriente y emocionada; lo de creída lo llevaba en vena, como yo, vamos que la autoestima siempre la teníamos por las nubes y eso no había quien nos lo quitara.

—Tengo ganas de hacer un viaje...

—Cris te lo dije ayer, debemos ya hacer un viaje, nos han propuesto varios destinos exóticos, nos lo ponen todo por delante, no sé a qué estamos esperando.

—Pues ni yo, pero vamos, que en estos días lo decidimos, aunque pienso que algo cercano como Ibiza, Menorca, Formentera...

—El “higo” de mi prima, nos vamos a algún lugar de Bali, Tailandia, Filipinas, Seychelles, Maldivas...

—¿Qué prima? Si por no tener no tienes ni primas — le saqué la lengua bromeando.

—Pues para tener primas como las que tú tienes, mejor me quedo como estoy.

—¿Qué les pasa a mis primas?

—Que son para darles de comer aparte, por ejemplo.,

—Como te escuche mi padre, te mata.

—Vamos como si él no lo supiera — volteó los ojos.

—Mis primas son para él sus niñas también.

—Su niña soy yo — me hizo un guiño con malicia y resoplé por no ahogarla en esa piscina.

Nos echamos un rato en las tumbonas a tomar el sol mientras la pequeña se fue adentro con mis padres a echarse una siesta. Eso no se lo quitaba a esos tres ni Dios, buenos eran para renunciar a su descanso.

Katy era lo más parecido a Paris Hilton, pero a lo loco, tenía mucho glamur, porte, clase y un gusto exquisito. Ahora bien, su parte loca era más fuerte que la mía y eso que yo también me las gastaba, pero a deslenguada y ocurrencias de echarse a temblar, a ella no había quien le ganara.

Un rato después la llevé para su casa, teníamos que prepararnos para la fiesta, así que la

acerqué a la velocidad de la luz mientras ella me soltaba un motón de frases soeces para que fuera más lenta. Decía que la quería asesinar y fingir un accidente de tráfico, ni que yo fuera en el coche de atrás, desde luego que a veces tenía menos luces...

Me repitió mil veces que fuera puntual, joder es que me la tenía sentenciada ¿Qué más daba media hora antes o después? No entendía cómo la gente se mataba por llegar a los sitios, la vida había que tomarla con calma, saborearla, disfrutarla y, sobre todo, no vivir estresados. Ese era el *quid* de la cuestión, vivir los momentos sin aceleramientos.

Mis padres en esa cuestión también se ponían enfermos conmigo e intentaban hacerme ver que eso no estaba bien, ni bonito, pero yo les intentaba explicar que a las estrellas había que darles su ritmo, eso les ponía aún peor, pero es que yo era así. ¡No podía hacer otra cosa!

Llegué y la pequeña vino corriendo hacia mí a recriminarme que no la hubiera despertado para llevar a Katy. Ya le dije que ella se iba en un rato a un hotelazo a pasar el fin de semana y tenía que ir descansada, así que lo había hecho por su bien, cosa que la dejó tranquila y convencida de mis palabras, menos mal, tampoco quería traumatizarla y decirle que no la iba a llevar siempre a cuestas.

Mis padres comenzaron a prepararlo todo y en un rato ya estaban listos para irse, no sin antes darme mil consejos para que tuviese cuidado y todas esas cosas que suelen decir los padres tropecientos veces, aunque como padres era normal que lo hicieran, me sacaban de quicio.

Se marcharon y empecé a prepararme con tiempo, no tenía ganas de que me lo recriminara luego Katy. Aunque una cosa era intentarlo y otra conseguirlo. Pero yo a mi ritmo, sin prisas, pero sin pausa, a pesar de que sabía cómo iba a acabar la historia.



## Capítulo 2

Me subí a mi Mini y me vi como lo que era, una diosa divina de la muerte. Eso sí, quince minutos tarde que iba, ya veía yo que Katy me iba a querer pelar.

—Las estrellas de la fiesta y vamos tarde. Desde luego que siempre eres la misma—refunfuñó.

—Pues claro que soy la misma; única, genuina y tu mejor amiga—le estampé un beso en la cara.

—Cuidadito con tu afán de peloteo, no vayas a estropearme el maquillaje. Y ahora castigada, cuando conozcamos a dos buenos maromos, escojo yo.

—¿Y eso quién lo dice?

—Lo digo yo, así aprenderás, guapita de cara.

—No te lo has creído ni tú, encanto—di un acelerón tal al Mini que el cuerpo de mi amiga se pegó a su asiento.

—Tú sigue haciendo oposiciones y...

—¿Y qué? ¿A ver si me vas a decir tú a mí eso de “otro mes que no cobras”? Que no eres mi jefa ni nada parecido...

—Si fuera tu jefa ya te habría despedido hace años, calla y mira para adelante, que no sé cómo estamos vivas. Eres un peligro al volante.

—Sí, sí, pero un peligro que es tu chófer. Oye, otro día te va a llamar para recogerte quien yo te diga, que ya me estás hartando un poquito.

Llegamos a la entrada de la fiesta y...

—¡¡¡Para, para, para, que te llevas al aparcacoches por delante, incauta!!!

—Más exagerada y no naces, si no...

—Señorita, por lo que más quiera, que acabo de firmar una hipoteca—me dijo el aparcacoches.

—Uy, pues entonces más te vale dejar que te pille directamente, pero si eso es una sogá al cuello...

—¿Cómo? —el chaval se puso un poco bizco y yo no sé ni el porqué. Lo que yo le había dicho era una verdad universal. Yo no quería trampas ni muerta, lo mío era vivir la vida.

—¿Estás bien? —le preguntó Katy cuando nos bajamos del coche para darle la llave.

—Sí, mujer, a ver si vais a decir ahora que hay que hacerle la autopsia o algo, ¿pues no ves que está vivito y coleando? —resoplé.

—De milagro, pero sí, que ha parado usted a un centímetro de mis pies, por poco me manda de vacaciones gratis.

—Pues eso que hubieras adelantado, que estamos en veranito, chaval. Oye, cuídame el coche, ¿eh? —le guiñé el ojo.

—Sí, sí, y cuando vaya a salir, si eso, ya lo saco yo...

Salimos andando, contoneando las caderas...

—Lo he dejado impresionado—reí mientras le hacía el comentario a Katy.

—Más que impresionado, lo has dejado acojonado para toda la noche, pero tú misma...

Menudo fiestorro había allí organizado y vaya recibimiento que nos hicieron.

—Que sepas que todo esto es por mí—intentó hacerme rabiar mi amiga.

—De eso nada, ¿qué sería de ti sin mí? No te lo crees ni tú—le saqué la lengua.

Aquella era la eterna rivalidad entre las dos, que al final no tenía ni pies ni cabeza. Las firmas nos querían a ambas por igual y estábamos viviendo un momento dulce en lo que a la profesión se refiere.

Los representantes de diversas marcas acudieron hacia nosotras como las moscas a la miel.

—Estáis de lo más *cool*, preciosas—nos decían por doquier, mientras nos dábamos aquellos dos besitos sin llegar a tocarnos las caras.

—Ya lo sabemos—coreábamos mientras coqueteábamos con la cámara, que nos quería cantidad.

—¿Pasáis ya al Photocall, por favor? —nos indicó un representante del evento, la mar de

pequeñajo.

—Yo me he quedado loca cuando ha hablado, si creí que era un llavero—murmuró Katy camino del Photocall.

Mi amiga tenía unos puntos impresionantes y los soltaba en el momento menos pensado, por lo que yo siempre terminaba aguantando la risa.

—Calla, tía, que nos puede oír y está muy bien relacionado.

—¿Y qué culpa tengo yo de que parezca un teleñeco? Por Dios y con esa voz de pito.

—¿Te vas a callar ya? Que así no hay quien pose y yo tengo que concentrarme.

—¿Concentrarte? Ni que fueras a poner un huevo, no te fastidia. Anda ya, si nosotras lo llevamos en la sangre, sonrío a la cámara.

Y llegó ese momento que nos daba un chute de adrenalina considerable. La cámara nos quería y nosotros posábamos sin parar de sonreír, sintiendo el poder en nuestras venas.

Una suerte, así podíamos considerar nuestro trabajo; una tremenda suerte. Hacer lo que te gusta, prestando tu imagen y yendo siempre de punta en blanco, a cambio de recibir una succulenta cantidad de dinero, no tiene precio. O, mejor dicho, sí lo tiene y era justo el que iba a engrosar nuestras cuentas bancarias.

—Mira a tus doce—me indicó mi amiga sin dejar de sonreír y hacer poses.

—¿Al llavero otra vez? Lo quieres dejar ya tranquilo, anda que no te gusta a ti hacer sangre—resoplé interiormente mientras seguía coqueteando con la cámara.

—Al llavero no, a los dos bombones que hay detrás, ¿o es que lo de que conduzcas así obedece a que estés ciega?

—Una palabrita más sobre mi forma de conducir y esta noche te vuelves andando.

—No sé cómo volveremos, pero en tu coche seguro que no.

—¿Y eso por qué, lista? —más sonrisas para la cámara mientras me hervía la sangre escuchándola.

—Porque me pienso poner ciega, hasta el agua de los floreros me voy a beber, y tú conmigo.

—Venga, pero que las copas nos las sirvan aquellos dos.

—En mi ombligo le ponía yo un tequila al de la derecha para que se lo tomara despacito.

—¿Sí? Pues el de la izquierda no está tampoco para hacerle ascos, la verdad...

Así éramos nosotras y teníamos tal idilio con la cámara que largábamos la más grande incluso cuando posábamos. Bajamos del Photocall con el subidón propio de saber que todas las miradas estaban puestas en nosotras. A decir verdad, en la sala había algunas otras influencers, pero Katy y yo éramos las reinas indiscutibles del evento y ya estábamos pisando fuerte con tacón de aguja.

—¡¡Dios, me has pisado!! —el chico que le gustaba a Katy se llevó la mano al pie, en cuyo zapato le había dejado ella la marca de su tacón.

—Perdona, no te había visto—se hizo la interesante.

¡Anda que no la conocía yo ni nada! Por supuesto que lo había visto y fijo que lo había pisado aposta. Así era ella y así se las gastaba. Cuando quería entablar conversación con alguno, pisotón mortal al canto, y ya había tema del que tirar.

—Perdonada y tu amiga también, siempre que os quedéis con nosotros, claro.

—¿Con vosotros? No, hombre, no, nosotras nos debemos al evento, la gente nos quiere y tenemos que dividirnos—le faltó el tiempo para contestar.

—¿Y a mí por qué me tenéis que perdonar también? —me hice la ofendida.

—Venga, os tomáis una copa con nosotros y pelillos a la mar... Yo me llamo Zeus y mi amigo es Leo.

¿Leo? Como un león lo veía yo, qué repaso tenía el tío. Y, a juzgar por cómo estaba mirando mi amiga a Zeus, pensaba tres cuartos de lo mismo.

—¿Zeus? Míralo él, qué engreído con nombre de Dios y todo.

—Para diosas vosotras, o reinas o lo que queráis.

—Lo sabemos, lo sabemos. Oye, ¿van a tardar mucho esas copas o desfilamos?

—Nada, nada, marchando...

Los dos bombones se fueron a por las copas y nosotras nos quedamos saludando a las muchas personas que se acercaban.

—Cuando vengan con ellas, dale palique a cualquiera y que tengan que esperar, no se vayan a creer estos que han llegado y triunfado—me indicó.

—Más malilla y no naces...

—Y bien que disfrutas tú con mis juegos, ¿o vas a decir que no?

La realidad era que sí, yo disfrutaba tela con todo lo que salía de la maquiavélica cabecita de mi amiga.

Los bombones vinieron y yo me di la vuelta para darle charleta a otro y, ¿a quién me di de cara? Pues al llavero.

—A ese no... a un tío bueno.

—Que no veo ninguno, espérate.

—Pues busca, busca—murmuró.

Joder, ni que fuera yo un sabueso. Me acerqué a uno, haciendo como que me chocaba con él y resulta que por lo que soltó por la boca, debía ser por lo menos ruso.

—Dale carrete—me decía mi amiga por los bajinis mientras ella charlaba con otro.

—Pero ¿qué carrete le voy a dar desgraciada? Si este parece que se ha comido un polvorón y está intentando decir Zaragoza.

—Chicas, aquí tenemos las copas—nos miraron Zeus y Leo con carita de ¿aquí qué pasa?

—Un momento, un momento, ¿eh? Que nosotras tenemos tela de gente con la que hablar.

Si aquellos dos se habían pensado que íbamos a caer rendidas a sus pies, la llevaban clara. A Katy y a mí nos gustaba jugar con los hombres más que a un tonto un globo y a ellos les había tocado el premio gordo esa noche.

—Ya te vale, venga—le comenté dos o tres minutitos más tarde, viendo la estampa y cómo la estaba disfrutando.

—Bueno, ya estamos aquí, ¿cómo nos dijisteis que os llamabais? —les preguntó ella, haciéndose la distraída.

—Lo sabes de sobra—le sonrió Zeus mientras le acercaba la copa a sus labios rojos pasión mientras Leo hacía lo propio conmigo.

—Cuidadito, que yo sé beber solita, ¿eh? —le dije pensando que tenía una boca de lo más besable, pero que yo tenía que meterme en mi papel.

—Sí, ella beber, bebe estupendamente, otra cosa es conducir. Vamos que, si queréis más detalles, no tenéis más que preguntarle al aparcacoches.

—Paparruchas, no hagáis caso. ¿A qué os dedicáis?

—Somos actores de telenovela, ¿no nos habéis visto nunca en la tele?

—En la vida, ¿es una trola? —les pregunté sin reparos.

—No es ninguna trola, hermosura. Ahora acabamos de rodar una telenovela en Latinoamérica, lo que pasa es que aquí en España no se emitirá hasta dentro de uno o dos años.

—¿Una telenovela? Míralos ellos, si deben ser dos galanes—les soltó Katy, a quien yo conocía y sabía que el hecho de que fueran actores le molaba.

Bueno, a ella le molaba todo lo que oliera a glamour, y a mí también... para qué vamos a engañarnos. Mi amiga y yo vivíamos en una burbujita dorada a la que solo dejábamos acercarse a lo más selecto, aunque aquellos dos parecían ser de esos afortunados.

—Por cierto, vosotras no nos habéis dicho vuestros nombres—dijo Leo mientras se acercaban peligrosamente.

—¿Ves la raya que hay en el suelo? —le indiqué.

—No veo ninguna raya—se quedó un tanto extrañado.

—Pues como si la vieras, de ahí no puedes pasar—me reí.

—Hazle caso a mi amiga o ruedan cabezas, ella es la reina Cris y yo la reina Katy.

Los chicos nos hicieron una graciosa reverencia y empezamos a beber mientras nos preguntaban por los detalles de nuestras vidas como influencers.

—Me parece que nos hemos equivocado de profesión, amigo, aquí las que saben vivir son ellas dos—le comentó Leo a Zeus.

—Sí, como que vosotros tenéis una pinta de estar picando piedra que no podéis con vuestra alma, no te digo—fue lo primero que me salió por la boca.

Y es que tenía más razón que un santo, aquellos dos estaban súper trabajados en el gym y tenían un cuerpazo de infarto. Sus smokings de alta costura indicaban que era cierto lo que decían. A decir verdad, nos pegaban bastante a las dos, pero todo menos ponerles las cosas fáciles.

Copa va y copa viene, nos hartamos de charlar y de bailar con ellos. La música sonaba y la sensualidad de nuestros cuerpos salía a pasear. Otra cosa era que, a la que intentaban acercarse a nosotras algo más de la cuenta, les hacíamos un cerco como a la luna.

—Se nos ha tenido que olvidar perfumarnos o algo, porque no hay manera—se reían ellos.

Nosotras seguíamos bailando y les hacíamos gestitos para que se acercaran pero, en cuanto nos salía del alma, les poníamos el “stop” por delante y ellos adoptaban el gesto de que teníamos tela del telón.

En cuanto las copas nos empezaron a hacer efecto, comenzamos a pedirles al DJ nuestras canciones preferidas y nos hicimos las reinas de la pista. Los chicos no nos quitaban ojo de encima y solícitos, nos traían otra copa a una sola señal por parte de nosotras.

Bailando, cantando, riendo y bebiendo, las horas pasaron que fueron un gusto... En diversos momentos, los chicos intentaron volver a cogernos por la cintura e incluso soltarnos un seductor piquito, pero nosotras hicimos que abortaran misión a lo grande, hasta echando a correr graciosamente si hacía falta.

A decir verdad, los dos nos gustaban cantidad y el hecho de que además fueran actores era otro punto a su favor. Pero había que darles cuerda y se la dimos. En concreto, una cuerda que nosotras sacábamos por la sala y detrás de la que ellos corrían.

En diversos momentos, las dos nos miramos como diciendo que nos iba a costar más de la cuenta mantener el tipo, pero para eso éramos las reinas del cotarro.

Terminamos compartiendo los cubatas con ellos, pero, a poco que se acercaban a beber al mismo tiempo que nosotras, con la intención de que nuestros labios se rozaran, salíamos corriendo con la copa y nos quedábamos con ella.

Al final de la noche notamos que, a diferencia de lo que pasaba en otras ocasiones, que no había quien nos echara el lazo para nada, aquellos dos habían logrado acaparar nuestra atención durante horas.

—Nos vamos—les sacamos la lengua cuando el evento ya no daba más de sí.

—¿Y esos números de teléfono? No nos vayáis a decir que no nos los hemos merecido, hemos estado a vuestros pies toda la noche.

—¿Tú qué crees, se los han merecido? —me preguntó mi amiga mientras yo reía, borrachina.

—Igual un poco...

—Pues entonces les damos la mitad de los números nada más. Y que adivinen el resto.

—Sois dos bichillos, venga esos teléfonos completos—nos decían con carita de mártires.

Se los pasamos y ellos se ofrecieron a acompañarnos.

—A nosotras solo nos acompaña el taxista, no queráis saber tanto—les indicamos mientras salíamos corriendo.

Cierto que cogimos un taxi, pues sobra decir que, en las condiciones en las que estábamos, no íbamos a conducir.

Dejamos primero a Katy en su casa y después llegué a la mía. Caí a plomo en la cama, pues había sido una noche de lo más intensa y en la que el alcohol había corrido por nuestras venas más de lo debido.

Mientras me quedaba dormida, es decir, durante aproximadamente un minuto, vi la cara de Leo, con aquella sonrisa pilla que tanto me había llamado la atención aquella noche. Pero nosotras éramos unas divas y, como tales, debíamos hacernos valer. Y el que no pueda, que se fastidie.

## Capítulo 3

Una resaca como la copa de un pino...

Sola en casa ya que mi familia estaba disfrutando en ese hotel de Cádiz donde se habían ido a pasar el fin de semana, por lo que me preparé un zumo de naranja y me tomé una pastilla para aliviar el dolor de cabeza.

Tenía un mensaje de Katy diciendo que se estaba muriendo y otro de mi madre con un montón de audios, fotos y vídeos que me había mandado Silvia para que viera lo bien que se lo estaba pasando y de paso para que subiera algo suyo a las redes. Y es que se veía que quería seguir mi camino, tablas desde luego que no le faltaban a mi princesa.

Dejé en visto a todos, no estaba yo para contestar hasta que volviera a la vida y para eso me faltaría un buen rato.

Me tumbé en el sofá y me llegó otro mensaje, para mi sorpresa de Leo, decía que sí nos veíamos los cuatro al día siguiente para pasarlo en algún club de playa, por lo visto a mi amiga también le llegó el mismo mensaje de Zeus, pues no tardó en contármelo.

Seguí sin contestar a nadie, yo solo me quería arrancar la cabeza y morir, me había pasado tres pueblos con el alcohol y eso que sabía que luego me pasaban estas cosas; aunque la verdad morir no quería, era una de mis frases exageradas.

Me quedé un buen rato ahí tirada hasta que cerca de la hora de la comida llamé a mi amiga y quedamos en que la iba a recoger, además se quedaría en mi casa conmigo todo el día y a dormir, así al día siguiente saldríamos a la playa con los chicos. Por supuesto íbamos a aceptar, esos galanes de telenovelas no los podíamos pasar por alto, ya me veía tipo “Pasión de gavilanes”, viviendo una historia con ese pedazo de hombre digno de película, normal que fuera actor, tablas y porte tenía.

Me duché, me puse un bañador, un pareo por la cintura y fui por mi amiga, ¿para que vestirme si íbamos a pasar el día de piscina en mi casa? Además, era verano y en Marbella la gente iba luciendo de lo lindo, así que yo más, para eso era *influencer* y me quedaba genial cualquier trapito. Cogí un taxi para llegar hasta mi coche y me dirigí hacia casa de Katy.

—Media hora esperando, ya te vale — dijo echando al asiento de atrás la bolsa con sus cosas.

—Si vas a empezar a quejarte, te quedas aquí. Vamos, para aguantar tonterías estoy yo hoy.

—Me voy a quedar una mierda, para tu piscina que voy así me mate contigo.

—Conmigo poco te vas a matar, ya sabes que paso de ti, hoy es día de reflexión.

—Reflexión dice... — Negó poniéndose en cinturón — Venga, que lo que tienes es lo mismo que yo, una resaca de campeonato y un malestar de esos que te llegan a la uña del pie.

—¿Y qué culpa tiene mi uña del pie para que lo metas en tus problemas?

—Anda mira hacia adelante que todavía nos matamos. Por cierto, podrías parar en el freidor y cogemos un surtido de pescado y nos lo comemos en tu casa. Supongo que ni tú ni yo tenemos ganas de cocinar.

—¿Y cuando has cocinado tú?

—Nunca, lo mismo que tú, que no sabes ni freír un huevo.

—Dice que no, un día me hice una tortilla de patatas viéndolo en un tutorial en *YouTube*.

—Madre mía, menos mal que eres guapa y te siguen en las redes, que mal lo tendrías de lo contrario.

—Soy arquitecta, te lo recuerdo — dije con chulería.

—Y yo puta, pero nadie lo sabe.

—Yo sí — sonreí siguiendo su broma.

—Pues hala, mi secreto a la mierda — señaló para que parara en doble fila delante del freidor y ella bajarse.

Entró al freidor y, cómo no, a exagerada no había quien la ganara, apareció con varios cartuchos...

—He comprado croquetas caseras de jamón y pollo, chocos fritos, puntillitas, tortillitas de camarones, cazón y un poco de hueva frita.

—Vamos, todo frito, menos mal que me machaco en el *gym* — negué mientras arrancaba el coche.

—Y, ¿cuándo has ido tú a un gimnasio?

—Nunca, por eso me machaco, pensarlo ya es un martirio.

—Madre mía, vas de mal en peor y parece ser que no vas a enderezar en la vida.

—Y tú, ¿cuándo has ido?

—En la vida, pero a mi fisionomía no le hace falta.

—Pues lo mismo que a la mía — le saqué la lengua.

—¡Qué mires hacia adelante! Por poco te llevas al chico del paso de peatones — gritó enfadada.

—Me pones nerviosa, contigo es imposible conducir.

—Sí claro, ahora la culpa es mía, lo que no entiendo es cómo te regalaron el carnet.

—A mí nadie me lo regaló, me lo saqué solita y a la primera, cosa que otras...

—Más vale que te calles que vas a cobrar...

—Yo cobro por todo — sonreí con malicia, aunque ella al igual que yo también, pero a mí no me iba a mandar a callar.

Llegamos a mi casa y antes de que terminara de abrirse la verja, por poco me llevo el codo de Katy, que comenzó a chillar como una energúmena.

—¡Me quieres matar! ¡Loca! ¡Para, que me bajo ya!

No paré pues ya solo quedaba aparcarlo debajo del techado para coches, así que ahí fui dando un acelerón y frenando en seco. Por poco la saco por delante del coche y para qué, se bajó de lo

más enfadada, gritando aún más y acercándose a la mesa del porche para dejar la comida.

Yo fui hacia ella muerta de la risa, me dolía hasta el lado, qué fácil lo tenía para hacerla explotar, encima es que era hasta graciosa. Ojalá hubieran sido así las broncas de mis padres, ellos me sentaban en el sofá y me daban una hora de charla mientras yo aguantaba el tipo e intentaba hacer como la que escuchaba ¡Eso sí que era una condena!

—No te enfades, va, que nos vamos a hacer un viajecito en breve.

—Menos mal que tú no llevas el avión, si no se iba a subir mi abuela que en paz descansa.

—Bueno, una vez me planteé ser piloto.

—¡Anda, anda! Trae platos y refrescos, vamos a comer que me vas a quitar hasta el hambre.

—Encima me pones de chacha... — Me puse la mano en la frente haciéndome la ofendida.

—Voy a ir a dejar las cosas a tu cuarto, que se me arrugan los modelitos para mañana.

—Sí claro, ni que fuéramos a la alfombra roja.

—Pues mira, con dos actores quién sabe si algún día...

—¡Te den! Voy a coger las cosas que me estás poniendo de mala leche.

—¿¿¿Yo??? ¿¿¿Tendrás poca vergüenza???

—Ninguna, pero tú no te quedas atrás.

Entré para coger platos y unas latas, salí y coloqué todo bien. Olía que alimentaba, además, era de una de las mejores freidurías de todo Marbella y muy famosa por la buena calidad de sus productos.

Nos pusimos a comer y a hablar sobre Zeus y Leo, la verdad es que nos había hecho mucha ilusión que nos escribieran para quedar con nosotras al día siguiente y pasarlo en uno de los clubs de la playa.

La comida la pasamos medianamente relajadas, pero estábamos locas por meternos en la piscina a refrescarnos y tomar un poco luego el sol; había que broncear bien los cuerpos, ya que se estaba más espectacular así para las fotos.

—Entonces, ¿cuándo nos vamos de viaje? — dije para buscarla mientras nos metíamos en la piscina.

—Pues en una semana si quieres, ya sabes que yo siempre estoy dispuesta.

—He de confesar que por minutos me están entrando más ganas.

—Y encima nos pagan todo por promocionar el avión y los hoteles. ¡Ya estamos tardando!

—Nos lo vamos a replantear estos días, que no te quepa duda.

—¿Sabes la de bañadores y bikinis que tengo sin estrenar esperando un viaje así?

—Pues igual que yo, ya sabes que la firma de cabecera nos envió otro paquete que nos llegará a principios de semana y la nueva colección es brutal, hay algunos de crochet que puestos deben quedar de vértigo.

—Sí, lo vi, sobre todo el rosa pastel, qué pasada y se ve de un elegante...

Mi madre decía que eso de ser *influencer* era toda una tentación, hasta ella no se compraba ropa y usaba la que me enviaban ya que tenía un cuerpo parecido al mío, era un bombón.

A mi hermana pequeña tampoco la pasaban por alto, pues yo subía muchos vídeos con ella y eso a las marcas infantiles les venía como anillo al dedo, así que el único que se compraba ropa en casa era mi padre.

Estuvimos en la piscina echándonos fotos y subiéndolas a las redes, los likes daban vértigo, eran decenas por minuto, no había manera humana de seguir y ver de quiénes se trataba, al igual que los comentarios... No nos daba la vida para leerlos todos, ni de broma, la verdad que eso sí, todos con cariño, respeto y admiración. En alguna ocasión nos decían alguna cosa fea (fruto de la envidia), pero rápidamente salían nuestras seguidoras a defendernos y los dejaban más que callados, así que no nos hacía falta ir peleando con nadie por esas cosas.

Al final terminamos echándonos una siesta en las tumbonas, aunque a la sombrita, la brisa ya se encargaba de broncear nuestros cuerpos, pero es que estábamos cansadísimas de la noche anterior en la que nos habíamos bebido hasta el agua de las cubiteras de hielo.

Cuando nos levantamos nos volvimos a meter en la piscina y pasamos así el resto de tarde hasta que llegó la fresquita, nos duchamos y nos fuimos a cenar a un italiano que nos encantaba.

Ni que decir que de nuevo hubo pelea en el coche, ella con que aflojara y yo que me sentía una piloto de circuitos, allá que iba a toda velocidad y poniéndola enferma, suerte que nunca me habían puesto una multa. De todas maneras, iba rápida, pero sin pasar los límites, así que mi amiga era la exagerada, esa que conducía a paso de tortuga.

Llegamos al restaurante y nos pusieron del tirón en una de las mesas de la terraza con mejores vistas, les gustaba cuidarnos. Bien sabían que luego les hacíamos una promoción bastante buena con los platos y recalcábamos lo bien que se cenaba en ese lugar.

Mi amiga era de pizza y allí las hacían finas y crujientes, toda una delicia, pero el plato estrella eran los tortellini a la carbonara; ese era mi vicio, además de una ensalada de pasta llamada “Tutti di mare”, esa sí que estaba para hacerle un baile.

—Mañana me voy a poner un vestido de lo más glamuroso — dijo mi amiga mientras mordisqueaba la pizza.

—Yo, no sé qué ponerme ¿Cómo es el vestido?

—Blanco y corto, con toda la espalda descubierta y además de pecho queda espectacular,

—Vamos a la playa, te lo recuerdo.

—Es de playa hija, por favor, no vengas a decirme que no tengo buen gusto.

—Dios me libre de decir algo así — me puse la mano en el pecho —. Yo estoy pensando en ponerme otro vestido estilo ibicenco que me enviaron la semana pasada, tiene pinta de ser muy cómodo y tiene que quedar genial.

—Por cierto... ¿Sabes quién me escribió esta mañana aparte de Zeus?

—Sorpréndeme...

—Tinoco...

—¿En serio? ¿El *influencer* vasco?

—Ese mismo, para decirme que nos seguía y que le encantaba la forma en la que gestionábamos las redes y las imágenes tan cuidadas que subíamos.

—Pues ya me lo pudo decir a mi también — reí.

—Cualquier día lo hará, imagino, además me dijo que pronto vendrá por Málaga y que nos avisaría para tomar algo.

—Ese lo que quiere es una foto con nosotras, vamos, que no me chupo el ... — Me llevé el dedo a la boca.

—Ni yo, pero bueno también nos vendrá bien, la verdad es que tiene como nosotras, demasiado seguidores y un nombre bastante importante en este mundo.

—Por eso, pero me impresionó que escribiera...

—Pues porque nos sigue, seguro que nos tiene más que vistos los perfiles.

—Al igual que nosotras a él.

Las cosas eran así, todos los *influencers* mirábamos los perfiles de los demás para ver que habían subido o ver los resultados que les daba según qué tipo de fotos, al final todo pivotaba sobre lo mismo.

Tras la cena nos fuimos un rato a pasear para bajar la comida. La calle estaba a rebosar, la zona de la playa más aún, los sábados por la noche aquello era un hervidero de personas dispuestas a vivir la gran noche marbellí, así que aprovechamos para tomar un helado. Eso de beber, ese día no iba a ser posible, aún teníamos la resaca de la noche anterior y queríamos estar bien para el día siguiente con los chicos en la playa.

Regresamos a mi casa a la una de la madrugada, buena hora para descansar, pero claro, al final nos quedamos un rato en el porche charlando, tomando un refresco y luego nos pusimos a mirar en el vestidor lo que íbamos a llevar al día siguiente. Queríamos dejarlo todo listo porque levantarse y hacer las cosas precipitadamente, como que no. Al menos lo mío, por la ropa de mi amiga habría que pasar al día siguiente.

Katy era como mi segunda hermana, la quería muchísimo y mi familia también. Ni que decir tiene que la suya me adoraba y me trataban como a una hija más, hasta me gané más de una bronca por parte de sus padres en algunos momentos determinados, pero todo desde el cariño, era la preocupación y el amor que me tenían.

Me acosté pensando en la noche anterior cuando conocimos a los chicos, la verdad es que tuvimos una suerte increíble de que a las dos nos llamaran la atención cada uno de ellos y eso hizo que la noche fuera perfecta, divertida y muy amena.

Ahora nos tocaba conocerlos desde otro punto de vista, no es lo mismo tratar con una persona a lo largo del día que en una fiesta donde el alcohol, la música y las ganas de pasarlo bien eran el plato fuerte de la velada.

Yo ya había buscado por las redes a los chicos y vi que tenían muchas seguidoras que les ponían de todo cuando subían una foto, vamos, que las ponían a chorrear y más de una no se cortaba ni un pelo para ponerles cosas picantes y fuertes. Me quedaba muerta con ciertos comentarios, pero las redes desde el punto de vista masculino no tenían nada que ver con las de las chicas. Vale que a nosotras de vez en cuando algún que otro hombre nos dedicaba un halago, pero realmente nos seguían mujeres que lo que sentían era admiración y no deseos como los que ellos iban provocando continuamente en las féminas.

Así me dormí, pensando en ese chico que apareció en mi vida de forma fortuita la noche anterior.



## CAPÍTULO 3.1: LEO

Había quedado con Zeus aquella noche. No sabía lo que me iba a encontrar en el local de moda, seguro que alguna pija tonta que creía que el mundo estaba a sus pies, pero al fin y al cabo nosotros solo buscábamos pasarlo bien; un cuerpo, no un cerebro.

Me vestí con unos tejanos, una camiseta blanca para que se marcara bien hasta el carnet de identidad y unas bambas Nike.

Me miré en el espejo mientras me peinaba con la gomina para que no se me moviera ni un pelo y miré el reloj. La verdad es que parecía un “quinqui”, así que decidí ponerme un *smoking*, se me veía más elegante y apetecible.

Era hora de irse y romper la pista, como solían decir las chicas, pero esta vez se iba a imponer el cuerpo de hombre sobre el de las mujeres.

No tardamos mucho en llegar al local y aunque las chicas son simpáticas, la mayoría son cayos malayos. Lo siento, sé que está de moda decir que la belleza está en el interior y que el físico es caduco.

Que yo estoy de acuerdo y me parece muy bien, pero cuando vas a un local como este, lo que te entra por el ojo es una chica guapa, con un buen cuerpo y el que diga lo contrario se está engañando de lo lindo.

Nos fuimos directo a la barra. Zeus, mi mejor amigo, también se había decantado por un *smoking*. Parece que nuestra conexión cerebral es única y nos complementamos a veces sin percatarnos.

Nos pedimos unos tragos y es entonces cuando las veo entrar por la puerta. Todos los focos van a ellas al instante, parece que son bien populares en el local. Una parece una pija remilgada,

de esas que no me atrae nada.

La otra atrae mi atención desde el primer momento. Su piel es simplemente perfecta y esa melena rubia, que simula el oro puro, me ha deslumbrado. Todos las acaparan y en mi interior una pequeña mecha de celos se está encendiendo.

¿Acaso tengo derecho a estar celoso si ni siquiera la conozco? No. Así que desvíó la mirada, pero parece que Zeus tiene otros planes. No deja de mirar a la morena pija que yo he descartado al segundo.

Joder tío, has visto a esas chicas. Me acabo de enamorar de la morena, me la pido – me río sin poder evitarlo y le doy un codazo.

Tú te enamoras hasta de una seta.

Si es alucinógena, sí.

Tú alucinas hasta sin seta si piensas que esa te va a dar bola.

Dejemos desprender ese carisma y esa sensualidad que usamos en las telenovelas verás cómo caen como mosquitas.

Sigue soñando – pido una copa con un ojo puesto en la rubia, a la que miro de soslayo.

Parece que tú estás en el mismo sueño que yo a juzgar por cómo miras a la rubia. Vamos a por ellas, no perdemos nada. Lo peor que puede que puede pasar es que nos digan que no, pero ahora el mismo el no es lo que tenemos.

Está bien.

Se hacen las duras, pero con un par de copas más estoy seguro de que se van a soltar hasta de la vergüenza que las atrapa, aunque se empeñan en disimular. La rubia se llama Cris, y mi cabeza, que siempre se empeña en hacer juegos de palabras empieza a maquinarse.

Cris de cristalina, como lo es su piel. Reprendo a mi cabeza y salgo a bailar con Cris a la pista. Acaricio la piel de sus brazos con disimulo y mi cuerpo se electrifica al sentir ese terciopelo acariciar la yema de mis dedos.

Me aparta todo el tiempo con disimulo, haciéndose la difícil, pero lo que no entiende es que cuanto más difícil me lo pone, más ganas me entran de conquistarla.

La tengo en frente y solo me apetece besarla, sobre todo cuando he conseguido robarle un trago colocando mis labios donde segundos antes han estado los suyos y he sentido que su boca sabe a una especie de frambuesa salvaje.

Ella es así, salvaje por fuera, y puro fuego por dentro y yo solo quiero quemarme con ella como dos aves Fénix en plena combustión. Y lo voy a hacer cueste lo que cueste. Ya había sentido esto antes, con Eliana, pero nunca tan intenso.

Con ella solo había deseo y puro sexo, nada más, no sé ni por qué aguantamos tanto si no teníamos nada más, supongo que éramos jóvenes e ingenuos y pensamos que con eso era suficiente.

La separación había sido complicada, es por ello por lo que Zeus había organizado este viaje, al que llamaba retiro espiritual para rezar entre las piernas de alguna diosa del Olimpo, y así olvidar todo lo ocurrido.

Y aquí estamos, con estas dos bellezas, a las que podríamos catalogar como diosas del Olimpo a las que rezar entre las piernas, como dice Zeus. Me encantaría llevarla a mi cama y hacerle el amor de mil maneras distintas.

Pero cuando nos dicen que se marchan, es como si me echaran sobre la cabeza un jarro de agua fría, pero suplicando como si es que acaso lo hiciéramos por nuestras vidas, al menos conseguimos el número de teléfono.

Menos es nada. Zeus, echándole más morro y todavía más pícaro, les pide acompañarlas a casa y aunque están más que borrachas, de tontas no tienen un pelo, y niegan con la cabeza y con las palabras.

Miro el número de teléfono que me ha guardado Cris, pero no lo encuentro por su nombre. Me tengo que pasar casi cinco minutos leyendo toda mi lista de contactos hasta que la encuentro y sonrío. Reina Cris es el nombre que se ha puesto.

Las veo marcharse en el taxi. Llevan una papa que no sé ni cómo siguen en pie. Se han bebido el bar entero y se tambalean de un lado al otro como si caminaran como E.T. y quisieran llegar a casa, con su teléfono.

Miro a Zeus que entra después de despedirlas de una manera más cercana. Solo le ha faltado saltar por la ventana abierta de la parte trasera del taxi cuando ya estaba este en marcha. Está más loco...

La verdad es que le pega la morena pija, son tal para cual, y yo estoy deseando volver a coincidir con Cris. Así que me acerco a Zeus y llamo su atención, que sigue pendiente del taxi que se marcha.

Ahora que tenemos sus teléfonos y que creo que nos han marcado a ambos. ¿Qué te parece si les enviamos un mensaje y las invitamos mañana a algún club de playa?, me da igual cuál. Todo es bueno con tal de disfrutar de la compañía de tales bellezas.

Me parece una magnífica idea.

Bueno, creo que nosotros también deberíamos marcharnos, ¿no crees?

Nos tomamos una más y cogemos un taxi, ¿vale? – asiento.

Nos tomamos una cerveza, no queremos tomar más ron, ginebra, vodka o todos los mejunjes que nos han puesto de garrafón. Si bebo uno más me voy a ir por la patilla y no saldré del baño en toda la noche.

Cuando estamos listos, salimos y paramos un taxi para que nos lleve a casa. Primero dejamos a Zeus en la suya y después me lleva a la mía.

Subo al bloque y pronto me encuentro dentro de mi casa. Todo está en silencio y sé que mi amiga está dormida, es la única familia que tengo aquí.

Me asomo a su puerta y la veo durmiendo a pierna suelta y roncando como un oso en hibernación. Niego sonriendo antes de irme a mi cuarto improvisado.

Voy directo al baño y me doy una ducha antes de lavarme los dientes y meterme en la cama. Le mando un mensaje a Zeus para que se quede tranquilo y sepa que he llegado bien.

La verdad es que podía haberme quedado a dormir en el piso que ha alquilado, pero también me apetece estar con Martha.

<< Tío, mejor quedamos con las chicas pasado mañana, tengo una jaqueca que creo que como siga así me la voy a cortar, la cabeza, la de arriba. ¿Te parece bien? Descansa. Un abrazo hermano>>.

No espero respuesta, simplemente cierro la conversación y abro una bajo el nombre de Reina

Cris. Sonríó de nuevo al ver el nombre que ha puesto y tecleo el mensaje que quiero mandarle.

<< Hola, mi reina Cris. ¿Qué os parecería quedar el domingo para ir a pasar el día a algún club en la playa? Espero que digáis que sí, porque si no, os iremos a buscar a rastras y os haremos alguna que otra ahogadilla. Esperamos respuesta. Te mando un gran beso. Leo>>.

No llego a mandar el mensaje estando tumbado en la cama, porque cuando escribo mi nombre ya solo veo negro. ¿Me he quedado dormido? ¿Habré mandado el mensaje?

## Capítulo 4

Nos levantamos con el recuerdo de la noche anterior en la cabeza. Anda que no lo habíamos pasado bien ni nada.

Al unísono sonaron nuestros teléfonos y ambas recibimos un mensaje calcado:

“¿Tendrías la amabilidad de volver a confirmarme que puedo acompañarte hoy a la playa? Sin ánimo de nada, ¿eh? Solo para hacerte de guardaespaldas”

Lógico que aquellos dos lo habían enviado juntos. A mí, Leo y a Katy, Zeus.

Nos miramos sonrientes, pese a la resaca, y pensamos que los chicos querían asegurarse de que acudiéramos a ese plan sensacional. Con ellos las risas iban a estar aseguradas, aquellos dos no sabían dónde se estaban metiendo.

Les contestamos que nos veíamos en una hora y los citamos en un club muy exclusivo del que también éramos imágenes, y que contaba con su propia playa privada.

Ellos nos dijeron que eso era nivel y que estarían allí como dos clavos, algo que sobraba, pues ya nos lo imaginábamos.

Katy y yo aprovecharíamos para sacarnos algunas fotos que subir a las redes, como no podría ser de otra manera, por lo que elegí un outfit de aire marinero que quedaría ideal. Cambié de idea desde el día anterior, eso era muy propio de mí y seguro que mi amiga haría lo mismo. Yo lo conjuntaría con un trikini que me hacía un cuerpo espectacular. Ya sabía yo que mis seguidoras eran mucho de ese tipo de prendas y que lo iba a petar.

En cuanto a mi amiga, le ofrecí que se pusiera lo que le viniera en gana de mi vestidor, pero

ella se negó en redondo; su idea era que la llevara a su casa, así que nos tuvimos que poner en marcha enseguida.

Mientras ella preparaba un cubo de café, yo me fui vistiendo y luego nos subimos en el Mini y pusimos rumbo a su casa.

—Cinco míseros minutos me has dejado para que me arregle, ¿tú te crees que esto es plan? — se quejaba en alusión a que yo, para no variar, había consumido más tiempo del debido y a que íbamos tarde.

—De eso nada, tú tienes que ir requetedivina, y ellos, si tienen que esperar, que esperen.

—Exacto, esa es tu filosofía de vida, el cuento de siempre; el que venga atrás, que arree; pero las cosas no son así, bonita.

—Venga, no te quejes más y bájate, que al final eres tú quien pierde el tiempo.

—Yo te cojo por el cuello, pero luego cuando salga, que ahora no puedo...

Subimos a su casa y en veinte minutos estaba mi amiga de revista. Eso sí, los chicos ya parecían un poco desesperados en la puerta del club.

“No podemos creernos que nos hayáis dejado tirados como a dos colillas, esto no se hace”

El mensaje iba acompañado de unos emoticonos con caritas tristes.

—Lo mismo por tu culpa son ellos ahora los que se largan y nos perdemos el día de diversión —se quejó.

—Sí, hombre, en eso están pensando ellos, en largarse. Me juego contigo lo que quieras a que vamos a llegar media hora tarde, pero si llegáramos dos horas, también estarían esperando.

—Pues contigo al volante, lo mismo lo comprobamos, que igual nos detienen o algo, ¿quieres mirar para adelante!

Todavía no nos habíamos bajado del coche y ya estábamos acaparando miradas, pues hice un trompo en el aparcamiento que no se lo saltó un galgo.

—Así me gusta que llegue mi niña a los sitios, en plan discreta—resopló ella.

—¿Y desde cuándo somos nosotras discretas? ¿Tú nos has visto? —Mi amiga iba con otro outfit marinero, en su caso en rojo, mientras que el mío era en azul marino.

Los chicos estaban como dos pinceles, esperándonos en la puerta del club, con sus bermudas azules marinas y sus polos, uno en blanco y el otro en rosa.

—¿También vais ahora conjuntados tipo influencer? —les preguntó Katy por todo saludo.

—Claro, es que hemos pensado que nos iba a ser más rentable—bromearon—Por cierto, nos habéis dejado en visto, ni una contestación ni nada, pensábamos que os habíais fugado sin nosotros.

—No, no os preocupéis que yo con esta no voy muy lejos en coche, ¿o es que no habéis visto la entrada triunfal que ha hecho? Por poco como tierra tres días—negó ella con la cabeza.

—Sí, sí, tú venga a quejarte, pero bien que te montas luego...

Los chicos nos miraban incrédulos, porque Katy y yo siempre parecíamos estar como el perro y el gato, aunque lo cierto es que luego una no daba un paso sin la otra.

Entramos en el club y ellos nos hacían gestitos con las manos como de que éramos las niñas mimadas del lugar. También les prestábamos nuestra imagen, por lo que tenían todo tipo de atenciones con nosotras.

Nos marchamos para la playa y allí comprobé con horror que, por eso de las prisas, mi amiga se había puesto un trikini idéntico al mío.

—Si no lo veo no lo creo—puse los ojos en blanco más cabreada que un mico.

—Esto es lo que tiene ir con prisas, la culpa es tuya, que lo sepas—refunfuñó ella.

Pero ¿qué decís de culpa ni culpa? Si las dos estáis monísimas, parecéis dos mellizas.

—¿Dos mellizas? Si yo fuera hermana de esta, me tiraba por un puente.

—Menos lobos, Caperucita.

—Si fuerais hermanas, cuando nos casemos con vosotras, seríamos todos familia—apuntó Zeus.

—¿Tú qué dices de casarnos ni de casarnos? Yo nada más que me casaría con un multimillonario—se echó a reír.

—Así me gusta, ¡que viva el romanticismo! —contestó él con cara de que era tremenda mi amiga.

—Hombre claro, que nosotras tenemos un nivel que mantener—apuntillé yo mirando a Leo, por lo que él hizo el gesto de ponerse la cremallerita en los labios.

Mirándonos con ganas de querer tirarnos de los pelos, nos sentamos las dos en las hamacas. De los más soliviantadas, les dijimos que nos sacaran algunas fotos y mostraron dotes artísticas, porque lo hicieron bastante bien.

—Y ahora os hacemos unos masajitos y todo arreglado, que os vemos muy tensas—se ofrecieron ellos.

—Muy bien, pero cuidadito con pasaros de la raya, que ya sabéis...

—¿Qué sabemos? Miedo nos dais, nos tenéis amedrentados.

—Mucho miedo y muy poca vergüenza es lo que tenéis vosotros, me parece a mí...

Los chicos empezaron a darnos un masaje que ciertamente nos calmó. Los dos eran muy graciosos y se hacían gestos entre ellos como de que estaban con dos mujeres de bandera. En eso no se equivocaban en absoluto, menuditas éramos nosotras.

—Cortesía de la gerencia del club—nos hicieron llegar cuatro cócteles perfectamente preparados, que fueron del tirón para las redes.

—Madre mía, cómo os miman por todos lados—decían ellos.

—Es que nos lo merecemos, somos las caras bonitas del club...

—¿Y nosotros? —preguntaron a coro.

—Vosotros dos feúchos, pero os tenemos empleados. Eso sí, si llegan dos millonarios, aire—bromeamos.

—Pues lo mismo esos dos millonarios no os daban ni la mitad de la diversión de la que os podríamos dar nosotros... Aunque no os creáis tampoco que tenemos las cuentas peladas, guapitas—nos guiñaron un ojo.

—Uy, pues entonces igual ya os miramos con mejores ojos—bromeamos.

—Hombre no sabemos si estaremos al alcance de lo que sus majestades quieran, pero muy mal no están esas cuentas—recalaron.

—Esto se pone interesante—decíamos mientras ellos negaban con la cabeza, incrédulos por el hecho de que mostráramos tanta cara dura.

Pero para una cara dura, otra... Y, cuando nos quisimos dar cuenta, los dos estaban contando con los dedos y a la de tres nos robaron un beso a cada una.

—Míralos, estos dos se creen que están rodando una telenovela—le dije a Katy.

—Pero con la diferencia de que, como saquemos la mano a pasear, eso sí que va a ser real...

El caso es que los mirábamos a las caras y no eran ganas de pegarles precisamente las que teníamos. Aquellas dos preciosidades nos encantaban y apetecía perderse en sus penetrantes miradas.

A la hora del almuerzo los chicos insistieron en invitarnos y nos pusimos hasta las cejas de pescado y de marisco.

—Pero ¿vosotras dónde lo echáis? —nos preguntaban mientras cada uno, sentados a nuestro lado, abrazaban nuestras cinturas.

—¡Que corra el aire! —aclaré—Y la comida la echamos dentro como todo el mundo, lo que pasa es que somos unas suertudas de libro y no engordamos.

—¡Toma ya! Y nosotros pensando que os matabais a lechuga.

—Lechuga, ¿qué es eso? —preguntó Katy mientras comía a dos carrillos.

—A esta no le deis nada verde que es malo. Ella es de paladar fino.

—Una que puede, claro que sí, que no está hecha la miel para la boca del asno—seguía zampando a placer.

Una vez que terminamos de comer, bajamos a la playa de nuevo. Los chicos se apresuraron a ir a por otros cócteles, nos estaban agasajando a lo grande.

—Y vosotras, ¿qué soléis hacer en vuestro tiempo libre?

—Nosotras, vivir la vida padre, básicamente.

—¿Y aparte de eso?

—Pues aparte de eso, tocarle las narices a los preguntones—refunfuñó Katy, a quien le encantaba hacer rabiar a los chicos.

—Pues sí que nos estáis dando bastante información para conquistaros, así no hay manera. No vamos a parar de dar palos de ciego—se quejaron ellos.

—Viajar, nos gusta viajar—confesé, pues me estaba dando hasta pena de ellos.

Katy me miró y yo conocía muy bien esa mirada, con la que me estaba diciendo que era una blandengue sin remedio.

—¿Os gusta viajar? Pues podríamos hacer un viaje juntos.

—¿Y qué os hace pensar que os necesitamos para viajar? No es por nada, pero tenemos conciertos con las cadenas hoteleras y podemos visitar los destinos más paradisíacos del mundo sin tener que pagar un euro, ¿cómo lo veis?

—Pues que os lo habéis montado muy bien, eso está claro...

—Y tan claro, como que en pocos días nos vamos a ir a un sitio de ensueño, con eso está todo dicho.

—Y nosotros haciéndoos de guardaespaldas, que no está bien que dos bellezones así viajen solos por el mundo, no vaya a ser que os secuestren o algo.

—Sí, sí, los que nos queréis secuestrar sois vosotros, a ver si creéis que nos chupamos el dedo.

Reír, comer y beber, eso no nos estaba faltando, pues enseguida llegó otra nueva bandeja, de nuevo cortesía de la casa, con unos dulcecitos de chocolate que venían casi helados y resultaron ser un refrigerio delicioso.

—En un ratito les dices que nos traigan más—me miró mi amiga.

—Soy ahora tu esclava, ¿o cómo va esto?

—Qué malaje tienes, si a ti te da igual, que yo estoy reventada.

—¿Reventada de qué? Si tú trabajas menos que los Reyes Magos.

—Pues lo mismo que tú—ahí tenía razón, pero yo al menos no iba haciéndome la cansada por todos los sitios.

—Nosotros vamos por más—ambos eran un encanto.

Lo hicieron así y nos invitaron a más dulces de chocolate que degustamos con ansias, aunque con verdaderas ansias los hubiéramos degustado a ellos, que sí que eran dos dulces andantes.

—Bueno y ahora a lo que vamos, ¿cuál va a ser nuestro próximo destino? Bali, Tailandia, Filipinas, Seychelles, Maldivas... nosotros no le hacemos ascos a nada. Nos da igual.

—Vosotros lo que tenéis es un morro que os lo pisáis—los miramos a ambos, que a su vez pedían una oportunidad con la carita.

—A ver todavía no tenemos claro el destino, aunque lo cierto es que nos vamos a subir a un avión ya mismo, que tenemos mono—les comenté yo.

—Ni tampoco tenemos claro que vayamos a querer ir acompañadas, lo aviso desde ya—puntualizó Katy.

—Bueno, nadie dice que nos tengáis que dar una respuesta ahora.

—Faltaría más...

—Claro, os dejamos margen, de aquí al miércoles nos decís adónde nos vamos y ya tenemos nosotros los billetes en el bolsillo.

—El bolsillo es lo que os vais a tener que rascar en ese caso, porque nosotras vamos a gastos pagados a los mejores resorts y a vosotros os va a salir la gracia por un ojo de la cara—quise informarles para que no se llamaran a engaños, aunque su aspecto indicaba que aquellos dos manejar, manejaban.

—Esa es cuestión nuestra, no os preocupéis por eso.

—Y eso contando con que os digamos que sí, que estáis cantando victoria muy pronto—allá iba Katy que se moría por decir siempre la última palabra.

Los chicos aprovecharon que estábamos muy enfrascados en la conversación para soltarnos otra vez dos besos a traición. Desde luego, amilanarse no se amilanaban, pero eso nos ponía.

Katy me miró y me dijo que a por ellos, de modo que nos levantamos a la vez y salimos corriendo tras ambos para matarlos a cosquillas. Al final, de tantas como les hicimos, acabaron rodando por la arena y lo peor del todo fue que nosotras caímos detrás.

A resultas de aquella, los cuatro hicimos la croqueta de lo lindo y la cara de Katy era un poema cuando se levantó y vio que estaba rebozada.

—¡Todos al agua! —chilló mientras salíamos corriendo.

En el agua, nuevos juegos por parte de los chicos, que decían que tenían que acercarse mucho, que debían velar por nuestra seguridad. Y tanto se acercaban los jodidos que al final se estaba formando una caseta de campaña en sus bañadores que nos indicaba que aquellos dos tenían en común algo más que el buen gusto por las chicas guapas. Y es que, si se habían fijado en nosotras, el gusto lo tenían de lo más refinado.

Al salir, nos ayudaron a secarnos mientras nos robaban algún que otro beso más y todos juntos nos sentamos en las hamacas, con ellos cada vez más cerca.

—¿Habéis pensado ya dónde nos vamos de viaje? —nos preguntan con gracia.

—Ni lo hemos pensado ni, como os pongáis más pesaditos, vamos a tener nada que pensar.

Katy no les daba tregua, aunque a ellos parecía que les iba la marcha. Seguramente porque todos sabemos que no es tan fiero el león como lo pintan y mi amiga en realidad tenía un corazón de oro.

A la hora de cenar los chicos nos invitaron. Nosotras estábamos encantadas y tampoco teníamos ganas de meternos en casa, por lo que aprovechamos el tiempo al máximo.

Llegamos tarde a casa y con la sonrisa en los labios. Cuando me aferré con fuerza a la almohada, me tuve hasta que reír por lo mucho que habían insistido en venir de viaje con nosotras y por las muchas veces que la jodida de Katy les había dado esquinazo. ¿La última palabra? Todavía no se había escrito.



## Capítulo 5

El lunes me despertó Silvia, como no podía ser de otra manera. La noche anterior habían llegado de madrugada y yo apenas los escuché entre sueños.

—Me he echado un novio en Cádiz, ¿lo sabías? —me preguntó de lo más zalamera.

—¿Cómo un novio? ¿Y a quién le has pedido tú permiso para semejante cosa? —comencé a hacerle cosquillas.

—A nadie, yo soy la dueña de mi vida, ¿no es eso lo que dicen las mujeres valientes?

—Eso mismo, pero tú todavía no eres una mujer, eres un renacuajo, mi renacuajo...

—Pues se llama Alberto y es mi novio. Me ha dicho que cuando sea mayor va a venir a casarse aquí a Marbella conmigo—se puso un poco triste.

—¿Y esa carita, princesa? ¿Se puede saber por qué te pones así? ¿Es porque ya no vas a ver a Alberto?

—No, no es por eso. A Alberto sí lo volveré a ver, porque si él me ha dicho que vendrá, lo hará. Y nos casaremos—viva la inocencia de mi hermana— Lo que pasa es que me da penita porque mi amigo Óscar se va a enfadar cuando se lo cuente.

—¿Y por qué se va a enfadar tu amigo Óscar? Si es que puede saberse.

—Porque él me quiere más que nadie y siempre me dice que yo no debo hablar con los demás niños, solo con él. Entonces, que me haya echado novio tampoco le va a gustar.

Fruncí el ceño, no me hacía ninguna gracia que ningún mocoso coaccionara a mi niña. Y el tal Óscar ya apuntaba maneras, igual que su padre, que me daba la impresión de ser un chulo de mucho cuidado.

—Princesa, si Óscar no quiere que hables con los demás niños no te quiere, eso no es amor, eso son ganas de controlarte. Si te vuelve a decir algo así o te da problemas, me lo dices y hablo yo con él, ya verás lo pronto que le pongo los puntos sobre las íes y no te vuelve a comentar ninguna cosa de esas.

—Vale—su carita se iluminó. Vamos, hombre, faltaría más que mi niña estuviera coaccionada.

La peque se pasó todo el desayuno hablando de Alberto, era de lo más enamoradiza. Siempre le pasaba igual, estaba unos días hablando de un niño y a los pocos ya se le olvidaba.

Aquella tarde yo la acercaría a casa de su amiga Diana, pues era su cumpleaños. Aunque por las tardes ya estaban mis padres en casa, no me costaba nada llevarla yo y que ellos descansaran después de sus respectivos turnos de trabajo.

Estaba desayunando con Silvia cuando recibí un mensaje de Leo.

“¿Ya habéis tomado una decisión sobre lo del viaje? Te advierto de que no vais a encontrar a nadie como nosotros para cargar con vuestras maletas”

Me eché a reír y llamé a Katy.

—Les tenemos que dar una contestación ya, no van a estar eternamente pendientes de nosotras. Y a mí me mola Leo, como lo pierda por tu culpa, te la cargas.

—Tú lo que necesitas es que vaya a acompañarte a tu piscina, te sientes sola y quieres que yo vuele para allá. Y de paso ya hablamos de lo de los chicos.

—Total, que lo que me estás pidiendo es que te recoja y que luego encarguemos comida, ¿no? Menudo negocio que hago yo contigo.

—Justo, por lo menos eres rápida y al menos las captas al vuelo, que solo me faltaba que fueras un poco alelada y tener que darte las instrucciones de todo.

—No, no, pero vamos, que la lista del dúo eres tú, eso está claro, no te fastidia... Te llevo, te traigo, te invito a almorzar y de paso te aguanto todo el día.

—Venga, deja de quejarte y recógeme, que tenemos mucho de lo que hablar.

Media hora más tarde ya estábamos en la puerta de su casa.

—Anda que no se nota nada que hoy viene la peque en el coche, no me tengo que poner ni el casco ni nada...

—¿Qué casco? —la miré con extrañeza.

—Pues uno que me he comprado para cuando me suba contigo en el bólido—bromeó.

—¿De verdad te has comprado un casco? —aplaudía la peque emocionada, pues ella se lo creía todo.

—De verdad, de verdad.

—Pues vas a parecer Manny Manitas con el casco—le indicó Silvia.

—¿Y quién es ese, princesa?

—Es un dibujo animado, es un hombre que lo arregla todo.

—Pues si lo arregla todo y es hombre, normal que sea un dibujo animado, porque eso no existe —bromeó.

Llegamos al jardín y allí que empezó Katy a posar en plan diva, para subir las primeras fotos del día a sus redes. Yo entré en la casa y, cuando saqué una bandeja de zumos naturales, me encontré a Silvia imitándola por detrás, por lo que tuve que reírme.

La niña iba a ser influencer sí o sí, por lo que ya se estaba viendo, pero es que sus dos hermanas mayores, la de sangre y la adoptada, lo eran... y de las buenas.

Almuerzo de chicas en el jardín y siestorro que se echó Silvia en una hamaca mientras nosotras hablábamos.

—Oye, ¿cerramos las Maldivas como destino definitivo entonces? —le pregunté.

—Pues claro, habrá otros iguales, pero no mejores, yo ya estoy deseando volver a estar en ese paraíso.

—¿Sola o acompañada?

—¿Cómo sola? Te llevo a ti, que eres como mi mascota—bromeó.

—Ya me entiendes, ¿nos llevamos a los chicos?

—Pues claro, ya sabes que yo digo todas las tonterías de boquita para afuera, pero en el fondo soy una santa.

—Sí, santa, “santa que mea...”

—“Maldita sea” —abrió Silvia un ojo para terminar la frase.

—Pero bueno, ¿tú no estabas dormida? —Katy no daba crédito, pues Silvia tenía un desparpajo que parecía estar en todos los sitios a la vez.

—Lo estaba, pero he escuchado a la hermana. Oye, ¿ya nos vamos a casa de Diana? Tengo que ir a su cumpleaños, porque si no, ella no vendrá al mío, que ya solo faltan tres días.

—Sí, en un ratito te llevo, anda, ve escogiendo la ropa que te vas a poner.

—¿Cuál te vas a poner tú? Para ir las dos iguales, ya sabes...

Era un caso la pequeñaja.

—Venga, tira a vestirte, ponte el mono blanco.

—¿Y mi casa de muñecas? Ya me la has comprado, ¿a que sí?

—Ya te dije que es una sorpresa, veremos según te portes.

—Yo me porto fenomenal y tú me la compras—me sacó la lengua y salió volando.

En esas entraron mis padres que habían aprovechado la coyuntura para almorzar fuera.

La petarda de mi amiga me hizo un gesto de que mi padre estaba cañón y yo a punto estuve de tirarle con una botella de vino que habíamos abierto para acompañar al almuerzo.

Silvia bajó pletórica, con su mono blanco y unas gafas de sol de aviador azules, idénticas a las que yo solía ponerme con el mío y empezó a imitar mis poses para regocijo de mi amiga.

—Mira, mira, si posa mejor que tú—me decía buscándome la lengua, como era habitual en ella.

—Será que tampoco sé yo posar ahora, aunque tengo que reconocer que la enana tiene todavía más arte.

—Arte cuando vamos a la Feria de Málaga, hermana. ¿Este año también nos vamos a poner el mismo vestido de faralaes? —me preguntó la chiquitina emocionada.

—Te lo prometo—le guiñé el ojo.

—Y yo con vosotras, ya somos tres, y se puso Katy a cantar las sevillanas de “A la sombra de los pinos” de María del Monte.

—No, estos no son pinos—señaló mi padre que salió y se sentó al lado de ella a darnos las oportunas explicaciones sobre los árboles que poblaban nuestro jardín.

—Si es que no solo es guapo, sino además interesante—dijo ella en cuanto mi padre se ausentó, para buscarme un poquito más.

—¿Tú no tienes que ir a ninguna parte, mona?

—Yo contigo a llevar a la niña...

—Pues después me acompañas también a comprarle la casa de muñecas—murmuré sin que ella se enterara.

—Y cuidado con el tamaño, ¿eh? —me advirtió mi madre por los bajinis—que conociendo como eres con la niña lo mismo le compras un castillo y se lo colocas aquí en el jardín.

Dejamos a mi hermanita en casa de Diana, y Katy y yo nos fuimos a encargarnos de la casa en cuestión. Madre mía que por poco no tengo que hipotecarla, ¡menudos precios! Era una auténtica preciosidad en colores rosas pastel y con pegatinas de todas sus princesas Disney favoritas.

—El día que nuestros padres no nos soporten más, nos metemos en la casa que le has comprado a la niña y asunto concluido—me decía Katy cuando nos sentamos a tomar un refrigerio.

Relajadas en aquel bar, debatimos sobre absolutamente todos los detalles de nuestro viaje a las Maldivas. A la mañana siguiente hablaríamos con la compañía aérea y con la cadena hotelera para que pusieran a nuestra disposición lo mejor de lo mejor.

—¿Llamamos ya a los chicos y les damos la sorpresa? —le pregunté.

—Y un jamón con chorreras como el que nos comemos nosotras en la feria, esos se esperan al miércoles, ¿no nos dieron un ultimátum? Pues ultimátum van a tener, por graciosos...

—Desde luego que más puñetera y no naces.

—Pues eso es lo que hay, que están muy buenos y todo lo que tú quieras, pero que a mí no me

torea ninguno.

Desde luego que había que tener valor para ni siquiera plantearse torear a mi amiga, pero aquellos pobres, que se veían más buenos que el pan, iban a pagar el pato de su carácter.

Por la noche recibí un mensajito de Leo que me preguntaba por cómo había pasado el día y me mandaba unas fotitos del lugar en el que había merendado con Zeus. La casualidad quiso que fuera en un local bastante cercano al que estuvimos Katy y yo, vamos que no nos vimos por los pelos.

Él: “¿Vais a dar ya vuestro brazo a torcer? Mirad que al final nos vamos a quedar en tierra, por falta de tiempo de reacción”

Yo: “No seáis tan rapiditos, que ya veréis que hay tiempo para todo”

Él: “Pero es que yo quiero tener la seguridad de que nos vamos a pegar el viaje del siglo, ¿no te da penita?”

Yo: “En breve os comunicaremos la decisión del jurado”

Él: “Pues el jurado nos está poniendo ya de los nervios”

Yo: “Pues una tilita triple obra maravillas”

Me dispuse a conciliar el sueño entre risas, pues Leo me estaba haciendo más tilín del inicialmente previsto. Recibí un mensaje de la petarda de Katy que me decía que le estaba pasando lo mismo con Zeus.

Por suerte, mi amiga y yo habíamos viajado bastante, pero la idea de llevar a cabo aquel viaje a un lugar tan increíblemente hermoso como las Maldivas y tan bien acompañadas, me resultaba

especialmente atractiva.

Antes de dormirme, tuve una visita, que apareció en mi cama como Chicho Terremoto.

—¿Qué hay de mi casa de muñecas? ¿Ya me la has comprado? ¿Me la vas a regalar? —me preguntaba Silvia atropelladamente.

—¿Qué casa? No recuerdo que hayamos hablado nada de ninguna casa—fingí no saber de qué me hablaba.

—¡¡No puede ser!! Si se te ha olvidado una cosa tan importante es porque tienes a algún chico en la cabeza—se puso Silvia las manitas en la frente.

—¿Lo tengo yo o lo tengo tú?

—Seguramente las dos, porque a mí Alberto todavía me sigue gustando, aunque se haya quedado en Cádiz.

Vivir para ver, a este paso mi hermana pequeña era capaz de emparejarse sentimentalmente antes que yo...

## CAPÍTULO 5.1: LEO

Me he despertado y tenía el móvil en la cara con el mensaje que supuestamente le había enviado a Cris, pero parece ser que antes de darle a enviar me quedé frito en la cama.

Lo envió y me meto de nuevo en la ducha antes de desayunar. Hace un calor de ese pegajoso que solo se soporta con diez duchas diarias. Mi mejor amiga, que es casi mi hermana ya se ha levantado y está preparando el desayuno.

Buenos días, preciosa.

Buenos días, dormilón.

Tengo un resacón...

¿Como el de Las Vegas?

Creo que peor, solo me falta el mono.

Ya se te ve en la cara.

¿Qué te apetece hacer hoy?

Pues la verdad es que podríamos ir esta tarde a una exposición que van a hacer de una amiga. Tengo entradas para que podamos ir los tres.

Perfecto. Si te parece, me voy un rato al gimnasio con Zeus, comemos juntos en

algún restaurante y por la tarde vamos a esa exposición.

Hecho.

Sonrí y desayunamos mientras me hace el polígrafo para saber lo que hice el último verano, quiero decir, la última noche. Le explico que conocimos a las chicas y que iremos mañana a la playa con ellas.

Tampoco quiero dar tanta información o especificar tanto. Soy bastante pudoroso con mi intimidad y solo se sabe lo que yo quiero que se sepa. Ella tampoco insiste, porque me conoce.

No tardo mucho en hacerme la bolsa de deporte y plantarme en chándal en la puerta del piso de Zeus, que tarda más en bajar que un Drag Queen en maquillarse.

Cuando por fin baja, nos vamos directos al gimnasio más cercano. Nunca tenemos gimnasios fijos, como nos movemos mucho, simplemente pagamos la entrada cada vez que queremos hacer deporte.

Estamos prácticamente tres horas sin parar, acabando reventados. Cada uno va a lo suyo en relación con las máquinas, eso lo tenemos claro, porque cuando traspasamos sus puertas, nos ponemos los auriculares y solo nos dedicamos a quemar y a muscular, nada más. Ya tendremos tiempo de charlar de las chicas más tarde.

Estamos realmente agotados cuando llegamos a las duchas del gimnasio, el lugar donde siempre charlamos mientras nos limpiamos el sudor del cuerpo.

Le doy un codazo para que me preste atención.

¿Te apetece que vayamos Martha, tú y yo a comer fuera?

Claro, me parece un buen plan.

Luego nos ha invitado a una galería de una amiga suya que va a hacer una exposición.

Eso ya me gusta menos. Ya sabes que esas cosas no van conmigo.

Venga, hazlo por ella, se lo merece.

Espero que en la galería haya chicas guapas, porque serán los únicos monumentos y obras de arte que voy a querer contemplar.

Eso ya no lo sé, pero si no vas nunca lo sabrás y me las llevaré todas yo, de calle.

Está bien, iré, pero me debes una.

Yo no te debo nada, si vas a ver monumentos de mujeres...

Más te vale.

Nos vamos directos, tras el gimnasio y la correspondiente ducha, a nuestro restaurante predilecto. Ya hemos avisado a Martha de que se fuera hacia allá y así llegar al mismo tiempo y que nadie deba esperar a nadie.

Cuando llegamos, nos sentamos en una de las terrazas interiores cubiertas que tiene el lugar. Allí siempre se está de lujo y es un pecado estar por esta zona y no ir a comer.

Dos minutos después aparece por la puerta Martha con una sonrisa de oreja a oreja. Se sienta frente a nosotros y saluda a Zeus, a mí no, que ya me tiene muy visto.

Nos ponemos hasta el culo de arroz con bogavante. La verdad es que es algo caro, no nos vamos a engañar, pero vale la pena. No había comido tan bien desde hacía mucho tiempo.

Martha, ¿dónde se supone que está la galería donde expone tu amiga? – pregunto.

Está a una media hora en coche. Tranquilos, yo os llevo, he aparcado aquí al lado – me contesta y yo asiento.

Habrán chicas guapas, ¿verdad, Martha? – Vaya tela con Zeus.

Todo lo que haya en esa galería te aseguro que será guapo, empezando por mí – los tres reímos y nos acabamos el postre antes de pagar.

No sabemos nada de las chicas y la verdad es que empieza a ser preocupante. Estoy nervioso. Quizá a Cris le hubiese gustado venir conmigo a la galería y a Katy con Zeus.

Bueno, ya las veremos mañana, hay que hacerlas sufrir un poco para que luego tengan más ganas de estar con nosotros, si se lo ponemos todo tan fácil se aburrirán de nosotros demasiado rápido.

Una hora después y tras volver a casa para ponernos más decentes, traje incluido, aparecemos por la galería. Está abarrotada de gente, la gran mayoría mujeres, cosa que sin duda alegrará a Zeus.

Pero cuando entramos dentro, nos damos cuenta de por qué hay tanta fémica. La exposición es de fotografías eróticas homosexuales, sobre todo, de mujeres y la gran mayoría de estas, en la sala, tomas de la mano de otras mujeres.

No hay que ser muy listo para darse cuenta de que estas chicas son lesbianas y Zeus lo tiene bastante negro para llevarse el gato al agua, sobre todo con las parejas al lado.

Martha tira de mí y me acerca a una chica con una boina en plan bohemia. Me imagino que será la artista, la fotógrafa, vamos. Le sonrío a la espera de que me la presente.

Emma, este es Leo, mi hermano – me extiende la mano y yo se la estrecho.

Encantada.

Lo mismo digo.

Bueno, Leo, no quería hacer las cosas así ni decírtelo tan de sopetón, pero quiero que sepas que estoy enamorada de Emma y somos pareja.

Por un momento me quedo sin habla, digiriendo toda la información que mi amiga me está dando y que tengo que procesar antes de decir nada más.

Me alegro muchísimo Martha, lo único que yo quiero es que seas feliz. Así que, bienvenida a la familia, Emma – le digo sonriendo.

Emma entonces corre a abrazarme y le devuelvo el abrazo. Creo que estaba tensa por mi reacción y cuando se ha sentido aceptada ha dejado que todos los sentimientos fluyan de una vez.

Me alegro mucho de que ambas estén juntas, se complementen y sean felices. Amo a mi Martha con toda mi alma y si ella es feliz así, yo lo soy también, faltaría más, que ya hace tiempo que se cambió la mentalidad retrógrada de mierda.

Me dedico a admirar los cuadros hasta que veo uno que me deja petrificado, al igual que a Zeus, que se acaba de posicionar a mi lado. Lo miro y él asiente.

Dime que esa no es mi mejor amiga.

Es, es.

Joder, si se le ve hasta la campanilla.

La de arriba y la de abajo.

Si mis padres estuvieran vivos, se morirían de un infarto al ver a su hija desnuda en una de las fotos de la galería.

Es lo más probable.

Martha me ha dicho que está enamorada de la fotógrafa y que están juntas.

Pues ahí lo tienes, blanco y en botella. Al ser su chica, le habrá pedido usarla de modelo.

Trato de borrar la imagen de mi cabeza y me voy a tomar una copa de cava, que hay en una bandeja de la entrada. Fíjate que del sopetón que me he llevado, se me ha quitado hasta el dolor de cabeza por la resaca.

Estoy pensando en Cris más de lo que me gustaría y eso que solo la he conocido de un rato, no sé cómo de borracho de ella voy a estar mañana si me paso el día en su compañía en la playa.

Tras agradecer la invitación a Emma, le cojo el coche a Martha y nos vamos a descansar a casa de Zeus, previa pizza, claro. Debemos tener el estómago lleno para lo que mañana se avecina.

Nos despertamos sobre las diez de la mañana y cogemos nuestros móviles. Las chicas no nos han escrito, así que lo haremos nosotros. Nos coordinamos para mandar el mismo mensaje.

<< ¿Tendrías la amabilidad de volver a confirmarme que puedo acompañarte hoy a la playa? Sin ánimo de nada, ¿eh? Solo para hacerte de guardaespaldas >>.

Sonreímos ante el mensaje que ambos acabamos de mandar y nos preparamos. Decido robarle un bañador a Zeus. Se trata de una especie de bóxer de Armani.

Me lo pongo y encima una de las bermudas de Zeus y un polo, que me queda como un guante y es entonces cuando recibimos un mensaje de las chicas, donde nos citan en uno de los clubs más exclusivos de la zona.

Ese en el que iban jugadores profesionales de fútbol, cantantes, modelos, actores y de más personalidades de categoría del país. Incluso había paparazzi en la entrada para captar imágenes comprometidas de toda esa gente.

Nosotros sabíamos del sitio y nos apetecía mucho volver. Me arreglé un poco el pelo mientras se estaba arreglando Zeus, y cuando salió me di cuenta de que éramos dos gotas de agua. La única diferencia es que su polo era de otro color.

Esperé hasta que estuvo completamente listo y oliendo maravillosamente a Invictus de Paco Rabanne, nos sentamos a jugar a la Xbox hasta que se va acercando la hora.

Tío, me gusta mucho Katy.

Lo sé, y a mí Cris.

¿Crees que podemos tener algo con ellas o se van a poner la coraza como en la discoteca?

Creo que no nos lo van a poner fácil y nos lo vamos a tener que currar de lo lindo, pero ¿qué gracia tendría si nos lo pusieran en bandeja?

Pues también es verdad.

¿Nos vamos?

Claro.

Cogemos el coche de Martha y lo llevamos a su puerta, dejándole las llaves antes de tomar un taxi hasta el club donde nos han citado las chicas, pero allí no hay nadie, y con nadie me refiero a ellas.

Nos mantenemos estáticos en la puerta, sin molestar a los que entran y salen. La verdad es que no hemos comido nada y tenemos hambre, pero nos aguantaremos, es lo que hay.

Cuando ya llevamos más de diez minutos esperando, saco mi móvil por si tengo algún mensaje de las chicas. No tengo nada y Zeus tampoco, así que decido mandarles un mensaje.

<< No podemos creernos que nos hayáis dejado tirados como a dos colillas, eso no se hace

>>.

Les pongo algún que otro emoticono triste y cuando llegan, conduciendo el coche como pollo sin cabeza es imposible no darse cuenta de que las chicas de oro están aquí.

Nos saludamos y se disculpan de una manera bastante extraña por la demora. Entramos en el club y nos ponemos a un lado mientras se hacen las respectivas fotos de *influencer* por contrato, antes de que podamos bajar a la playa.

Nos aguantamos la risa, mirándonos a los ojos Zeus y yo cuando vemos que las chicas llevan el mismo trikini. ¿Les pagará la misma empresa para que hagan la misma promoción?

La verdad es que Cris está preciosa y solo me apetece tomarla de la cintura y comerme esa boca de frambuesa que me tienta y vuelve loco a partes iguales.

Tras una sesión de fotos improvisada, donde aprovecho para guardarme en el móvil unas cuantas fotos de Cris para mantener para la posteridad, nos ofrecemos a darles a las chicas un masaje.

Me muero de ganas de tocar su piel desnuda, es más, ya me queman las manos por tocarla. Me pongo la crema solar en las manos y veo como se tumban en las hamacas de espalda a mí.

Zeus se encarga de su chica mientras que yo lo hago de Cris, aunque todavía no me atrevo a llamarla mi chica.

Paso las manos lentamente por su espalda. Su piel es tremendamente suave y me dedico a recorrerla poco a poco, resiguiendo el camino de sus lugares, cada recoveco de su piel.

Me maravillo al ver cómo su vello me saluda, erizándose, dejando que me salude su piel de gallina. Sonríó ladino y prosigo mi masaje, primero centrándome en el cuello y los hombros.

Noto cómo se relaja y los gemiditos suaves de placer que suelta antes de que baje por sus omoplatos al centro de su espalda, donde me detengo para proporcionarle una sensación placentera y de alivio.

La verdad es que por lo que escucho y lo que me dice su cuerpo, está disfrutando de lo lindo, y yo todavía más, si no que se lo digan a mi entrepierna, que se empina por momentos, aunque trato de disimular para que ni ella ni nadie se dé cuenta.

Prosigo el camino hacia su cintura y amaso su piel despacio. Quiero bajar más, pero no sería decoroso, sobre todo, porque me interesa conocerla de verdad y no solo tener una cita de una noche, no le veo sentido joderlo todo por la impaciencia.

Continuamos la mañana entre charlas, risas y más de una situación de lo más sugerente mientras las olas del mar nos acompañaban con su melodía particular y eran cómplices de lo que allí ocurría.

Y entonces miré a Zeus, estaba pensando lo mismo que yo, y mientras las chicas jugaban con nosotros y nos provocaban, las besamos y, joder, fue una explosión de fuegos artificiales en los labios, algo que no había sentido jamás.

Sus labios era puro fuego y sabía a esa frambuesa que me enloquecía. Prolongué el beso todo lo que pude. No quería que acabara nunca. Esa sensación era equiparable a flotar en las nubes.

Pero desgraciadamente tuvo que acabar, y aunque me entristeció, me juré que no sería la última vez. Esto no lo había sentido antes y me iba a poner las pilas para conquistarla, costara lo que costara.

Esto no era una telenovela, esto era la vida real, y aunque me daba pavor que algún día descubriera mi secreto, no podía dejar pasar esta oportunidad, porque como muy bien decía

siempre Martha: el tren solo pasa una vez y si no te montas en él, te arrepientes toda la vida de lo que pudo haber sido y no fue.

Tras ponernos las botas comiendo en el restaurante, ya que estábamos famélicos, nos encaminamos a la playa nuevamente. Me interesaba mucho conocer a las chicas, sobre todo a Cris, por supuesto, su día a día y eso hicimos, sacar el *bloc* de notas para interesarnos sobre todos esos detalles que las hacían tan especiales.

Traje unas copas, que eso siempre ayudaba a desinhibirse y a que la lengua se soltara con más facilidad. No en vano estábamos allí para conocernos o, al menos, yo estaba allí para conocer a Cris.

Cuando nos enteramos de que tenían previsto viajar pronto al extranjero y sabiendo que Zeus y yo estábamos de vacaciones, vimos el cielo abierto. Ir de vacaciones a otro país con este par de diosas podía ser la experiencia de nuestras vidas.

Y, ¿a quién le amarga un dulce como esos que acabamos de degustar?



## Capítulo 6

El miércoles Patty y yo estábamos ultimando los detalles del cumple de Silvia cuando les escribimos a los chicos.

—Uy, uy, al saber la que estaréis liando las dos ahí, tan juntitas y cómplices—reía mi madre mientras tomaba unas medidas para las mesas que debería colocar al día siguiente.

—¿Se lo escribes tú o se lo escribes yo? —le pregunté a Katy.

—Cada una al suyo, pero el mismo mensaje, así:

“Debéis tener un montón de suerte y haber sido muy buenos en otra vida, porque os vamos a permitir que nos acompañéis a las Maldivas. Ahora os pasamos los datos del vuelo y después os vemos”.

Habíamos quedado por la noche con ellos, pero les soltamos antes el bombazo, no fuera a ser que al final se quedaran sin vuelo u hotel. Un dinerillo curioso sí que les iba a costar porque a nosotras nos habían dado billetes en primera clase y alojamiento en un resort de cabañas que era una auténtica maravilla.

Su respuesta no se hizo esperar, pues llegó en diez minutos. Lo curioso del caso es que no lo hizo sola, sino con las fotos de la reserva de los vuelos y del hotel. Vaya si se habían dado prisa, no se querían quedar en tierra...

—Mira mamá, ¿tú qué opinas de esto? —le explicamos cómo estaban actuando los chicos, de cuya existencia ya sabía también por nosotras.

—Pues qué voy a pensar, que esos están interesados en vosotras, hija mía.

—Yo no lo tengo tan claro, Claudia, que lo mismo lo único que quieren es un revolcón.

—Katy, hija, pues anda que no les iba a salir caro el revolcón ni nada, yo creo que no les saldría a cuenta.

Mi madre ya estaba acostumbrada a que nosotras no tuviéramos pelos en la lengua cuando hablábamos con ella, por lo que solíamos exponerle todo sin tapujos, y ella siempre nos aconsejaba bien.

Un rato después nos fuimos a cenar con los chicos. Por fin habíamos quedado con ellos ese día después de tenerlos lunes y martes “a pan y agua”, como decía Katy.

Llegamos y ya nos estaban esperando sonrientes, con unas cervezas en la mesa. De lo más caballerosos, enseguida hicieron ademán de llamar al camarero para que nos sirviera también.

—Nos habéis dado un alegrón de categoría—comenzó a decir Zeus.

—Sí, sí, porque conforme pasaba la semana yo veía cada vez la aguja más mareada—añadió Leo.

—Bueno, bueno, todavía tenéis que demostrarnos muchas cosas antes de que nos vayamos, no vaya a ser que decidamos dejaros en tierra a última hora—bromeó Katy.

—Mira, con lo que nos han costado los billetes, yo vuelo, aunque sea fuera, agarrado a las alas del avión, tenlo claro—le robó Zeus un beso mientras Leo hacía lo mismo conmigo.

Entre los cuatro se estaba cociendo algo, aunque no hubiéramos hablado expresamente de ello, pero la estampa, vista desde el exterior, olía a parejitas.

Los chicos se mostraban de lo más ilusionados y es que el viaje era todo un caramelo. Y no lo digo solo por la oportunidad de poder gozar de nuestra compañía, que ya era bastante, sino de entrar en ese universo lujoso que las Maldivas nos iban a regalar.

—El resort es una locura, con todo incluido y esas barras dando a la piscina mirando al mar—soñaban despiertos con aquel lugar.

—Sí, y las cabañas también dan al mar, es salir y bañarnos directamente—añadimos nosotras.

—Yo no quiero pensar cómo va a ser compartir la mía contigo—me miró Leo y causó mi risa.

—Y yo lo mismo, preciosa mía—Zeus miró a Katy y ella le dio un manotazo directamente.

—¡¡Quita demonio!! ¿A ti quién te ha dicho que vas a dormir conmigo? No tienes que ganar tú puntos ni nada para eso...—le contestó ella.

—Lo mismo te digo—añadí sacándole la lengua a Leo, gesto del que me arrepentí porque a punto estuvo de cazármela al vuelo.

Los chicos no paraban de hablar porque, si emocionadas estábamos nosotras con el viaje, no digamos ya ellos. Los dos no cejaban en su empeño de tontear con nosotras, que nos dejábamos llevar que era un gusto.

Las manos fuertes de Leo en mi cintura me hacían suspirar, pero yo disimulaba divinamente. Sin embargo, él aprovechaba cada vez que yo apartaba la cara para robarme un beso. Yo me hacía la ofendida, pero ese gesto me encantaba.

En aquella mesa hicimos uno y mil planes para un viaje que a priori se mostraba espectacular.

Eso sí, santa paciencia deberían tener con nosotras, porque de allí nos íbamos a traer unas sesiones de fotos impresionantes. Advertidos estaban y ellos lo habían querido, así que poco quedaba que añadir por nuestra parte.

—Entonces nos vemos el lunes en el aeropuerto, ¿no? —ya los estaba chinchando Katy al despedirnos.

—¿Cómo que el lunes? Este fin de semana debemos vernos, que todavía tenemos mucho que programar—se apresuró a decir Zeus.

—¿Eres programador? Pues mira que mi ordenador no está muy católico, si quieres te lo dejo para que lo pongas a tono y con eso te distraes.

—No me hagas decir lo que te pondría a tono yo a ti, preciosa.

Leo y yo nos reímos, aunque él me dio a entender con un gesto que ídem. Eso ya lo sabía yo, el ambiente se iba caldeando por momentos y no tenía claro qué nos depararían las Maldivas, pero era más que probable que los termómetros se pusieran al rojo vivo.

Katy y yo volvimos a casa muertas de la risa, bueno al menos nos reímos hasta que a punto estuve de colisionar con otro coche que no sé ni de dónde salió. Lo más gordo es que resultó que eran los chicos y que no nos la dimos mortal porque Dios no quiso.

—No vas a parar hasta lisiarme, tú te has empeñado en acabar con mi carrera de influencer, envidiosa—se reía ella tocándose por todos los lados como para comprobar que estaba entera.



## Capítulo 7

—¡¡Es preciosa, es preciosa!! —chillaba Silvia mientras iba y venía como loca, sin poder dejar de abrazarme, mirando su casita del jardín.

Ver esa carita de felicidad sí que no tenía precio, aunque la de mi madre fuera de “un poco de tamaño sí te has pasado”. Pero todo fuera por ver a la chiquitina tan dichosa.

El jardín estaba poblado de renacuajos y aquello era un no parar.

—Por Dios que menos mal que nos vamos en breve, porque yo me voy a quedar hoy tocada del ala de esta, te lo prometo—se quejaba Katy abriendo pan y metiendo, en broma, un Ibuprofeno.

—Tú no le vayas a echar la culpa al cumpleaños del angelito, que tocada del ala naciste ya—le hice una burla.

—Pues si yo estoy tocada del ala, no te digo nada de tus primas...

No podía quitarle la razón a Katy en que mis primas Brianda y Jazmín eran un poco particulares. Cursis hasta morir no paraban de hacerse fotos simulando que las princesas Disney eran ellas, cuando ya rebasaban la treintena...

—Yo no puedo con ellas, me dan ganas de ponerme delante y chillarles que espabilen—Katy las miraba como quien observa un suceso paranormal.

—A ver, que son un poquito particulares, pero que tampoco te han hecho nada a ti, mujer...

Mi amiga era muy visceral y cualquier cosa la sacaba de sus casillas. Mis primas no eran precisamente santo de su devoción, no lo habían sido jamás y de jovencitas, cuando nos juntábamos todas, a menudo se formaba una zapatiesta. Por esa razón, yo no era partidaria de que estuvieran juntas, pero mis primas querían mucho a Silvia y no era plan de que se perdieran su cumple.

Lo importante era que mi hermanita se lo estaba pasando de miedo.

—No sé dónde vamos a meter esta cantidad de juguetes que le han regalado—mi madre se llevaba las manos a la cabeza.

—Claro que sí, Claudia, igualito que a nosotras, que teníamos una muñeca de cartón y poco más—bromeó Katy haciendo alusión a lo que solía escucharle a su abuela.

—Sí, os quejaréis vosotras, que también hacía falta un camión para guardar la cantidad de juguetes que teníais, anda, que Dios os lo manda...—mi madre estaba un tanto trastornada con tanta celebración.

Katy se le quedó mirando y ya sabía yo que una de las suyas iba a decir...

—A tu madre lo que le hace falta es quedarse esta noche a solas con tu padre y que él la relaje, tú ya me entiendes...

—¿A solas? Pero si está Silvia, y nosotras hemos quedado con los chicos.

—¿Y? A ver si te crees tú que los chicos se van a comer a la niña.

—No, eso es verdad, si no nos han comido a nosotras...—negué con la cabeza porque se

notaba a la legua la tensión sexual que estaba surgiendo entre nosotros.

Le propuse a mi madre el plan de llevarnos a mi hermana y vi el alivio en sus ojos.

—Hija, si vosotras lo veis bien, yo no os voy a decir que no, porque vaya día que llevo— resopló mientras veía cómo volaban unos platos con trozos de tarta que tuvo que esquivar con inusitados reflejos.

Silvia estuvo encantada en venir con nosotras a tomar algo con los chicos...

—¿Y son vuestros novios? —nos preguntaba por el camino, mientras iba cómodamente instalada en el Mini.

—No, no son nuestros novios, solo son dos amigos que hemos conocido estos días...

—¿Dos amigos? Pues a mí me ha dicho un pajarito que se van con vosotras a las islas esas tan chulas a las que no me vais a llevar a mí—cruzó los bracitos en señal de protesta.

—Pero ¿a ti no se te escapa una? —íbamos a tener que andarnos con pies de plomo porque la enana era más lista que el hambre.

—No, y si os los lleváis es porque os gustan... Yo si fuera a esas islas, me iría con Alberto, que es el que me gusta a mí—nos fue dando las oportunas indicaciones por el camino.

Llegamos y Silvia miró a los chicos, afirmando con la cabeza.

—Ya sabía yo que tenían que ser guapos y además os miran como unos novios—fue lo primero que soltó, provocando sus carcajadas.

—Bueno, bueno, ¿y esta mini Cris de dónde ha salido? —le preguntó Leo dándole un besito en la mejilla.

—Pues de la barriguita de mi madre, ¿de dónde quieres que saliera? —le contestó ella.

Los chicos la miraban alucinada, porque la niña era todo un personaje. Vestida con el mismo traje ibicenco que yo y con unas esparto como las mías, era mi réplica en pequeñita y no paraba de contar que había cumplido años y que ahora iba a vivir en un castillo de princesas.

—Lo dicho, que la niña se independiza antes que nosotras—bromeaba Katy, a quien se le caía la baba con mi hermanita.

Leo también la sentó en su falda y ella le comentó que le iba a contar todos mis secretos de cuando era pequeña.

—Al final salgo yo escaldada—reí.

—Puedes jurarlo, porque la información es poder y esta pequeña me va a proporcionar una de lo más valiosa—dijo él mientras terminaba de sobornarla con chuches y helado.

Ambos hicieron unas migas extraordinarias con la niña y pasamos una noche distinta, pero también fenomenal; distinta en el sentido de que ese día no pudieron robarnos ni un beso. La carita de ellos era de que ya nos las darían todas juntas el siguiente día, porque también habíamos quedado para vernos el viernes.

Al despedirse de ellos mi hermana no se quedó muda, no:

—Me gustan para vosotras, tenéis mi aprobación—nos dijo, mientras ambos se doblaban de risa.

De camino a casa, mi princesa se quedó dormida. El día, precioso, había estado repleto de emociones para ella. En cuanto a mí, también las sentía a flor de piel, por el estupendo cumple que habíamos celebrado y por el increíble viaje que estaba por comenzar.

## LEO CAPÍTULO 7.1:

Éramos unos traviesos, no nos vamos a engañar. Cuando queríamos podíamos ser ángeles, pero mutar a demonios con solo un parpadeo.

Y eso pasó, en un abrir y cerrar de ojos, estábamos besando de nuevo a las chicas, en medio de la playa, mientras la brisa acariciaba nuestros cuerpos y nos importaba una mierda lo que pensarán los demás.

La verdad es que esta maldita Cris me estaba enganchando con esa miel de sus labios como si yo fuera una triste polilla y la luz de sus besos me atrajera inevitablemente.

Como si el infierno que reside en su boca me incitara a quemarme una y otra vez y yo, como buen kamikaze que soy, fuera de cabeza a que las lenguas de fuego consumieran mi cuerpo y mi alma.

Nos metimos en el agua y lo agradecí. Estaba ardiendo y no era por el sol que, imponente, quería sofocar más de una piel, sino por el ardor que me provocaba ella, solo ella.

Me acerqué más y más a su cuerpo, entre excusas que no se creería nadie: que eran las olas, que teníamos que protegerlas porque eran personajes influyentes y podían tener acosadores cerca...Cualquier excusa era buena.

Nos secamos y estuvimos charlando un poco más, entre beso y beso robados, hasta que el sol se tornó luna y con ella nos dimos cuenta de que era hora de cambiar el traje de baño por, en mi caso, el polo y las bermudas.

La idea era ir a cenar los cuatro a un restaurante con cara y ojos, con estas bellezas no íbamos a ir a un *Burger King*, de eso estaba más que seguro, sobre todo si queríamos sorprenderlas.

No tardamos mucho en acicalarnos en los baños del local y ponernos de punta en blanco para cenar en uno de los restaurantes cercanos con mejor reputación de la zona.

Si es que, por todos era sabido que por aquellos lares solo podían ir personas de gran influencia y cartera. Eran los típicos restaurantes donde una botella de agua, que supuestamente era volcánica o no sé qué milongas, ya te costaba casi diez euros.

Nos metimos en ese restaurante, que era de los mismos dueños del club y degustamos los típicos platos donde había un garbanzo en medio de un gigantesco plato y te costaba un ojo de pato, o quizá era un ojete, a saber...

La cuestión es que a mí se me llenó la barriga, no tanto de la comida, sino de la factura que me entregó el camarero. Me entraron unos sudores que pude disimular y en un abrir y cerrar de ojos, ya estaba todo pagado y caminábamos por la orilla de la playa con un helado en la mano.

La verdad es que adoro pasear por la playa, es un remanso de paz – le dije a Cris mientras caminábamos por el lugar.

Sí, a mí me encanta, aunque no tanto la arena, que se te mete en cualquier recoveco.

Bueno, mira la parte positiva, es como un masaje de pies.

Tú siempre le encuentras la parte positiva a todo, ¿verdad?

Siempre.

Y proseguimos nuestro camino algo callados, y no porque no tuviéramos nada que decir, sino que a veces el silencio dice muchas cosas y era lo que necesitábamos ahora mismo.

Mi cabeza daba vueltas a la idea de irnos de viaje juntos y cada vez me ponía más nervioso. Un par de copas más y una media noche más que pasada nos anunció que ya era hora de volver a casa y que mañana sería otro día.

Estábamos algo recelosos por separarnos, pero al final cada uno cogió un coche, ellas el suyo y nosotros un taxi y planchamos la oreja en nuestras respectivas camas.

Como yo siempre me decía y era mi mantra desde hacía años, “correr no era bueno”, sobre todo cuando alguien tan especial se presentaba en tu vida, una luz envuelta en una esfera de cristal que buscaba iluminar un corazón apagado.

Nos hemos levantado casi a la vez y tarde, muy tarde. Zeus tiene tantas legañas en la cara que podría poner un puesto en el mercadillo. Desayunamos en silencio. He aprendido que es mejor no hablar con él cuando se acaba de levantar.

Nos vestimos y la intención es ir al gimnasio a quemar todo lo que ingerimos ayer. Nos vamos a tener que tirar un par de horas como mínimo o más si queremos deshacernos de todo.

¿Has hablado con Katy o sabes algo del destino del viaje?

No, no sé nada ni de ella ni del viaje.

¿Te parece si les mando un mensaje? Bueno, a Cris.

Sí, sí, mándaselo y a ver si te da alguna pista, que estoy en una incertidumbre...

¡Jajaja!, estás como yo tío. Estás chicas nos están dando fuerte, ¿verdad?

Pues sí y me da rabia no poder controlar la situación, sino que esta, me controle a mí.

A veces va bien que ocurra, es cuando más sorpresas da la vida.

Pues también es verdad.

¿Nos vamos al *gym*?

Sí, pillá las bolsas anda.

¡A la orden, capitán!

Nos pasamos lo que queda de mañana y parte del mediodía en el gimnasio. Aprovecho en un descanso para mandarle el mensaje a Cris. Espero que ya lo tengan claro y nos puedan dar un destino concreto porque estamos hasta nerviosos.

<< ¿Ya habéis tomado una decisión sobre lo del viaje? Te advierto que no vais a encontrar a nadie como nosotros para cargar con vuestras maletas >>.

Comemos algo rápido en casa de Zeus. La verdad es que cuando salimos del gimnasio estamos famélicos, más que nada porque todo lo que teníamos dentro se ha quemado, como me quema la piel Cris cada vez que la toco o la beso.

Por la tarde nos fuimos a jugar un partido de *básquet* con unos colegas en una de las pistas cerca de casa. Nos dan una paliza de tres pares de narices, pero no nos importa. Estamos desentrenados y solo venimos a pasarlo bien, en este sentido no somos nada competitivos.

La noche está llegando y nos marchamos de nuevo a casa de Zeus. Nos apetecen unos cubatas frescos, que con este calor van a ser más que bienvenidos.

La verdad es que nos gustaría tomarlos con las chicas, pero están algo desaparecidas, y eso que les he mandado un mensaje antes. Me imagino que habrán estado liadas.

De todos modos, yo no me doy por vencido tan fácilmente, así que vuelvo a escribirle un mensaje a Cris y cruzo los dedos para que esta vez sí que obtenga respuesta.

<< ¿Vais a dar ya vuestro brazo a torcer? Mirad que al final nos vamos a quedar en tierra, por falta de tiempo de reacción >>.

Y esta vez sí, responde a mi mensaje, e iniciamos una cadena de estos. La sonrisa no desaparece ni un segundo de mi rostro. En verdad Cris es muy especial para mí. Es de esas que sin pretender hacer nada, lo hace todo y te vuelve loco solo con respirar.

Me voy a la cama después de un día relajado y satisfecho, porque la alegría del día me la ha dado ella con su respuesta y eso no puede pagarlo el dinero. Ojalá ese viaje sea el inicio de todo, porque si ya me siento con ella feliz ahora, imagino cuando estemos de vacaciones y creo que explotaré de felicidad.

Me despierto sobre las once y media de la mañana y lo primero que hago es mirar el móvil. Sonríe pletórico cuando veo un mensaje de Cris y corro a despertar a Zeus para leérselo.

Sé que me va a querer matar y me hará la mirada del tigre o me ladrará como un perro, pero vale la pena arriesgarse, lo que estábamos esperando ha llegado, por fin.

Tío, despierta, tenemos mensaje de las chicas.

Estoy apagado o fuera de cobertura.

No digas gilipolleces.

Déjame dormir.

Calla y escucha.

<< Debéis tener un montón de suerte y haber sido muy buenos en otra vida, porque os vamos a permitir que nos acompañéis a las Maldivas. Ahora os pasamos los datos del vuelo y después os vemos >>.

Por fin teníamos la información que necesitábamos, y cuando ellas decidieron y hablaron con las marcas a las que representaban, nos dieron la información de qué vuelo teníamos que reservar, en primera clase, desde luego, y qué alojamiento teníamos que coger, los días estipulado y el mismo régimen que las chicas.

Lo queríamos todo igual, no fuera el caso que, por h o por b, uno acabara en una punta de las Maldivas y otro en otra. Zeus se espabiló al momento y, aunque estaba molesto por haberlo despertado, se puso en el portátil a reservarlo todo.

Por la noche habíamos quedado con las chicas, pero teníamos que dejar las cosas atadas, no fuera a ser que por la noche ya estuvieran todas las plazas del vuelo cogidas o del hotel.

“Hombre precavido vale por dos”, o eso dicen.

Quedamos para cenar con ellas, sobre todo para ultimar los detalles del viaje y para verlas. Hacía dos días que no las veíamos y teníamos tremendo mono.

Zeus y yo no podíamos y queríamos controlarnos y cada dos por tres caía un beso. Y cada vez que la besaba, sentía un escalofrío de pies a cabeza como no lo había sentido nunca.

Ella es especial, estoy más que seguro, es de esas mujeres que te encuentras una vez cada mil años y que si la dejas escapar es que eres el mayor gilipollas de la faz de la Tierra.

Charlamos con las chicas mientras cenamos y la verdad es que lo pasamos de lujo. Es una gozada estar con ellas, aunque a veces Katy me desespera, pero cuando no suelta ese venenillo por la boca, es un amor.

Entonces nos vemos el lunes en el aeropuerto, ¿no?

Me niego a pensar que hasta el lunes no voy a poder verla. Espero que la situación cambie y podamos vernos antes del lunes en el aeropuerto.

Tras el cumpleaños de la pequeña Silvia, nos hemos dedicado a lo largo de toda la semana en comprar cosas para el viaje, las temidas compras para los hombres, que adoran las mujeres, hemos hecho las maletas y nos hemos puesto en forma.

No queremos flacidez ni michelines. Queremos que en las playas de las Maldivas se nos vea esculturales.

De todas las cosas que quiero hacer con Cris, lo que más me apetece es pasear por la orilla de alguna playa, ya que el agua de la orilla es de un azul brillante, causado por algo químico.

Como no sabía mucho de qué iba esa vaina, lo he buscado por Internet. Se ve que las luces azules que pueden observarse en la orilla de la playa son producto del movimiento y choque de una proteína que se une con una enzima luciferasa, vaya nombrecito, creando así una energía química que se convierte en lumínica.

Lo que sea, la cuestión es que quiero experimentar y ver eso con ella, para que asemeje ese recuerdo bonito e inolvidable conmigo, que no se si soy bonito, pero espero ser inolvidable para ella.

Me muero por abrazarla por la espalda mientras estamos sentados de noche en la playa. Que la luz de la luna ilumine nuestros rostros mientras huelo su pelo que ondea al viento y le susurro

cosas al oído. Ese, para mí, sería un momento simplemente perfecto.

Quién sabe, quizá el destino caprichoso nos da algo de tregua y permite que se haga realidad. Mientras tanto voy acabando de hacer las maletas, porque me voy a las Maldivas con la chica de mis sueños.

Acaricio una de sus fotos, que guardo en el teléfono y le susurro: ojalá no se rompa esto tan bonito que tenemos. Ojalá nunca tengas que enterarte del secreto que me corroe las entrañas.

## Capítulo 8

El viernes por la mañana los preparativos del viaje nos traían como locas a Katy y a mí.

—Mira que estamos acostumbradas a viajar, pero a lo que nunca terminaré de hacerme es a tener que ceñirme a llevar solo parte de mi ropa donde vayamos—resoplé.

—No, si te parece, te llevas el vestidor entero... desde luego que tienes unas cosas que no son ni medio normales, guapa.

Silvia se asomó por mi dormitorio y se quedó sentadita en la cama, balanceando sus piernecitas, que no llegaban al suelo.

—¿Os vais a casar en esas islas? —nos preguntó y nos dejó heladas a ambas.

—Pero vamos a ver mi princesa, ¿tú de dónde sacas esas cosas? —la tomé entre mis brazos y le hice incontables carantoñas. Me encantaba meter la cara entre su pelo e impregnarme de su infantil olor.

—Porque si son vuestros novios y os vais de viaje con ellos, a lo mejor es para hacer una boda secreta como esas de las películas.

—¿Y tú crees que la tía Katy y yo nos casaríamos sin avisarte a ti?

—Yo creo que no, porque me pondría triste por no haber probado la tarta de la boda...

—¿Solo por eso? Yo a ti te haría a cosquillas, no puede ser...

Silvia chillaba como una loca por toda la habitación. Siempre había sido tremendamente ruidosa, desde que nació y era una llorona empedernida. Ahora, a sus seis años, ya hacía mucho que había sustituido el llanto por las carcajadas y yo la veía como la niña más risueña del mundo.

Aquella mañana debimos recibir unas mil llamadas de diversas marcas, de la que teníamos ropa y complementos, pidiéndonos que las tuviéramos en cuenta a la hora de subir nuestras fotos. Sobra decir que lo haríamos, que para eso Katy y yo vestíamos por toda la face...

Por la tarde ya teníamos todo ultimado, porque a previsoras no había quien nos ganara y nos dispusimos a disfrutar de un fin de semana relajado, pero primero mi amiga no se resistió a ponerle algo de salsa.

—Por ahí vienen los chicos, tú sígueme el rollo, no seas muermo.

—Miedito me das, desembucha.

—No tienes más que poner cara de pena y seguirme la corriente...

Con gesto contrariado, Katy, a la que le gustaba más un cachondeo que a un tonto un globo, cogió el teléfono y empezó a hablar con dramatismo.

—¿Qué dices, mamá? No puedo creerlo, la tía Felisa, pero ¿por qué?

Zeus se acercó precipitadamente y me miró. El rostro de Leo también reflejaba preocupación, bastante.

—¿Qué ha pasado, bonita? —le preguntó Zeus, apartándole el pelo de la cara.

—Mi tía abuela Felisa, que está hospitalizada...

—Pobre mujer, ¿y es grave? ¿Qué edad tiene?

—Está en la flor de la vida, noventa y cinco añitos de nada—los chicos se miraron entre ellos con cara de que debía faltarle un tornillo. Y no lo sabían ellos bien...

—¿Y entonces? —le volvieron a preguntar.

—Pues entonces hay que anular el viaje, cosas de la vida, pero es que esto no lo podía esperar nadie. Tan joven, la pobre...

A los chicos se les abrió la boca tanto que casi tienen que ir a recogerse la mandíbula a Pernambuco.

—Yo lo siento, pero en estas circunstancias no tengo más remedio que apoyar a mi amiga, también me quedo. Os podéis ir juntos, incluso ocupar las dos cabañas—sonreí maliciosamente y ellos se quedaron confundidos.

—¡¡Sois unos pardillos!! —chilló Katy—¿No queríais acompañarnos? Pues ya os podéis preparar porque estas cosas son las mínimas que se despachan en botica con nosotras.

—Bueno, más bien con ella, pero si yo no le sigo el rollo me rebana el pescuezo, creo que me explico.

Leo y Zeus no terminaban de dar crédito y por fin se echaron a reír y a decirnos que éramos unas cafres y que les habíamos dado un susto de muerte.

—Esa era la idea, para que vayáis preparados para el turismo—les dijo la muy puñetera y los pobres hacían el gesto de que tenían el corazón en un puño.

—Menudo susto, ya dábamos por perdida la pasta, pero eso era lo de menos. Lo importante era el disgusto que parecía que tenías, mujer, que nos has descompuesto a los dos...

—Normal, mi pobre tía, en la flor de la vida—repitió la jodida sacándoles la lengua y Zeus la abrazó fuerte dándole con los nudillos en la cabeza cariñosamente, en señal de que no tenía ni por dónde cogerla.

—Así es ella, yo os lo advierto. Cuando fuimos de crucero en Bachillerato nos hizo creer a todos que se había caído por la borda, con eso os lo digo todo. Por poco salimos en el telediario.

—A ver, que eso fue por añadirle un poco de emoción al viaje, que lo estaba viendo yo muy soso...

—¿Soso? Demasiado salada eres tú, me parece— hizo Zeus como el gesto de sacar la lengua para probarla.

—¡Te la corto! A la lengua me refiero—se echó a reír—No tendrás tú valor de darme un lametazo, ni que fueras una vaca.

—¿Una vaca? No, un toro voy a ser yo para ti, bonita—puso los ojos en blanco, pues los días parecía que no pasaban y todos estábamos ya deseando irnos de viaje.

Nos fuimos de cañas y las miradas entre nosotros se intensificaron más que nunca. Por día que pasaba notábamos un feeling mayor y miedo me daba el descontrol que aquello podía suponer en las Maldivas.

Cuando nos despedimos Leo me comentó si me apetecería que nos viéramos a solas la noche siguiente. Su propuesta me cogió por sorpresa, pero le dije que sí sin dudarlo. Claro que me apetecía y por supuesto que quedaría con él. Un escalofrío me recorrió el cuerpo porque aquello

tenía forma de primera cita...

Sábado por la noche y allí estaba yo, delante de mi vestidor, nerviosa por no saber qué escoger. Cielos, si parecía una quinceañera. Me decanté por un precioso vestido azul eléctrico asimétrico que me acababa de hacer llegar una de mis firmas de referencia.

Silvia entró en mi dormitorio y suspiró.

—¿Y ese suspirito? Ains, que te como entera...

—Yo también quiero ir contigo, me pongo mi vestido azul y me llevas, ¿vale?

—No, princesa, esta noche no puedo llevarte, lo entiendes, ¿verdad?

—No mucho, ¿es porque vas a una de esas fiestas donde hay famosos y te hacen muchas fotos en el Photocall? Porque yo necesito hacer prácticas—dejó caer con voz graciosísima.

—¿Prácticas tú? Si dentro de nada nos vas a dar clase a Katy y a mí, enana...

Mi padre tocó en la puerta y le dije que pasara.

—Reunión de bellezas, me encanta ese vestido, cariño.

—Yo también lo veo muy bonito papá, pero la hermana no quiere llevarme, tendrás que convencerla tú—Silvia seguía a la carga.

—A ver Silvia, tu hermana es mayor, es normal que no quiera llevarte. Ella tiene su edad y tú tienes la tuya.

—Pero entre las influencers tenemos que apoyarnos—refunfuñó y mi padre y yo nos morimos de la risa.

Un mensaje me hizo ver que yo no era la única nerviosa.

“Estaré en tu puerta a las diez, no me falles, ¿eh? En el fondo sé que serán las diez y media o las once menos cuarto, pero me da igual... Te esperaría una hora, diez o toda una vida”

Se notaba que el jodido era un galán de cine, vaya cosas que decía... Me encantaba leerlo y me gustaba la idea de que hubiera querido quedar conmigo a solas esa noche. Es más, se lo había ganado; ni siquiera lo haría esperar.

La loquilla de Katy también me escribió. Igual que yo, ella había quedado con Zeus.

“Ahora pasará a recogerme, pero que no se crea este porque el nombre de Dios lo tendrá él, pero aquí la diosa soy yo, jaja”

Y que se atreviera a decir él lo contrario...

A las diez miré por la ventana y ya estaba Leo en la puerta de mi casa. Bajé de puntillas para comprobar la misma escena que ocurría siempre que me recogía un coche y que no era otra que la de mis padres metidos detrás de la verja del jardín, curioseando.

En esta ocasión fue todavía más divertido porque como Silvia lo había conocido días atrás, no puedo reprimir la emoción al verlo aparecer y corrió entre mis padres a saludarlo desde lejos, descubriendo su comprometida posición.

Los pobres se pusieron más colorados que dos tomates.

—Nada, que queríamos ver qué tal se había quedado la noche—se disculpó mi madre.

—Eso, por ver si nos vamos a dar una vueltecita con la niña, hija—añadió mi padre.

—¿Una vueltecita? Pero papi, si me habías dicho que hoy tocaba pizza y helado en casa—puso mi hermanita los brazos en jarra en señal de que allí se estaba cociendo algo.

—Venga ya, que se os ha visto el plumero, lo hacéis desde que tengo quince años—reí.

—Vale, vale, lo confesamos, es muy guapo el chaval, y tiene pinta de formal, me gusta—asintió mi madre con la cabeza.

—Sí que tiene buena planta, pásalo bien, hija—añadió mi padre.

—Sí que la tiene, papá, pero ni la mitad que tú... tú vas a ser siempre mi galán.

A zalamera tampoco me ganaba nadie a mí.

Salí y Leo me esperaba fuera del coche. Parecía que nos habíamos puesto de acuerdo, pues también traía una camisa azul que coordinaba con mi vestido.

—Espera, espera, vuelve a entrar y sal, que me froto los ojos, que igual estoy soñando—bromeó.

—Deja de frotarte nada y mejor arranca el coche, que tienes a toda mi familia detrás de la verja, expectante.

—Sí, algo he visto. Silvia ha delatado su posición, es muy viva mi cuñadita.

—¿Cómo que tu cuñadita? Tira ya para el coche, no vaya a ser que todavía me arrepienta...

La realidad es que mucho debían cambiar las tornas para que yo me arrepintiera de citarme con Leo, pues tenía que reconocer que ya era tenerlo delante y sentir la necesidad de apaciguar el aleteo de las mariposas de mi estómago, no fuera a ser que alguna se escapara.

Verano, fin de semana, Marbella... un auténtico hervidero. Nos dirigimos al restaurante de moda y allí todos me dieron la bienvenida. El éxito que Katy y yo estábamos teniendo en los últimos tiempos era arrollador y ya nos trataban con mimo en todos los locales de la ciudad.

Cenamos en aquella terraza tan exclusiva, con la iluminación perfecta para ver nuestros rostros... Unos rostros que también permanecían iluminados, en particular cuando nos daba por sostenernos la mirada, que fue en varios momentos durante la cena.

Una vez tomamos un exquisito postre compartido decidimos quedarnos en el mismo lugar, pasando a uno de los reservados de su zona de baile. En él Leo y yo estuvimos bailando horas, con la sensualidad reinando entre nosotros... Cada vez que tenía ocasión, me robaba un beso y yo me hacía la distraída, como si no fuera conmigo.

Al salir del reservado, con la idea de volver a casa, un grupo de seguidoras me asaltaron para alabar mi estilismo.

—Jo, que creí que terminaban arrancándome el vestido—le comenté cuando echamos a andar, pues las chicas se habían mostrado de lo más efusivas.

—Hombre, de haberlo hecho, yo les hubiera dado las gracias, no te voy a mentir. Todavía podemos volver si quieres...

—No me seas tan listo, no me seas tan listo...

Fue una velada perfecta y, a la hora de llegar a casa, sentí unas ganas irrefrenables de besarlo... Salí corriendo como la Cenicienta lo hizo a las doce, aunque en mi caso ya estaba bien avanzada la madrugada. Lo hice así para no precipitarme, aunque en mi ánimo hubiera estado el caer en sus brazos y besarnos “Despacito...”, como dice la canción de Luis Fonsi.

El domingo se presentaba muy familiar y no vi a ninguno de mis chicos, ni siquiera a Katy. Fue una especie de jornada de reflexión que yo pasé con mis padres y con Silvia, relajadamente en casa. Al día siguiente comenzaba aquella emocionante aventura, ¡que se prepararan las Maldivas!

## Capítulo 9

Los nervios se apoderaron de mí...

Me levanté hecha un flan, fui enfilada hacia el baño a ducharme corriendo y a bajar a desayunar, mis padres ya estaban preparando el desayuno para despedirse de mí.

—Hermana, tengo una sorpresa para ti. Papi y mami han comprado un vuelo para que me vaya contigo al hotel — bromeó buscándome la lengua.

—Siento tener que decirte que te engañaron, el hotel es para mayores de dieciocho años — carraspeé mientras la abrazaba antes de sentarme a desayunar.

Se reía mirando a mis padres que le hacían burla, la pequeña se iba con ellos en unos días a Disneyland París, así que estaba loca de contenta.

Mi padre comenzó con su charla de mil consejos y *tips* de viajes, por lo que mientras desayunaba me puso la cabeza como un bombo y aguanté como una campeona mientras sonreía y afirmaba que le haría caso en todo. Al menos lo tranquilizaba, que luego hiciera lo que me diera la gana eso era otra cosa.

Katy me puso un mensaje de que ya estaban llegando, los chicos ya la habían recogido y ahora era mi turno, así que, cogí las maletas, me despedí de mis padres y salí hacia afuera.

La pequeña corrió detrás de mí para darme otro abrazo, cosa que agradecí, era mi princesa, la niña de mis ojos y por supuesto que la iba a echar muchísimo de menos.

Los chicos estaban sonrientes y Leo salió a ayudarme, metió mi equipaje en el maletero y me

hizo un guiño además de darme un pellizco en la mejilla. Me derretí, para qué voy a negarlo.

—Sabes que te has partido los cuernos por bajarte a darme un beso — recliné a mi amiga en plan de broma mirando hacia atrás cuando me senté en el asiento del copiloto. Lucas conducía.

—¿Yo? ¿Para qué? Ni que fueras mi mejor amiga — me sacó la lengua.

—Tampoco es que tú seas santa de mi devoción.

—Anda que no, soy tu ejemplo para seguir.

—Claro, claro, eso es lo que tú quisieras.

—¿Un poco de música? — preguntó Zeus desde atrás para cortar nuestra conversación.

—Sí mejor — le respondí dándole caña a esa bachata que sonaba.

—Relax que nos vamos ni más ni menos que a las Maldivas — dijo Leo mirándome y haciéndome un guiño.

—Eso suena de muerte, qué recuerdos de esas playas, nuestro primer gran viaje juntas — dije recordándolo con un montón de buenos recuerdos junto a Katy.

—Y ahora junto a nosotros, eso sí que tiene valor...

—Valor, tú lo has dicho — contestó Katy a Zeus riendo.

—Somos unos santos...

—Menos lobos chaval, aún os tenemos en cuarentena hasta saber si nos podemos fiar de vosotros.

—¿Y eso? ¡Somos dos buenos tipos! — exclamó riendo Zeus.

—¡Cuarentena he dicho!

Leo y yo nos echamos a reír por la discusión de ambos.

—¿Tú también me pones en cuarentena? — murmuró mirándome.

—Obvio ¿Lo dudabas?

—Sí... — sonrió.

—Entonces es porque no me conoces — le hice una burla que le sacó una carcajada.

Llegamos al aeropuerto y facturamos rápido, ya que al ir en primera clase teníamos preferencia y no teníamos que aguardar esa larga cola de turista.

Entramos y fuimos directos a la zona de embarque donde nos tomamos una copa de vino en uno de los bares que había junto a ella, así por lo menos algún efecto nos haría, ya que queríamos conseguir dormir bastante.

Cuando llamaron a embarque también fuimos los primeros en entrar, además íbamos los cuatro solos en primera así que teníamos toda esa zona para nosotros.

—No me voy a sentar contigo — le dije riendo a Leo, cuando vi que mi amiga se había plantado con Zeus y la miré con ganas de matarla.

—Pues por lo que veo, tienes esa opción o hacerlo sola, pero sería muy triste y aburrido hacer un viaje tan largo sin hablar con nadie...

—Estamos los cuatro solos, a chillidos que os hablo — reí negando y cogiendo el asiento que había frente a él, los dos en ventanilla y a nuestro lado uno libre, aquello era una pasada, una mesita en medio nos separaba.

—Mejor así — contestó al comprobar que ya estaba frente a él acomodada.

—Esto está perfecto para jugar a las cartas — reí.

—No caí en cogerlas.

—Yo sí las llevo encima, así que prepárate que te daré alguna que otra paliza — chuleé.

—Lo dudo, soy muy perspicaz...

—Y yo muy tramposa y encima bien entrenada — me mordí la lengua hacia un lado poniendo cara de *influencer* ¡Anda que no tenía los gestos bien aprendidos! Se echó a reír mientras negada.

—Me encanta cuando pones esas caras, casi te vi todas las imágenes de todas las redes...

—Ya vi que no te dejaste ni un “me encanta” por el camino — le saqué la lengua.

—No había ninguna que no se la mereciera... — sonreía de lo más atractivo.

—Bueno, señal de que hago bien mi trabajo — respondí orgullosa.

—La que vale, vale.

Él sonreía y me miraba con esos ojos brillantes que me encantaban, la verdad es que fue un vuelo espectacular donde nos pusieron comida de lo más rica y elaborada. Eso de ir en primera clase era un chollo.

También dormimos en unos asientos reclinables que eran muy cómodos, luego hubo tiempo para charlar, para jugar a las cartas y para esas miradas que se me quedaban clavadas como puñales en forma de amor...

Me gustaba un montón, era increíblemente sexy, interesante y muy prudente, tenía esa forma de ser que en ningún momento dejaba de ser correcta. No como yo, que se me iba la bola cada dos por tres, por eso debía ser que lo veía mi otra parte de la balanza, por eso me llamaba tanto la atención...

Tras un montón de horas que se me pasaron volando, comenzamos el descenso hacia Malé, la capital de las Maldivas y el enlace con todas sus islas.

Katy comenzó a aplaudir en cuanto el avión tocó tierra y, por ende, las cabinas de atrás comenzaron a seguirle, eso, o que fue mera coincidencia, pero yo me eché a reír.



## Capítulo 10

Aterrizamos y rápidamente nos llevaron en un carrito a pasar inmigración y luego a la lancha rápida que nos llevaría hasta nuestra isla.

La lancha era un yate, me quedé alucinando, todo por cortesía del hotel y para que lo promocionara en todos los servicios. Normalmente los turistas se mueven en los botes que los van trasladando en grupos hasta las islas.

—¿Sabes que en las Maldivas el cien por cien de la población es musulmana? — preguntó cuando la lancha arrancó.

—Sí, me puse al tanto de la cultura del país antes de venir la anterior vez, recuerdo hasta que las más o menos mil doscientas que la componen, una cuarta parte está inhabitada.

—Veo que sí, que estás enterada — arqueó la ceja.

—No soy ninguna inculta — le saqué la lengua.

—Una arquitecta no lo podría ser —guiñó su ojo.

—Arquitecta y una de las mejores *influencers* del país que no se te olvide.

—Está bien, está bien... — Levantó las manos en son de paz.

Era por la mañana, habíamos llegado a las seis, así que imaginad el desayuno que nos pusieron en la lancha para el trayecto que no sería superior a una hora y media.

Katy no dejaba de tirarnos fotos a todos, la verdad que tanto ella como yo, hacíamos unas instantáneas de lo más bonitas y cuidadas, teníamos una táctica increíble y más en ese lugar que nos iba a dar miles de posibilidades.

Llegamos a nuestra isla, una preciosidad como todas las que había en aquel Océano Índico...

Nos dejaron en la misma puerta de las cabañas que había sobre el mar, nos subieron las maletas por las escaleritas de acceso desde el agua a la habitación, por detrás había otra salida para llegar a tierra firme al *resort*.

La “poca vergüenza” de mi amiga se fue hacia una con Zeus y obvio que no cabía otra que meternos en la misma Leo y yo. Bueno, no es que me diera coraje ni mucho menos, pero sí una vergüenza que me moría.

Aquellas cabañas eran la leche, tenían una terraza impresionante con una piscina que quedaba a ras y continuaba la vista en el mar, además de tumbonas, mesa con sillas, y una especie de barra pequeña con algunas bebidas ¡Para cagarse!

Todo precioso y cuidado al igual que dentro, un impresionante dormitorio con dos camas gigantes de matrimonio que eran para alucinar. Comencé a reírme y él me miraba con cara enigmática aguantando la risa.

—Me pido esta — me senté sobre una advirtiéndome así que no dormiríamos juntos, al menos me tenía que hacer la dura.

—Yo me pido un yate en la puerta, veremos si se nos cumple — soltó como diciendo que yo por pedir... ¡Anda que no tenía guasa!

—Aquí la invitada soy yo — reí.

—Y a mi me costó el dinero, así que creo que tengo preferencia a la hora de elegir — dijo descorchando una botella de vino blanco bien frío que había en la nevera interior.

Entré al baño para cambiarme y ponerme un bañador, ese lugar invitaba a deshacerse de la ropa y andar en traje de baño todo el día.

—Preciosa como siempre — dijo cuando salí del baño mientras me acercaba la copa.

—No me seas zalamero — olí el vino. No es que entendiera, pero sabía que los que sí, lo solían hacer y me hice la interesante. Luego le di un trago y lo aguanté un poco en la boca.

—¿Qué tal?

—Fresquito, espumoso y afrutado — solté lo primero que se me vino a la mente, pero por su risa me dio la impresión que no fui convincente.

—¿Nos damos un baño? — Señaló hacia el mar.

—Sí, por favor, estoy loca por ello.

Bajamos con las copas y luego la dejamos en uno de los escalones que eran amplios, bien grandes.

El mar estaba a una temperatura perfecta, en calma como un plato, en un inmejorable marco, una tranquilidad absoluta hasta que...

—¡Al agua patos! — Escuché a mi amiga y la vi bajando por las escaleras también con otra copa de vino, luego siempre decíamos lo mismo, que no nos gustaba beber, que solo en ocasiones.

Atrás Zeus con su copa y el móvil a todo volumen con la canción de Camilo Sexto “Vivir así es morir de amor” miré a Leo y comenzamos a reírnos, vaya cancioncita...

Pusieron todo en el mismo escalón que en el nuestro y nos quedamos ahí charlando, tomando la copa y escuchando la música antaña con la que nos fueron sorprendiendo.

—Menos mal que dormimos en el avión, de lo contrario ahora seríamos zombis.

—Katy, tú te duermes hasta en la copa de un árbol.

—Calla, que si cuento donde te dormiste una vez...

—Puedes contarlo — la picó Zeus.

—Si ella es capaz, te garantizo que empiezo a contar cosas que no le gustaran — advertí para que no lo hiciera.

—Si es gracioso — volteó los ojos.

—Lo tuyo también — sonreí con maldad.

—Mejor... — Hizo el gesto de ponerse una cremallera en la boca.

Leo subió por la botella de vino y nos volvió a rellenar las copas, en el agua se estaba de muerte y ahí nos íbamos a quedar un buen rato.

Me gustaba mucho ese hombre y veía que a mí amiga también, no me podía creer que estuviéramos con aquellos dos desconocidos en uno de los destinos más deseados del mundo y,

sobre todo, uno de los más paradisíacos.

Dos horas después nos fuimos a comer a tierra firme, el *resort* era todo un lujo al alcance de pocos, aunque en las Maldivas había estancias para todos los bolsillos y para vivir una experiencia fascinante. Nosotros teníamos el privilegio de estar en uno de los lugares más bellos, todo era espectacular y bien cuidado al detalle, tenían varias piscinas repartidas a lo largo de toda la isla, todas ellas con barra acuática, además de infinidad de restaurantes. Allí quien se aburriese era porque quería, todo ello sin contar que una parte de playa estaba destinada para los más fiesteros, donde la música, la animación y la alegría no faltaba durante todo el día.

Tras la comida los chicos se perdieron y nos quedamos a solas Leo y yo, la verdad es que me apetecía y necesitaba un poco de tiempo a solas, sabía que tenía mucho por descubrir de aquel chico con ese punto misterioso e irresistiblemente correcto.

Nos fuimos a la piscina, una que estaba junto al mar, era una pasada, con una larga barra dentro para que los clientes tomaran una copa en remojo y con las mejores vistas del mundo.

—¿Eres más de mar o de montaña? — me preguntó con un gesto de lo más sugerente.

—De mar, siempre de mar, me da muy buena energía, aunque reconozco que me encanta la sierra, la montaña, la naturaleza, sobre todo en invierno, todo tiene su época.

—Pienso como tú, todo tiene su momento...

—Estuve viendo un fragmento de una de tus novelas, la de la “Rosa desértica” — reí mientras absorbía con la cañita aquel delicioso cóctel.

—No me lo esperaba — hizo un carraspeo y arqueó la ceja.

—¿No te lo esperabas? — reí.

—Pues no, pensé que ni la mirarías...

—Hombres...

Mirar ese mar infinito desde la piscina era una gozada, lo más exótico y romántico del mundo...

Noté cómo Leo me agarró por detrás mientras estaba mirando al horizonte apoyada en la barra y dejó caer su barbilla en mi hombro.

—¿Te has enamorado alguna vez hasta quedar sin aliento? — preguntó cogiéndome fuera de juego.

—Me he enamorado, pero no me han dejado sin aliento — reí —. Aún no ha llegado la persona que haya conseguido eso — noté como besaba con mucha delicadeza mi hombro.

—¿Cómo es tú hombre ideal?

—Eso no existe — reí, me estaba poniendo nerviosa.

—Pensé que sería yo...

—¡Leo! — exclamé girándome y negando.

—Dame un beso que te salga del corazón...

—Pues siéntate aquí — señalé a la silla de la barra de la piscina — y espera —reí.

—Tienes cinco minutos...

—No, no tengo cinco minutos, tengo el tiempo que me de la gana — seguía riendo nerviosa.

—¿Me vas a salir protestona?

—Vengo así de serie — le di un trago a la piña colada que habíamos pedido.

—Esa serie está deseando darme un beso — pellizcó mi mejilla sonriendo y clavando su mirada en mis labios.

Y se lo di, con esa mirada, esa caricia a modo de pellizco no me pude resistir. Él, ahuecó su mano en mi nuca y me besó con intensidad, pero nada de a lo bruto, todo lo contrario, a modo de novela...

Sonreímos mirándonos tras ese beso. ¡Cómo podía ser tan jodidamente sensual! Es lo que me parecía a mí, un tipo de lo más sensual.

Estuvimos toda la tarde entre la piscina y el mar, jugueteando, besándonos en plan tranquilo. Estábamos reventados del viaje por muy cómodo que fuese y esa noche nos fuimos a dormir bien temprano, no me había vuelto a cruzar con los chicos, pero seguro que estaban pasándose en grande.

Jugueteamos en la cama, nos besamos, abrazamos, pero esa noche no pasó nada y eso me gustó de Leo; no le mataban las prisas, disfrutaba del momento al igual que yo.



## Capítulo 11

Angustiada, temblando y nerviosa me levanté por la maldita pesadilla que había tenido.

—¿Estás bien? — me preguntó incorporándose y agarrándome con cariño. Estaba sentada sobre la cama con una ansiedad increíble.

—He tenido un mal sueño — me levanté y salí hacia la terraza a que me diera el aire.

Escuché cómo pedía que nos trajeran el desayuno, pero lo único que yo quería era...

Me quité el camisón y me tiré al mar sin pensarlo, me lancé en ropa interior, necesitaba refrescarme, cambiar esa sensación que tenía y es que no estaba bien, demasiado jodido había sido aquel sueño.

Estuve un rato hasta que Leo me avisó de que el desayuno ya estaba allí.

Subí con mejor cara, pero con un poco de agobio, no solía tener pesadillas, pero cuando lo hacía me tardaban unas horas en desaparecer y lo peor de todo es que me volvía como la niña del exorcista, más borde que todas las cosas.

—¿Mejor?

—Dame mi café y no me hables...

Cerró los ojos riendo y poniéndose la mano en la boca, puso la taza sobre mi mano, yo no me quería ni sentar.

—No te rías que cobras...

—Solo fue una pesadilla, relájate — señaló a unos bollos y pan por si quería comer algo y negué con la cabeza.

—Ahora no me entra nada, pero nada nada, estoy mal — dije con tristeza.

—¿Qué soñaste?

—Estaba en la sala de partos y no paraba de parir niños, uno blanco, otro amarillo, otro negro, otro mulato y un montón de hombres de diferentes procedencias cogiendo el que le correspondía ¡Joder hasta el negro del Wasap!

—¿En serio? — explotó a reír —Eso es un sueño gracioso.

—¿Un sueño gracioso? Pues no sé dónde le ves la gracia, eso es una putada y bien grande, vamos, una pesadilla como un castillo y como te sigas riendo, te vas a comer el desayuno completo de una hociada.

—Vale, vale — levantó las manos en son de paz y aguantando la risa.

—No tienes idea de lo que es ver a todos esos hombres delante de mis piernas esperando su criatura — resoplé agobiada. ¡Qué horror por Dios!

—¿No había ninguno para mí? — preguntó a punto de explotar en una carcajada.

—¡Vete a la mierda! — reí, me tuve que echar a reír.

—No mujer, la foto con esos preciosos niños de color se haría viral — dijo buscándome la lengua.

—El problema no son los niños, eran los padres que eran todos feos y, bueno, los niños...aquello era un equipo de futbol internacional.

—A mí siempre me gustaron los niños de color.

—Y a mí, mi amiga Judith es de Sudáfrica y es una preciosidad, su hija Malca es mi debilidad, ahora están en Holanda, de donde es su marido. Ella estudió conmigo, ya que estaba aquí porque su padre era diplomático.

Escuchamos a mi amiga llamarnos desde la otra cabaña toda feliz, seguro que esa había tenido una noche de lujuria y pasión, con esa efusividad no me extrañaba.

Se tiró al agua, ni escaleras ni nada y vino hacia nosotros con Zeus. Se sentaron a desayunar y comenzó a contarnos que el día anterior salió huyendo de él, que quería darle un beso de tornillo y cerró la puerta de uno de los baños del *resort* con tanta fuerza, que la tiró abajo.

No me lo podía creer, lo extraño es que tardara tanto en liarla, yo pensé que lo haría en el avión, pero no, fue aquí. En fin, sería la primera de muchas pues ella menos quietecita, todo.

—Menos mal que no estaba contigo — volteé los ojos.

—Vamos la santa, a la que nunca le pasó nada.

—Por tu culpa no nos invitan a ningún sitio más.

—Pero ¿qué dices? Si encima me tranquilizó uno del hotel de los nervios que fingí que me

entraron.

—Ya. Que, entre mi pesadilla y tú, vaya manera de comenzar el día, de esta me doy dos tiros.

—Mejor cuatro, para asegurar la muerte y que no te quedes peor de lo que estás.

—¡Que te den! — Le saqué el dedo y me eché otro café ante el silencio y las sonrisas de Zeus y Leo que ni hablaban, eran listos, sabían que podían salir escaldados.

—Mal humor tienes, hija... — Puso cara de asco.

—Si es que levantarse así tiene mucha guasa, si lo sé no me acuesto — me apoyé sobre las tablas que daban al mar.

—Pero ven aquí y siéntate...

—Katy, no me toques la moral, avisada quedas. Ya sabes que cuando me levanto mal no aguanto ni una.

—Bueno va... ¿Qué planes tenemos hoy? — preguntó Zeus en un intento de calmar las aguas — Había pensado en alquilar un catamarán e irnos a otras islas.

—Pues ya estás tardando — contestó Katy.

—Por mí está bien — dije desganada desde la barandilla.

—De acuerdo — respondió Leo mientras me miraba arqueando la ceja.

Zeus riendo se levantó y cogió el teléfono de nuestra habitación, llamó a recepción y pidió un catamarán para una hora después, que nos lo traerían hasta la misma cabaña.

Yo miraba el mar pensando en mi pesadilla, en la puerta de Katy y en el mar humor que me corría esa mañana por el cuerpo.

Leo se me acercó con otro café y me lo puso en la mano, el mío ya estaba acabado.

—¿Mejor?

—Bueno, con ganas de cometer un asesinato con un peluche o algo.

—Si es con un peluche... — apretó los dientes y luego se acercó a besarme.

—Se me pasará — sonreí —, es solo que estoy angustiada y encima viene esta — señalé a Katy que desayunaba en la mesa hablando con Zeus —, me cuenta lo de la puerta y me quedo con una cara de tonta que no puedo con ella. Pesadilla y destrozo en el *resort* ¡Viva el amanecer!

—Bueno, mañana será mejor — pellizcó mi mejilla.

—¿Quién me lo garantiza?

—Yo — volvió a besarme —, yo te lo garantizo, te voy a agotar tanto hoy, que no tendrás mente para volver a soñar de esa manera tan fea — me hizo un guiño y volvió a besarme.

—¿Me vas a agotar? — reí negando.

—Te voy a agotar... — repitió con esa sonrisa acompañada de ese guiño que lo hacía el

hombre más sexy del planeta —Te voy a conquistar para que vivas en una eterna sonrisa en forma de felicidad — otro beso.

—Se nota que eres actor de telenovelas, vaya lengua — me señalé a la mía.

—Anda ven, toma una tostada o un bollo, come algo — me agarró del hombro para sentarnos con los chicos.

Después de esos besos si me hubiera pedido que me sentara con el mismísimo diablo, también lo hubiese hecho.

Me cambié de ropa después de desayunar y mi amiga fue por sus cosas, en nada llegó el catamarán con un barquito al lado que se llevó al chico que lo traía y lo dejaron anclado en una especie de muelle que había junto a nuestra cabaña y que se llegaba por un pasadizo de madera por la salida de atrás.

Fuimos andando no más de treinta pasos y mi amiga me llevaba por el hombro cantándome una canción de Sabina “Diecinueve días y quinientas noches”.

Recordé la vez que me hizo ir a un concierto de él con Serrat. Compró las y entradas más caras, hasta podíamos entrar al camerino a saludarlos, en fin, que ya podéis imaginar. Mató “dos pájaros de un tiró”, nunca mejor dicho.

El catamarán era una pasada y ellos tenían los permisos para tripular aquel barco, ósea, que nos íbamos los cuatros de charanga en aquel pedazo de aparato que parecía un *resort* en medio del mar.

Me senté en la mesa exterior con una lata de refresco que había cogido de la nevera que venía bien cargada, ya lo había pedido Zeus, tanto de bebida como de patatas chips y otro tipo de cosas para picar, ya que, almorzaríamos en alguna de las islas en las que parásemos.

La música comenzó a sonar desde el móvil de Zeus, él fue quien capitaneó ese aparato que comenzó a navegar de lo más fino, casi ni ruido, ni movimiento, aquello era una pasada y además el mar era un perfecto plato cristalino que invitaba a explorarlo.

Se me fue pasando eso de la pesadilla, pero ¡qué horror! No entendía como podía tener un sueño así, me dejaba una sensación de lo más angustiada y con un malestar enorme, lo mío me costó que se me fuera pasando.

Paramos en medio del mar y decidimos darnos un chapuzón, aquella sensación era lo más parecida a la paz plena, te olvidabas del mundo, de los problemas sociales, de las injusticias, de todo aquello que causaba una fea sensación. Aquí te despojabas de todo ello y entrabas en una calma con sensación de placer indescriptible.

Lo que más impresionaba es que simplemente flotando y sin meter la cabeza en el agua, ya podías ver el fondo marino como si fuera a través de un cristal.

Aquello era toda una meseta de arrecifes, por lo que podía divisar las mejores barreras de coral que jamás hubiese imaginado.

Estuvimos una hora allí, observando el fondo y disfrutando de esa maravilla, una hora en la que el silencio entre nosotros estuvo presente, estábamos totalmente conectados con ese lugar, embobados mirándolo todo, viviendo aquel momento que se te quedaría en la retina y en los sentidos para toda la vida.

Vi cómo Leo se subía al barco y fui detrás, entonces los dos también subieron, había sido suficiente y el día era muy largo, aunque reconozco que, aunque subí arrugada, me hubiese quedado una hora más.

Comenzamos a navegar hacia una isla en la que había mucho turismo y nos habían hablado muy bien de ella, era menos exclusiva y con mucho mochilero, lleno de restaurantes, tiendas y zonas de

diversión en la playa, allí es donde comeríamos.

Katy estaba de lo más melosa con Zeus y me hacía presagiar que estaba como hacía mucho no la veía como un chico, como si este fuera de lo más especial y le hiciera sentir todo aquello que ella necesitaba. La entendía, yo me sentí así y, sobre todo, estaba viviendo ese momento que también estaba viendo reflejado en ella.

Atracamos en uno de los muelles de la isla y fuimos caminando hasta adentrarnos en ella, ya se veía la vida que en ella había, centenares de turistas por todos lados viviendo el viaje de sus vidas.

Leo me llevaba de la mano y eso me causaba mucha seguridad y bienestar, era como si fuera mi todo y hubiera aparecido por arte de magia, aunque en cierto modo fue así. Era como esa pareja que te protege y cuida en todo momento, que sientes que nada malo te puede pasar si estas a su lado, aunque algo me decía que no podía ser cierto que todo fuera tan bonito.

Nos paramos en unos puestos donde vendían artesanía local y aprovechamos para hacer unas compras. Así estuvimos un buen rato, de tienda en tienda, luego nos sentamos a comer en unas mesas de *picnic* en una parte de la playa cerca del yate, donde Zeus aprovechó y fue a dejar todas nuestras compras.

—Cris ¿Un, Tik Tok? — Eso sí que me hacía temblar y con ella...

—Uno tranquilito — le advertí señalándola con la cerveza mientras los chicos reían y se ofrecían a aguantar el móvil para grabar.

Terminamos decidiéndonos por un baile gracioso de espaldas al mar y con unas vistas espectaculares. Quedó de lo más bonito y no tardamos en recibir cientos de miles de *likes*, lo habíamos petado.

—No puedo con vosotras... — dijo Zeus — Me voy a abrir una cuenta de esas para hacer el payaso.

—El payaso dice... Payasas todas tus ex, que son de plástico y prepotentes.

—Katy, no conoces a mis ex — Zeus rio negando.

—Solo hay que verte la cara para ver que yo soy la regla que marca la excepción — le hizo un guiño.

—Da otro traguito más a la cerveza, creo que eres mas coherente...

—¿Borracha?

—No dije eso — rió.

—Haya paz que lo he pasado muy mal esta mañana — intervine.

—¿A quién se le ocurre soñar con tener hijos de diferentes nacionalidades y a la vez?

—¡Katy calla y bebe! — advertí — Qué te puedo recordar lo de la puerta — le hice un guiño.

—Pues recuerda, vaya problema el mío...

—Uy como están los ánimos por aquí, yo creo que están mejor en medio del mar, tan guapas, fresquitas y calladitas — soltó Zeus, ante la mirada de Katy que se iba volviendo la niña del exorcista.

—¿Qué? Tan bellas ahí — señaló al mar.

—Bueno, aquí están los platos — irrumpió Leo cuando apareció el camarero —. Vamos a disfrutar de la comida, del entorno, de nosotros, de todo... ¿Qué os parece? — Levantó su cerveza.

—Mejor, mucho mejor — respondió Zeus apretando los dientes.

Comimos en son de paz, más que nada por los chicos que iban a terminar echándonos a los tiburones...

Luego volvimos al catamarán y a disfrutar del fondo marino y de todo aquello, además de visitar un par de islas más y una en la que cenamos a la luz de unas antorchas a pie de playa, una pasada...

Esa noche volvimos a la cabaña y caí redonda, a este el sexo no se lo iba a poner fácil, aunque notaba que él no tenía prisa.

Nos acostamos abrazados y con Leo diciéndome lo bien que lo estaba pasando con mi compañía. ¿No era esa la esencia del amor?

## Capítulo 12

Sus besos iban jugando con mi cuello, como una pluma acariciando mi piel, con un amor que desprendía con cada roce...

—Buenos días, amor...

—Buenos días, guapo — sonreí mientras lo miraba con ese brillo en mis ojos del que él, era el causante.

—¿Dormiste bien?

—Genial, no me enteré ni de cómo mi cuerpo cayó desplomado.

—Te dije que iba a conseguir que durmieras agotada...

—Es verdad — reí al recordarlo —. Pues sí, lo conseguiste — besé su cuello.

—Hoy también lo haré...— Echó mi pelo hacia atrás — No quiero verte levantarte con esa sensación tan fea, me gustas cuando sonríes, cuando eres feliz.

—¿Qué planes tenemos hoy?

—Pues irnos los dos solos, a una isla preciosa, no hay hoteles, solo restaurantes y vida, es el punto de visitas de todas las islas de alrededor.

—Eso suena muy bien.

—Ahora nos traerán en diez minutos el desayuno, lo pedí anoche mientras dormías y en una hora vendrá una lancha para llevarnos hasta allí.

—¿Todo lo preparas así? — fruncí el entrecejo.

—¿Así como?

—Tan bien...

—Bueno, solo intento organizarlo un poco para que disfrutemos de este gran viaje.

—Lo estamos haciendo y gracias a ti — sonreí.

—Para nada, solo intento aportar algo — me besó ahuecando su mano en mi cuello y consiguiendo que me estremeciera.

Causaba en mí una sensación de desear más, pero yo iba poco a poco, así le demostraba que no era como las demás. Algo me decía que él ya venía de haber vivido mil historias con mil mujeres y estaba segura de que no me equivocaba, yo no quería ser una más, yo quería ser esa historia que viviera como única y especial.

Nos levantamos, desayunamos tal como nos lo trajeron y... Nos dimos un chapuzón en ropa interior, primero me tiré yo y él sin pensarlo vino detrás.

—Quiero que me prometas que vamos a luchar por construir algo juntos — dijo mientras me besaba.

—¡A mí no me ameneses! — bromeé consiguiendo que me mirara sonriente mientras negaba,

pero eso sí, a baba tendida.

—Algo me dice que quieres vivir mil amaneceres conmigo — decía mientras me abrazaba en el agua.

—Y sigue con las amenazas... ¡Vaya viajecito! — Me hice la indignada provocando una risa en él, como pensando que no podía conmigo.

—Te estoy diciendo algo serio y bonito.

—Pues a mí se me atravesó el desayuno — hice como la que se ahogaba, atorada con el desayuno.

—Por eso me gustas, eres toda vida...

—Y dale, qué manera de agobiarme — seguí bromeando y me tapó la boca con uno de sus besos.

Hasta pude notar bien su miembro y un cosquilleo comenzó a recorrer mi barriga, en esos momentos lo hubiera devorado, pero no, quería seguir disfrutando de ese juego sin llegar a mucho más, al menos por ahora. Quería vivir los nuestro sin prisas, no iba a ser solo el viaje, iban a venir muchas cosas bonitas después, algo me decía que sí, que aquello no había hecho más que comenzar...

Subimos para ponernos los bañadores, coger su mochila, mi bolsa y bajar de nuevo pues la lancha nos esperaba.

El camino fue precioso, aquello era de una belleza exuberante, miraras por donde miraras y, sobre todo, daba paz ir de la mano de aquel hombre que no dejaba de hacerme caricias y muestras de cariño.

Cuando llegamos a la isla nos paramos delante del puesto de un chico que estaba haciendo cosas de cuero. Era italiano, estaba pasando allí el verano y buscándose la vida, charlamos con él un poco, incluso nos sentamos a su lado y Leo trajo tres cervezas, daba gloria escuchar a ese chico y su bohemia filosofía de vida.

Me hizo una pulsera de cuero mezclado con hilo de seda, una pasada y me la regaló, cosa que agradecí como si fuera una de brillantes, trabajada por él, para mí tenía el mismo valor.

Leo le compró unos collares y tobilleras para mí y para Katy, se notaba que lo hacía por ayudarlo, escogió cosas preciosas, aunque Mauro, el chico italiano lo hacía todo con el corazón y no podía salir más que preciosidades.

Lo que más me gustó es que al final le pidió que hiciera una tobillera y una pulsera de cuero pequeña con hilo en tonos rosas, al final me lo dio para meterlo en el bolso y me dijo que era para mi hermana Silvia ¡Detallazo del siglo!

Nos despedimos de Mauro y nos fuimos para pasear un rato, la charla con él y ese ratito a su lado había sido de lo más gratificante.

—Se nota cuando alguien brilla...

—Sí — le respondí con una sonrisa llena de emotividad, Mauro tenía algo y nos había dejado más paz de la que llevábamos ese día, cosa que parecía imposible.

Caminamos por la playa de la mano, viendo la isla, rodeándola mientras él me contaba un poco de su vida, de su familia, de todo lo que le rodeaba y que me decía de mil maneras que estaba loco porque yo conociera.

—Quiero un futuro contigo...

—¡Vuelves a amenazarme! — reí.

—Para nada, todo lo contrario — me abrazó contra él, mientras besaba mi mejilla y podía sentir el sonido de su sonrisa.

—Yo quiero algo bonito contigo, sin ponerle tiempo, sin nada, fluyendo sin dejar de perder esa magia que nació entre nosotros — me paré ante él y lo miré a los ojos —. Puedo ser la más payasa del mundo, pero si estoy aquí, es porque quiero que esto que comenzó siga causándome ese revuelo de mariposas que siento en mi estómago — agarró mis manos mientras me escucha sin interrumpirme —. Tienes que conocerme, soy un ángel y a veces demonio, soy la más feliz del mundo como de repente la más sensible y llorona, puedo estallar como un relámpago y formar el “dos de mayo”, pero luego me quedo en nada...

—Quiero todo eso de ti, te quiero con tus arrebatos, enfados, locuras, te quiero como eres, te quiero libre, pero a mi lado. Te quiero hacer un poco más feliz, bueno, inmensamente feliz — arqueó la ceja y tiró de mis manos hacia su cintura y luego me besó.

—Tú quieres mucho, ¿no? — pregunté bromeando cuando nuestros labios se besaron.

—Lo quiero todo... — Me giró, me quitó la bolsa, se la echó sobre su hombro y puso su mano sobre mi hombro para seguir caminando.

—¿Cómo ves a Zeus y Katy? — pregunté sonriente, quería su opinión.

—Los veo y eso es mucho, tienen buena conexión, mi amigo es muy parecido a ella y en el fondo, aunque no lo exprese mucho le van ese tipo de locuras.

—Mi amiga está loca sí, pero es adorable y una gran mujer — la defendí riendo.

—No lo dudo, a mí me cae genial.

Una barca a modo de barbacoa sobre la arena nos llamó la atención. Estaban haciendo pescado a la brasa y tenía una pinta que alimentaba.

—¿Te apetece?

—Claro — respondí mientras la boca se me hacía agua, además estaba hambrienta.

Pidió un plato de pescado y nos sentamos sobre una de las mesas de *picnic* que había, pronto vino un chico a ofrecernos las bebidas, nos pedimos dos cervezas, el caso es que íbamos de alcohol en alcohol, pero allí costaba subir, entre tanto baño y calor se quemaba rápido.

—Estas islas, aunque viven de la pesca, hoy en día lo hacen todo del turismo.

—Es una gran belleza que atrae a millones de personas del mundo, Leo.

—Efectivamente, por eso se convirtió también en uno de los principales destinos para los buceadores de todo el mundo.

—Y para los *influencer* —puse los dedos haciendo la V.

—Efectivamente, además de muchos personajes del famoseo que quiere exhibir las mejores fotos...

—¿Estamos compitiendo por quién sabe más? — resoplé riendo.

—No — rió —. Estamos manteniendo una conversación.

Me encantaba su sonrisa, su manera de comer ese pescado con los dedos, hasta para eso era correcto y sensual.

Estaba de muerte, repetimos y pedimos otro, tenía un sabor espectacular y dejaba un gusto en la boca impresionante, estaba perfectamente hecho.

De allí nos fuimos a unas hamacas de hilo que colgaban de unas maderas clavadas en el mar, así que nos metimos ahí en dos que había libres, además no había saturación de gente en la playa y hasta en ciertos puntos se podía sentir que todo era para nosotros, era una buena sensación.

Leo puso música en su móvil, un poco de todo, me encantaba el repertorio tan diferente que tenía en su teléfono, de todo y de esas canciones que a todos nos gusta recordar.

Nos quedamos allí como dos horas y luego nos fuimos a tomar un zumo tropical al otro lado de la playa donde estuvimos hasta ver el atardecer, que fue como un espectáculo para todos los sentidos.

Nos fuimos un rato después hacia la lancha que ya nos esperaba y nos trasladó al *resort* donde pedimos que nos llevaran la cena, queríamos hacerlo en la terraza con unas botellas de vino blanco.

Nos trajeron todo mientras nos duchamos, así que rápidamente nos sentamos ante esas langostas, una ensalada de pasta con marisco y una salsa que era espectacular.

Leo estaba de lo más romántico y atento, aunque él lo era, pero en este momento estaba como en otra dimensión, como si ya se hubiese soltado más y tuviera ganas de disfrutar de esto más relajadamente, a mí me estaba pasando igual.

Se pasó la cena buscándome con miradas que me hacían presagiar que la íbamos a liar, aunque

yo como que ya estaba dispuesta, estaba loca por dejarme perder en ese cuerpo y esos brazos que tanto me gustaban.

Su compañía se me hacía algo fundamental en todo momento, aquella cena era la más romántica que yo había tenido en mi vida, mi corazón estuvo acelerado en todo momento, sentía que iba a explotar de amor. ¿Cómo podía sentir todo eso en tan poco tiempo? ¿Sería cierto aquello del amor a primera vista?

—¡¡Crisss!!! — escuché gritar a mi amiga desde su terraza levantando las manos a modo de saludo con todas sus fuerzas.

—Adiós — me puse la mano en la frente y me puse a reír. Vimos cómo se asomaba Zeus y nos decía con señas que venían hacia aquí para tomar algo.

Y salieron por atrás para entrar desde el pasadizo de madera, no era hora para que bajaran por el agua.

Leo fue a dejarles la puerta abierta y de seguida entraron, vamos, qué si entraron, ahí me di cuenta de que Katy ya venía con dos copas de más.

—Nos vamos a casar — dijo sentándose sonriente y miré a Zeus, que nos hacía señas d cando a entender que con él no y yo aguanté de explotar a reír.

—¿Ya tenéis fecha? — le pregunté para seguirle el rollo.

—No, no tenemos prisa, sabemos que nos vamos a casar, puede ser en un año, dos, cinco o diez, pero soy la mujer de su vida, la mujer con la que quiere tener a sus hijos, el amor de su vida...

—Ya me enteré de que eres el amor de su vida — reí mirando a Zeus que se ponía la mano en

los ojos a modo de resignación.

Katy señaló la botella para que le sirviera una copa, Leo puso cuatro y brindamos por la boda de mi amiga, aunque fuera imaginaria, estaba borrachina y había que seguirle el rollo por el bien de todos, así se lo advertí a los chicos, para que ni lo dudaran.

Nos dio un rato, que no sabíamos si tirarla por las escaleras, lanzarla al agua de un empujón o darle una patada y mandarla directamente a la cama, pero es que preparó su boda entera, desde los invitados, al lugar, el vestido y hasta como iría él. Pobre Zeus, su cara era un poema, lo mejor de todo eran las muecas que nos hacía por detrás.

Al final se fueron y quedamos a solas de nuevo, al día siguiente ya habíamos quedado con ellos en pasar el día juntos por el *resort*, así que ahora nos tocaba disfrutar un rato del uno y del otro, en ese momento tan intenso que estábamos teniendo antes de que ellos aparecieran.

Me besó pegándose a él y me llevó adentro en brazos, mordisqueando mis labios mientras sonreía.

Me tumbó sobre la cama y comenzó a despojarme de mi ropa dejándome desnuda ante él.

Besó cada recodo de mi piel, acarició mi zona más íntima como nunca antes nadie lo había hecho, sacó de mí el mejor de los placeres, disfruté de aquel hombre que supo tocarme con sus manos y hacerme sentir con el corazón. Era una mezcla de pasión, deseo y todo eso que me hacía explotar de felicidad y más teniéndolo entre mis piernas mientras se movía con seguridad, pero con tacto. Sacaba su lado más pasional haciéndome sentir la mujer más deseada del planeta.

Para una primera vez fue de lo más inesperado, explosivo y para nunca olvidar aquellos brazos en los que me sujeté mientras se movía dentro de mí...



## Capítulo 13

Me desperté y lo miré...

—¿Tengo monos en la cara? —le pregunté sin poder parar de dejar de sonreírle.

—No, más bien lo que tienes son besos en la cara—me respondió empezando a besar cada centímetro de mi rostro.

En cuestión de segundos ya habíamos pasado de una cosa a otra... Aquellos primeros y alocados besos dieron lugar a otros que él depositó en mis labios, mucho más urgentes y necesitados, anunciando el ímpetu amoroso que estaba loco por mostrarme.

Noté el palpitar y el vigor de su miembro a través de las sábanas. También mi zona más sensible se mostraba sedienta de recibirlo. Pocos prolegómenos hubo aquella mañana, más allá de unos tocamientos previos por su parte en el interior de mi monte del placer, con sus dedos como primeros exploradores de una incipiente humedad que amenazaba con desbordarse como un río.

A continuación, y con un tercero movimiento, me colocó sobre él, siendo entonces mis senos los afortunados destinatarios de unas caricias y unos lametones que no parecían tener fin. Amasándolos con sus manos, su calida lengua recorría mis pezones endureciéndolos hasta la extenuación.

En semejante escenario y con su miembro colocado ya en la entrada de mi entrepierna, sus brazos empujaron ligeramente mis hombros, con la intención de que mi ya empapado sexo lo acogiera. Mientras recibía aquella primera estocada lo miré a los ojos.

—Me fascina cómo se torna tu rostro cuando te hago mía—murmuró con aquella voz grave que

me resultaba tan libidinosa. Y es que no podía ser más sexy...

—¿Cómo se torna? —le pregunté con ganas de que me dijera aquellas palabras que me llevaban a la cúspide del placer.

—Se torna en lujuria, eres lujuria pura y lo sabes...

Lo sabía y su libidinoso rostro me indicaba que él también lo era y que, en la cama, la unión de ambos era superior a dos; era mucho más...

Demasiadas palabras ya, en momentos en los que solo debía hablar el deseo. Y lo hizo, pues a aquella primera estocada le sucedieron otras muchas que recibí con ansia hasta ese momento contenida y a partir de ahí rebasada.

Hundiendo sus dedos en mi cintura, Leo me elevaba sobre él y me dejaba caer luego para demostrarme lo extenso que puede ser el goce... Yo me derretía en sus dedos, que notaba ardientes, tanto que competían con la temperatura de su sexo, que también parecía quemarme hasta las entrañas...

Pero, si aquello era fuego, yo quería arder en él. Necesitaba experimentar aquel calor que me hacía sentir viva y no tardé en notar que desde mi sexo descendía un torrente caluroso que hablaba de un intenso orgasmo que chillé a los cuatro vientos. La cara de Leo al verme rozar el cielo indicaba que deseaba hacérmelo alcanzar una y mil veces más. Y así fue...

Con las mejillas todavía ardientes, salimos a desayunar. Allí nos encontramos con Katy y Zeus, que también mostraban unos colores extraordinarios.

—¿Qué, Cris? Ha habido jarana pre-desayuno, ¿no? —me guiñó el ojo mi amiga, a quien le gustaba más un cachondeo que a un tonto un lápiz.

—No sé de qué me hablas—me hice la tonta mientras me disponía a sentarme, cayendo a plomo sobre la silla.

—Sí, sí, que lo sabes—me miró con rostro ladino.

—¿Y tú? ¿Has venido hasta las Maldivas a rezarle una novena a la Virgen del Carmen o cómo va esto? —le pregunté mientras miraba con ojitos de deseo a todos los manjares que el lugar nos ofrecía.

Cielos que la intensa actividad matutina de cama con Leo me había dejado baldada, no tenía fuerza ni para ir a prepararme una fuente de esas con un poco de todo que tanto me gustaban.

—Yo te sirvo lo que quieras—me indicó él con tono solícito.

Lo que yo quería era volver a degustarlo lentamente, pero eso no se lo iba a decir en aquel momento, así que le indiqué que me trajera por favor un zumo de naranja natural, varias tostadas y un café.

—¿Desde cuándo no comes? —me preguntó mi amiga cuando me vio literalmente devorar el desayuno—Qué bochorno, que nos van a mirar todos, que parece que traes más hambre que Carpanta.

Después de desayunar no nos lo pensamos mucho y nos metimos en una de aquellas piscinas mirando al mar, en las que los chicos nos hicieron cantidad de fotos. Algunas de ellas parecían postales e irían para nuestras redes echando mistos.

Aquel idílico viaje estaba gozando de gran aceptación por parte de nuestras seguidoras, a quien debíamos darles carnaza para que la expectación por vernos no hiciera más que aumentar.

Después, la loquilla de Katy dijo que íbamos a hacer aqua gym y comenzó a dar saltos,

parecía una cabra montesa y el resto de las turistas la miraban y hasta aplaudían, por lo que ella terminó haciendo reverencias y dedicándonos el bailecito a los demás, como si fuera una artista. Un poco de artista sí que era, la verdad, cualquiera que la viera estaría de acuerdo con eso, allí donde llegaba se hacía el alma de la fiesta en un periquete.

Más tarde bajamos a la playa, donde seguimos tostándonos al sol mientras los chicos nos embardunaban en crema y después comenzó la primera ronda de cócteles del día, que sería la primera de muchas.

Qué mal estábamos... en un entorno que era el mismo paraíso, con un clima inigualable y viendo el reflejo de nuestros dorados cuerpos en las aguas turquesas mientras recibíamos toda clase de mimos por parte de los chicos. Aquellos dos parecían hechos de encargo, tan atentos y cariñosos y luego con esa parte salvaje en la intimidad que nos tenía a Katy y a mí en el séptimo cielo, por mucho que ella a veces se empeñara en buscarle los tres pies al gato.

Después de almorzar de nuevo estábamos allí tumbadas en aquellas tumbonas y pensando que la vida era muy amable con nosotras mientras nos quedamos dormidas abrazadas a Leo y a Zeus.

La tarde pasó entre más risas, copas, charlas y miradas intensas cruzadas entre las dos parejas que, espontáneamente, se estaban formando allí. A través de sus cristalinas aguas se veía el reflejo de cuatro personas que tenían el deseo de estar juntas y de sacarle el máximo partido a unos días que estaban resultando inolvidables.

Tras cenar los cuatro, nos despedimos y Leo y yo volvimos a dar rienda suelta a aquella pasión que ya era irrefrenable.

Llegamos y, a la carrera, nos metimos en el baño. Mientras enlazábamos nuestras lenguas y ambos íbamos despojando al otro de la ropa de baño, un intenso calor comenzó a recorrernos de arriba abajo. Y cuando él se agachó para recordarme con su lengua lo placentero que podía ser que acariciara mi abultado y vibrante clítoris, no pude sino terminar chillando de placer mientras agarraba con fuerza su pelo.

Todavía con mis terminaciones nerviosas irradiando placer a todos los puntos de mi cuerpo, me dio la vuelta y, cogiéndome por la cintura me demostró hasta qué punto aquel fortísimo orgasmo le había animado a él también.

Sus embestidas, con mis manos puestas contra la pared, crecían y crecían mientras yo seguía chillando, en este caso su nombre, así como que no parara en ningún momento.

Desde el principio noté que no tenía ninguna intención de hacerlo, sino más bien de seguir suministrándome aquel placer que tan bien sabía dosificar.

—Como sigas así vas a tirar la cabaña abajo—gemí.

—Pues seguimos haciéndolo bajo agua, tú déjalo de mi mano—volteé los ojos por el placer y él siguió demostrándome lo mucho que tenía para mí.

Cuando hubimos desfogado un poco, me indicó que me sentara y colocó cada una de mis piernas al lado de aquel jacuzzi, que comenzó a llenar mientras acariciaba nuevamente con mi lengua un clítoris que ya había estallado, pero que clamaba por hacerlo de nuevo.

Conforme el nivel del agua iba ascendiendo, Leo me demostró que tenía buenas dotes de submarinismo, pues no dudó en continuar hasta que un nuevo estallido por mi parte le indicó la urgencia de que volviera a penetrarme. Mientras, en su boca permanecía la prueba de que un nuevo orgasmo, todavía más fuerte e intenso que el anterior, había llamado a su puerta.

Con mis manos recorriendo aquel hercúleo miembro de abajo arriba, me acerqué a él, con la intención de devolverle el favor y, colocándose de rodillas, me deleité lamiéndolo sin apartar ni por un segundo la vista de la suya.

Su estallido tampoco me cogió por sorpresa, como tampoco lo hicieron las dos veces que, ya en la cama, me penetró buscando el más explosivo de los finales antes de que nos decidiéramos a

conciliar el sueño.

Una nueva noche en la que dormiría relajada y soñando con un amanecer igualmente embriagador; pues eso era lo que estaba haciendo Leo, embriagarme con su ser.

## Capítulo 14

Desperté desnuda como me quedé la noche anterior, él sonrió, me besó y tiró de mí sin más, me levantó de la cama, me cogió en brazos y...

—¡¡Ni se te ocurra!!! — grité al ver cómo...

Saltó, saltó al mar conmigo encima, sin haberme dado tiempo ni a despertar ¿Cómo se le podía ocurrir algo así? Me reí cuando saqué la cabeza.

—¿A que esto no lo vas a olvidar en la vida? — me preguntó riendo.

—Te juro que esta me la pagas, en cuanto se me ocurra una bien gorda.

—¿Cómo de gorda? — preguntó mordisqueándose el labio y pegándose a él.

—Ya lo verás, la venganza se sirve en plato frío — le saqué la lengua y de repente escuchamos algo detrás de nosotros, como un golpe y claro...

—Vaya dos — dijo Leo mirando a los chicos que se acababan de tirar a la piscina.

Desde luego que eran nuestras sombras, aparecían cuando menos los esperabas, aunque habíamos quedado con ellos, pero joder, ni un ratito de paz y ya estaban dando por saco a nuestro alrededor y como mi amiga no se las gastaba...

Un bañito y nos fuimos a secar y cambiarnos, estábamos todos en ropa interior y como que no era plan pasearnos por el *resort* así...

Nos fuimos a desayunar a un bar en la playa y mi amiga tenía una resaca descomunal, no entendía nada de lo que decía, encima se enfadaba porque pensaba que nos estábamos riendo de ella, que sí, que lo hacíamos, pero que era desde el cariño.

—Os voy a decir una cosa a los tres... — nos advirtió señalándonos con un dedo de la mano que sujetaba unos *creps* con mantequilla y mermelada — No me toquéis la moral que salís escaldados.

—Come y calla, cariño — le puse otro café por delante.

—Así me gusta, atenta a lo que necesito — me hizo un guiño.

—No eres más chula porque no te entrenas. Anda, desayuna y quita esa cara de loca que tienes, hoy no vas a poder subir ni una foto a tus redes.

—Que no dice... Mujer de poca fe... — Negaba mirando al horizonte.

Zeus me hacía señas para que no la buscara y Leo para que sí, así que ahí iba yo a dar por saco, éramos dos contra uno.

La mañana transcurrió buscándole la lengua, en la playa nos dijo de todo menos bonitos, nos llamó hasta malas víboras, yo no paraba de reír y los chicos intentaban aguantar la risa por todos los medios, pero ella se lo estaba poniendo muy difícil.

El día fue de lo más bonito como los dos siguientes, lo pasamos todos juntos, además de tener esos ratos anoche y al amanecer con Leo en los que fuimos dejándonos la piel en aquellos momentos tan sensuales. Me sentía de lo mejor con él y notaba que mis sentimientos iban acrecentándose cada vez más, era como si aquello fuera a pasos agigantados y no nos hiciera falta decir la devoción que teníamos el uno con el otro en todos los sentidos.

Esa noche me acosté un poco sentimental, sentía la tristeza de que se esfumaba aquel precioso viaje de nuestras manos, pero tenía la necesidad de comenzar una vida en pareja con él en España, era como una mezcla de sentimientos ante esa penúltima noche que estaba viviendo en aquella isla.

Me abracé fuerte a él y besé su pecho...

—No tengas miedo a que esto termine, nos quedan muchos viajes más y mañana un día para disfrutar a tope y hacer todo aquello que deseemos.

—Pues quedarme contigo aquí en la cama todo el día — reí.

—Bueno podemos estar un buen tiempo, pero ya nos daremos una escapada de fin de semana en breve, aquí hay que aprovecharlo todo — ahuecó su mano en mi nuca y se acercó a besarme antes de apagar la luz.

—Mañana quiero que sea el día más inolvidable de mi vida...

—Espero que así sea.

Noté en eso algo como de tristeza, no me gustó ese tono, era como si supiera algo que iba a pasar y yo no.

Llevaba todo el día dándole vueltas a ese tema. Lo noté en varias ocasiones ausente, pensativo, triste, raro, pero no conmigo, a mí me seguía tratando como una reina. Estaba muy pendiente a mí y me besaba con su alma, eso lo notaba, pero había otra cosa, como si estuviera triste o preocupado por algo, al menos esa era mi sensación.

Pensé en aquel momento en preguntarle qué le pasaba, pero me daba reparo meterme tan pronto donde no me llamaban o incomodarle con mi pregunta. Sentía como si fuera a meter la pata y no quería eso, quería que todo estuviera bien, que él se sincerara conmigo cuando quisiera y no sentirse presionado por mí. Solo esperaba que no fuera nada grave que le estuviese pasando a él o alguien de su familia. ¿Estaría conspirando yo como tantas veces me había pasado? ¿Sería el ver que ya todo lo de ese viaje se iba esfumando? Suspiré e intenté relajarme, quizás solo eran cosas mías.

Desperté ese último día antes de irnos y no lo vi a mi lado, pero al mirar fuera sabía que estaba ahí.

Salí y estaba tomando un café, me agarró por la cintura y me sentó en sus piernas, me besó y luego nos pusimos a desayunar.

—Tengo que hablar contigo... — dijo con tono de tristeza y recordé la sensación mía del día anterior.

—¿Pasa algo Leo?

—No quiero seguir contigo sin que sepas toda la verdad — su rostro estaba pálido, notaba que lo que iba a decir le costaba mucho.

Pensé que tenía hijos o estaba divorciado o algo por el estilo.

—Dime...

—No me arrepiento de nada de lo que hice en mi vida, jamás le hice nada malo a nadie, fui honesto con todo el mundo, pero hace poco tomé una decisión poco acertada y en breve te vas a enterar. No puedo hacer nada por dar marcha atrás, no sé si te lo tomarás bien y no le darás importancia o puede influir en lo nuestro.

—Me estás poniendo nerviosa...

—Hace un mes vinimos Zeus y yo de rodar una película en México, era nuestra primera de ese género.

—No entiendo...

—Aceptamos rodar una porno...

—¿¿¿Actor porno??? — escuché gritar en ese momento a mi amiga desde su terraza, parecía ser que no era la única que me acababa de enterar de aquello.

Miré a Leo y sentí como si mi mundo se desvaneciera ¿Cómo iba a digerir ahora eso? ¿Iba a aguantar saber que sería la vista y la excitación de muchas personas que lo verían? Se me comenzaron a caer lágrimas de rabia, de dolor, de impotencia ¿Por qué me tenía que pasar esto a mí?

Había cosas que en mi vida dije que no iba a permitir y esa era una de ellas, eso me había partido en dos y ahora de lo único que tenía ganas era de estar sola, llorar y patalear... Pero no podía estar con un hombre que se había acostado con personas por dinero, dejando toda su intimidad a la vista del mundo entero.

Escuchaba los chillidos de mi amiga desde su cabaña y no tardó en aparecer con su maleta, diciendo que no quería saber nada de él. Yo le pedí a Leo que se fuera con Zeus, necesitaba estar sola, salir de ese *shock* y aclarar mis ideas, ahora estaban todas de aquella manera y no había forma de pensar con lucidez.

Nos quedamos todo el día a solas, mi amiga no paraba de soltar toda clase de burradas por la boca, decía que se habían reído de nosotras, que no nos lo habían dicho hasta haberse puesto las

botas con nosotras y que habíamos caído como dos gilipollas.

Sus palabras me dolían, pero en cierto modo me preguntaba si tendría razón y pensar eso era lo que más me partía el alma, yo había visto en Leo sinceridad a mi lado, amor, (vale que eso no me lo tenía que haber ocultado), pero lo que me hizo sentir y me transmitió no podía ser mentira.

Estaba con la cabeza a punto de estallarme, fue un día duro triste y largo, vaya final de vacaciones. Esa noche me acosté sin hacer ruido, pero no dejaba de llorar, sentía algo bastante feo...

Al día siguiente desayunamos y vinieron por todos nosotros para llevarnos a Malé a coger el avión. Los chicos nos dieron los buenos días, pero no le contestamos, yo no sabía si estaba haciendo bien o mal, pero estaba muerta en vida, sentía que no tenía fuerzas para nada.

En el avión nos sentamos juntas, seguíamos sin hablarles y eso seguimos haciendo durante todo el vuelo en el que, gracias a Dios, conseguí dormir algunas horas ya que de lo contrario habría enloquecido.

Aterrizamos en el aeropuerto y no nos despedimos de ellos, cogimos un coche de alquiler para llegar hasta Málaga, ya no había nada que hablar, ni siquiera que hacer. Tenía claro que lo mejor era separarnos así y olvidarlo todo cuanto antes, pero no iba a vivir con esa sensación de estar al lado de un hombre que vendió su cuerpo por dinero, sin necesidad, era actor y tenía trabajo, no le habría hecho falta aceptar eso.

La llegada a casa fue derrumbe total, se lo conté a mis padres cuando mi hermana se fue a dormir después de miles de abrazos, besos y de enseñarme fotos.

Mis padres me aconsejaron, no me hablaron mal de él, me dijeron que tenía que sopesar todo y que a veces el ser humano no piensa las cosas que hace y las consecuencias que nos puede traer en un futuro y eso es lo que le pasó a él.

Me acosté con el alma rota de dolor, llorando y con la sensación de que todo lo bonito que la vida había puesto en mi camino, se había esfumado en unos segundos, en aquel desayuno donde me reveló aquello que le estaba matando, aquello que terminó destrozándome a mí...

## CAPÍTULO 14.1: LEO

La vuelta de lo que en principio iba a ser un viaje idílico, ha sido un infierno.

Ni siquiera hemos vuelto juntos ni nos hemos despedidos. Zeus y yo volvemos a su piso en un taxi y no dejo de pensar en ella.

No me dijo adiós, no me miró, le daba asco. Sabía que esto podía pasar cuando me arriesgué a contarle el secreto que me atormentaba. Así que todo se ha ido al traste.

Quién me iba a decir a mí que el mayor error de mi vida, del que me arrepiento enormemente, me iba a llevar a perder a la chica de mi vida. Cuando hicimos el amor, era el chico más feliz del mundo y ahora todo se ha ido a la mierda.

Necesito volver a verla, necesito que me mire, que me hable, que me diga que todo se va a arreglar, que perdone mis fallos y que olvidaremos el pasado para que nos vaya bien en el futuro.

Me paso los días y las horas encerrado en la habitación, al igual que Zeus, escondiendo la cabeza bajo la arena y lamiendo las heridas después de lo ocurrido el último día en las Maldivas.

La he llamado, le he enviado mensajes, le he dejado algunos de voz incluso, pero nunca me responde, nunca me contesta a las llamadas, ni siquiera los lee.

Solamente sé cómo está por sus redes sociales, en las que tiene que seguir activa por temas de trabajo. Finge sonrisas, que es feliz, pero yo la conozco y sé que, bajo esa máscara de felicidad está tan jodida como yo.

Es el amor de mi vida. ¿Sabes lo que cuesta, con lo grande que es el mundo, encontrar al amor

de tu vida? Pues yo he podido hacerlo y en pocos días me he enamorado de ella hasta las trancas.

Ese viaje me había dado los mejores momentos de mi vida, y el último día se había ido todo al garete, como si hubiésemos tirado una colilla al váter y se hubiese ido por el desagüe para no volver. Esa colilla era nuestro amor.

Estoy mal, muy mal, no lo voy a negar, me he pasado las horas mirando sus fotografías, incluso he empezado a escribir un diario para poder desfogarme de todo esto que siento dentro.

Apenas hemos comido ni yo ni Zeus estos dos días, pero es hora de salir. Estamos aplatanados, pero necesitamos que nos dé un poco el aire. Así que, a riesgo de que me mande a la mierda, le invito en ir a la feria de la ciudad.

Si es que no sé ni por qué lo hicimos. Teníamos carreras brillantes, la gente nos quería, ganábamos dinero, teníamos todo el trabajo que queríamos y más. Maldigo el día en el que aceptamos hacer el vídeo por experimentar algo nuevo y porque nos hacía gracia.

Maldita gracia que me hace a mí ahora saber que por culpa de esa mierda que nunca debió haber pasado, he perdido al amor de mi vida.

Sé que ahora estamos jodidos, pero voy a conseguir que Cris me perdone, aunque me cueste la vida y para ello tengo que intentar recuperarme. No quiero ser un muerto andante cuando vuelva a verla.

Quiero que me vea como el Leo que fue, ese del que se enamoró, ese con el que cada beso era una aventura, ese que no era un gilipollas que perdía al amor de su vida.

Consigo que Zeus salga de la cama y acepte que vayamos a dar una vuelta, aunque sea a la feria. Ambos necesitamos desconectar, aunque sea por un momento y dejar de pensar en ellas.

Me ducho mientras Zeus se prepara la ropa que se va a poner. Me miro al espejo una vez que he salido de la ducha. Tengo los ojos rojos por pasarme el día y la noche llorando.

No quiero seguir aquí, acurrucado como un niño que tiene miedo. Hay que poner toda la carne en el asador y espabilar para recuperar lo que uno quiere y ha perdido.

Me visto mientras que ahora la ducha se la da Zeus. No tardamos mucho en estar ambos listos. Salimos de casa y cogemos mi coche para trasladarnos a donde tenemos pensado ir; la feria.

Entramos en la feria y lo primero que vemos es un puesto de algodón, gominolas y coco natural. Nos compramos un coco para ir picoteando mientras paseamos por el lugar.

Mira tío, la rana. Me acuerdo cuando nos subíamos con la Trini y vomitó de tal manera que bañó a todos los que nos veían bajo la atracción.

Sí, los puso finos.

No tenemos a Trini, pero yo tengo el estómago algo revuelto. ¿Te apetece que subamos?

Claro, aunque con lo poco que hemos comido, me parece que lo único que va a salir de nuestro interior será bilis.

¿Bruce Bilis?

Mira que eres tonto.

Me lo dicen mucho.

Compramos los tiques y nos subimos, colocando correctamente las sujeciones, que no queremos salir volando a lo Superman. La verdad es que estamos algo nerviosos.

Desde que éramos adolescentes que no nos montábamos en los cachivaches estos de la feria y la verdad es que después de tantos años, dan respeto. Antes éramos más inconscientes.

Empezamos a brincar y aquello no es una rana, es por lo mejor un saltamontes. Juro que voy a echar la primera papilla como esto siga así. Lo de la Trini va a ser una tontería comparado con lo mío.

Me agunto lo que puedo y más y cuando creo que la cosa ha terminado ya, el movimiento, que antes era hacia delante, empieza a ser ahora hacia atrás. Menudo mareo.

Bajamos que parece que hayamos hecho el botellón de nuestras vidas y que llevemos un pedo de tres pares de narices. Como diría Martha; vamos to' doblaos'.

Decidimos probar suerte y nos vamos a una de las casetas donde disparas balines para explotar una especie de globos y conseguir así un muñeco más grande que tú mismo.

Zeus prueba suerte, pero solo gana el premio de consolación, que es nada más y nada menos que un sombrero cowboy. No entiendo muy bien a qué viene ese premio, no nos vamos a engañar.

Es mi turno, apunto y cuando voy a disparar, mi móvil suena y le doy al tuntún para cogerlo con rapidez por si es Cris, pero no hay suerte, es una compañía telefónica que pretende venderme hasta sus bragas.

Desecho la llamada en cuanto me explican un poco. Una campanita suena y el feriante me da la enhorabuena. Parece ser que en mi falta de puntería he acertado a darle al globo dorado,

escondido y muy pequeño, dentro del tablero.

El premio que me llevo es el más grande. Un mono de esos igualitos al emoticono del móvil que simula que se está tapando los ojos. Eso es lo que tenía que haber hecho yo cuando me ofrecieron el vídeo porno; taparme los ojos y no querer saber nada más.

Ahora, con el mono auestas, caminamos hasta el siguiente lugar. Se trata de otra atracción: el martillo. Se trata de una atracción donde también puedes echar la papa, así que, aunque Zeus quiere subir, yo me doy por vencido.

Si subo a esa también, no me van a reconocer ni como el espíritu de la golosina.

Está bien, sigamos a ver si hay algo más relajado, abuelete.

Sí, será lo mejor, nietecito.

Le señalo la noria y me mira como si estuviera viendo a una nenaza, pero yo asiento. Creo que tenemos que hablar de las chicas y de cómo arreglar las cosas y allí es un buen lugar para hacerlo.

Pagamos la entrada y nos sentamos en la cesta que nos indican antes de que eso empiece a moverse. Admiramos las vistas hasta que nos encontramos en la cúspide de la noria.

Tenemos que hablar de las chicas y lo sabes.

Sí, hay que hacerlo.

Tenemos que recuperarlas, tío.

Sí, pero ¿cómo?

He pensado en la típica lista de recursos de reconciliación, como bombones, flores, la tuna, yo qué coño sé.

Creo que podríamos enviarles unas flores y que en ellas hubiese una carta donde expresamos lo que sentimos, el arrepentimiento, ya sabes, todo lo que nos salga del corazón.

Es una buena idea. Mañana podemos dedicar el día a escribir esas cartas y quién sabe, quizá podamos remendar algo de todo lo que hemos jodido.

Así lo haremos, ya verás.

Cuando la noria llega abajo, salimos de la cesta y proseguimos con la visita hasta que, cansados, nos marchamos a casa portando un gran cubo de algodón de azúcar, mi pecado inconfesable.

Cuando llegamos a casa, cada uno toma un folio blanco de la impresora y un bolígrafo. Ha llegado la hora de abrir nuestro corazón en canal y mostrar los sentimientos que nos corroen las entrañas.

He llegado el momento de confesar lo inconfesable, de declarar lo que sentimos, de intentar hacerles llegar algo de sentimientos para intentar que algún día las chicas puedan perdonarnos.

Me siento en la cama con el folio frente a mí y con el bolígrafo en la mano. Puede que esto sirva y nos den una segunda oportunidad o que tiren la carta sin ni siquiera abrirla, pero vamos a

hacer lo que sea posible para recuperarlas, porque estamos enamorados de ellas.

*Sé que te he roto el corazón en mil pedazos por no haber sido sincero cuando debía. Que te lastimé cuando mejor estábamos, y te he hecho llorar. Sé que es posible que tires esta carta sin leerla, o que, tras leerla, la tires a la basura. En cualquier caso, te la escribo porque quiero que sepas que me he dado cuenta del tremendo error que cometí. Sé que no hace mucho tiempo que nos conocemos y que fui idiota al hacer aquella película cuando ni me hacía falta económicamente ni para coger fama. Me imagino que lo hicimos simplemente porque era la novedad y pensamos que iba a ser una experiencia más que llevarse a la tumba. Fue lo más estúpido que he hecho en mi vida y me arrepentiré por siempre, sobre todo porque por ello te he perdido. Sé que no puedo volver atrás en el pasado y tomar otras decisiones o borrar el pasado, pero al menos puedo intentar a lo desesperado que me des una segunda oportunidad. Creo que, si nos la diéramos, estoy seguro de que funcionaría porque nadie te va a querer y cuidar más que yo. Si decides dárme-la, solo dame una señal e iré por ti. Te quiero. Leo.*

Dejo el papel sobre la cama juntamente con el bolígrafo y me seco las lágrimas que corren por mis mejillas antes de doblar el papel y dejarlo sobre mi mesa.

Mañana iré a alguna floristería de la zona y encargará que le lleve un ramo de flores con la carta y más vale que no la pierda, o me voy a convertir en su pesadilla.

Me acuesto, la verdad es que se ha hecho tarde, no me apetece ni cenar. Me imagino que Zeus estará escribiendo la carta en su habitación, porque no ha salido de esta desde que hemos llegado.

Me tumbo en la cama y cierro los ojos intentando relajarme para quedarme dormido. Me pican bastante, fruto de las lágrimas. Tengo que intentar hacerme fuerte, no quiero que Cris me vea así.

Hoy me he levantado con el ánimo un poco más subido, sobre todo porque hoy es el día en el que le va a llegar el ramo a Cris.

Me ducho, desayuno y me visto, en ese orden, antes de salir por la puerta con Zeus. Ambos vamos a ir a la misma floristería para dejar nuestras cartas en el ramo que les hagan, agarradas con una pinza para que lleguen a sus destinatarias.

Cuando llegamos a la floristería más cercana, entramos y nos acercamos al mostrador. No hay nadie dentro. Mejor, así nos atenderían exclusivamente a nosotros y se implicarían más.

Buenos días.

Buenos días, dígame, ¿qué es lo que desea?

Nos gustaría mandar un par de ramos con una carta en cada uno a unas direcciones concretas. No importa el precio, solo queremos los ramos más espectaculares que se hayan visto jamás.

Genial – veo que empieza a dibujar y escribir algo en un papel y después nos lo enseña.

Es una lista de más de cincuenta clases de flores y un bosquejo de cómo sería el ramo. Miro a Zeus y asiente. Le parece bien la idea que nos propone, así que asentimos y le entregamos las cartas guardadas en dos sobres.

La que yo le entrego tiene apuntada la dirección de Cris y su nombre en el sobre, y la de Zeus, también en un sobre, tiene anotada la dirección de Katy.

Salimos y la verdad es que estamos menos tensos. Casi hemos estado conteniendo la respiración el tiempo que hemos estado dentro de la floristería, no solo porque olía rancio, sino porque el miedo se había apoderado de nosotros.

¿Te apetece ir a pasar el día al río?

La verdad es que es muy buen plan, sobre todo porque hace un calor veraniego sofocante y puede venirnos bien para no pensar en las chicas. Nunca vamos a los ríos, siempre a la playa, así que es una novedad de lo más fresca.

Sí, por eso. Vayamos a casa y cogemos los bañadores y las toallas. Además, podemos hacernos unos bocadillos y coger unas cervezas o coca cola para comer allí.

Perfecto, vamos.

Volvemos a casa y preparamos la bolsa con todo lo que hemos acordado antes de marcharnos con la moto de Zeus a la zona del río, donde tenemos una explanada que nadie conoce y a la que tenemos echado el ojo. Igual hasta nos la compramos y privatizamos.

Nos pasamos la mañana mojándonos, viendo pasar a los peces por nuestras piernas, tomando alguna que otra cerveza, disfrutando de la frescura del agua y bronceando nuestra piel.

A la hora de comer extendemos el mantel en el suelo y sacamos los bocadillos para hincarles el diente con un refrigerio. Esto sería perfecto si Cris pudiera estar aquí, a mi lado.

La besaría hasta que el tiempo se parara, hasta que el agua dejara de fluir y las cigarras cesaran su canto. Le haría el amor hasta que los poros de abrieran derramando ambrosía y los ojos lloraran estrellas.

Necesito verla porque creo que me estoy volviendo loco. La necesito y solo quiero que todo vuelva a ser como antes, como cuando estábamos en el viaje, antes del fatídico último día.

Debí haberle confesado mi secreto desde el primer momento y no dejar que las cosas llegaran tan lejos sin que lo supiera. Pero me pudo esa fantasía que era estar con ella, porque a su lado la vida se veía de otra manera.

Es como si la oscuridad estuviera plagada de estrellas, como si su sonrisa fuera el motivo de mi respirar, como si sus ojos activaran el latido de mi corazón.

Tras volver a bañarnos en el río, decidimos que es hora de volver a casa. No tenemos ninguna llamada ni ningún mensaje de las chicas, ninguno de los dos.

Llamo a la floristería, por si las flores o la carta se han extraviado, pero me confirman que tanto el ramo como la carta han llegado a su destino. Quizá no han leído la carta, quizá directamente lo han tirado todo a la basura. A saber...

Pedimos comida a domicilio y nos metemos en la cama. Estamos agotados por el esfuerzo que hemos llevado a cabo a lo largo del día, como nadar a contracorriente.

Miro el teléfono por última vez antes de irme a acostar. Sigo sin tener ningún mensaje, llamada, notificación o señales de vida de Cris. Decido dejar el teléfono cargando en la mesita de noche y me duermo.

Hola Leo.

¿Cris?

Sí, soy yo. Te he extrañado más de lo que te confesaré nunca.

Yo también. Quería pedirte perdón por haberte dañado y por – su dedo se coloca en

mis labios, impidiéndome que siga hablando y pidiéndome que me calle.

No digas nada. Te perdono, ahora solo quiero estar contigo y que tú estés conmigo – asiento casi hipnotizado.

Gracias, te quiero.

Te quiero – la beso despacio mientras ella acaricia mi tornó.

No sabes las horas y los días que le he rezado a todos los dioses y vírgenes que existen para que esto volviera a ocurrir.

Bueno, ahora ya esto aquí y no voy a irte.

No te vayas, no te vayas nunca.

Beso esos labios de frambuesa que me enloquecen mientras acaricio su cuerpo al completo, deleitándome y memorizando cada una de sus curvas mientras ella tira de mi cabello.

Ronroneo de placer y la coloco bajo mi cuerpo para reseguir todo el contorno de su cuerpo con mi lengua justo antes de degustarla por completo, algo que me hace enloquecer de placer.

Entrelazamos nuestras manos y nos miramos a los ojos antes de que de una sola embestida, entre en su interior. Bailamos la danza más antigua envueltos en la luz tenue de las velas y la que emanamos nosotros mismos, que brillamos de deseo.

Acaricio su rostro mientras dejo un pequeño beso en la punta de su nariz. La amo con toda mi

alma y sé que ya no quiero estar sin ella nunca más, antes muerto.

Pero algo ocurre, se va desdibujando y desapareciendo como si fuera una bruma de humo que se aleja poco a poco de mí. Trato de gritar su nombre, pero me es imposible emitir sonido alguno.

Por favor, no, no te vayas otra vez, no me dejes. Extiendo mi mano, pero no la atrapo. Pero se va, siempre se va. Y abro los ojos de manera abrupta y observo cómo todavía tengo el brazo extendido intentando atrapar ese polvo que una vez fue mi Cris.

## Capítulo 15

Había pasado una semana desde la vuelta, había hecho todo lo posible por seguir con mi trabajo con la mejor de las sonrisas, escondiendo detrás de cada foto el dolor tan grande que sentía y la tristeza que se había apoderado de mí.

Llegó a mi casa un ramo de flores con una carta de Leo, mis padres me dijeron que lo aceptara y la leyera tranquilamente, que no podía cerrarme a todo cuando estaba sufriendo, que en la vida de vez en cuando hay que aceptar como vienen las cosas y, sobre todo, asumirlas.

Tenía la necesidad de chillar fuerte, aún no la había leído, pero la sujetaba con mis manos, estaba sola en el jardín tomando un café, mis padres aprovecharon para salir a comprar con la pequeña y dejarme en la más estricta intimidad, con esa carta que algo me decía que me iba a desgarrar el alma.

Un rato después la comencé a leer y a llorar como nunca lo había hecho antes, con un dolor en el pecho que no me dejaba respirar, me oprimía, cada palabra, cada frase, me dolía...

En ese momento sonó el timbre de la puerta del jardín, me sequé las lágrimas y salí pensando que era la correspondencia, pero no, ahí estaba Leo con un rostro triste y lleno de dolor como ese que sentía yo.

—Cris...

—Hola, Leo — le señalé para que entrara en casa.

—Gracias ¿Cómo estás? — preguntó cuando se adentró.

—¿Un café? — pregunté obviando la pregunta.

—Claro, gracias.

—Le señalé el sofá para que se sentara y entré a la cocina por dos, el mío ya estaba acabado.

Me puse a resoplar en la cocina, a ponerme la mano en el pecho, sentí al verlo algo tan grande que no se podía explicar, era como si mi mundo solo fuera junto a él y eso no lo podía negar.

Salí y ahí estaba mirando el ramo y la carta que estaban sobre la mesa, el ramo ya en un jarrón con agua que había preparado mi madre y la carta abierta de haber estado leyéndola.

Puse los cafés delante de él y cogí el mío.

—Cris, sé que...

—No tienes que justificarte más, ese no es el problema, soy yo, eso me hizo mucho daño.

—Lo entiendo, hasta a mí me lo hizo.

—Te he echado mucho de menos, no lo voy a negar...

—¿Puedo pedirte algo?

—Dime...

—Déjame ayudarte a demostrarte que eres lo más bonito que la vida puso en mi camino, que haré que no recuerdes ese video, que llenaré tu vida de momentos mágicos y que te haré la mujer más feliz del mundo. No se vivir sin ti — comenzó a caerle alguna lágrima mientras movía el café.

—No te quiero ver así — ahora la que lloraba era yo.

Agarró mi mano por encima de la mesa, la acarició y no me solté.

En ese momento me llegó un mensaje de Katy diciendo que le había llegado un ramo con una carta y que se iba a ver con él, que no podía vivir sin Zeus y que, sobre todo, lo iba a perdonar.

Sonreí y se lo enseñé a Leo que sonrió y me miró esperando que le dijera que iba a hacer lo mismo, pero no dije nada, me eché a llorar más aún y él se levantó y se agachó poniéndose junto a mí y me rodeó con sus brazos.

—No quiero verte sufrir, ni yo sentir esta sensación de perder lo que más quiero en el mundo. Necesito que intentes perdonarme, pero de mi mano, que yo pagaré ese error toda mi vida.

—No sigas, no es un error, lo hiciste porque estabas libre y te apeteció, aunque no lo comprenda porque pienso que no tenías necesidad de hacerlo, pero no te puedo reprochar nada, no eres tú el problema, soy yo que veo eso como un atentado a la dignidad.

—La perdí, puede ser, pero no me puede condenar a vivir sin lo que más amo en este mundo y sé que ese sentimiento es mutuo.

—Lo es — me abracé a él buscando su arropo, su contacto y rompimos a llorar como dos niños pequeños.

Me levanté de la silla para abrazarlo mejor y besarnos con esa pasión que sentíamos el uno por el otro, donde las lágrimas entraron en nuestros labios con ese sabor salado que proporcionan,

pero eran nuestras lágrimas, nuestros sentimientos, nuestras emociones, lo que sentíamos el uno por el otro.

—Vente conmigo hoy...

—¿A dónde? — sonreí.

—A un lugar que te encantará.

—¿Tengo que preparar maleta o algo? — pregunté sonriendo.

—Un pequeño equipaje para un par de días, luego ya veremos...

Me acompañó al cuarto y preparé una bolsa de viaje, cuando bajamos habían llegado mis padres y mi hermana, lo saludaron con cariño, incluso la pequeña le agradeció el regalo que él le había comprado en las Maldivas.

Tomamos un refresco con mis padres y luego nos despedimos, ellos por sus gestos se quedaron felices de que aquel hombre hubiera aparecido por mi casa, sabían que me hacía feliz y comprendían que eso que hizo no era nada tan grave como para crucificar nuestros sentimientos. Menos mal que eran padres modernos...

Me monté en su coche prometiéndole a Silvia, que otro día la llevaríamos con nosotros y se quedó de lo más feliz.

Leo comenzó a conducir en dirección a la sierra, me gustaba, eso de la naturaleza después de unos días en las Maldivas, era un contraste perfecto para estar junto a él.

Llegamos a una preciosa cabaña privada, era una casa de madera con una piscina que daba a

la naturaleza, un lugar idílico para reconciliar nuestras tristezas, para comenzar de nuevo sin mentiras, sin secretos, sin nada que pudiera volver a poner en peligro nuestra relación.

Recibí un mensaje de Katy diciendo que se iba con Zeus a pasar unos días y sonreí al leerlo, me alegraba que mi amiga también hubiera reiniciado su mente y hubiera apostado por el amor.

Nos sentamos en un banco de madera mirando el paisaje, con una copa de vino y con nuestras piernas entrelazadas, amaba su cara, sus gestos, todo lo que era él, ese hombre que había llegado a mi vida como un soplo de aire fresco.

Luego salimos a comer, a pasear por los arroyuelos y bañarnos en un río que estaba congelado, no había sentido el agua tan fría en mucho tiempo, pero a su lado me hubiera tirado a un glaciar...

Regresamos a la cabaña por la noche, después de investigar aquel lugar tan salvaje y bello, después de cenar en una venta que había por ahí perdida y de pasar otro de los días más felices de mi vida.

Apenas podía creer que volviera a estar frente a frente con Leo, en la intimidad, devorándonos con los ojos y con el convencimiento de que, en pocos segundos, seríamos el uno del otro.

Conforme lo iba mirando descubría en cada uno de los recovecos de su piel por qué el suyo era el cuerpo en el que yo deseaba perderme, de una vez y para siempre.

Lo que había ocurrido entre nosotros hacía que ambos tembláramos por redescubrirnos mientras ardíamos de pasión y no podíamos demorar más el momento en el que dejarnos quemar por sus brasas.

Con más tacto que nunca, como si mi cuerpo estuviera de repente revestido de una inusitada delicadeza, me fue despojando del vestido, desde atrás... Mientras, mis caderas, no dejaban de

ofrecerle con su contoneo un espectáculo sugerente que él degustaba con placer.

Me giré y mis senos fueron a enfrentarse con su ancho torso, ese en el que tanto me gustaba refugiarme. Las insinuantes puntillas del encaje de mi sujetador enmarcaban el territorio que él deseaba poseer, por lo que, tras acariciar mis senos, delineándolos sobre aquella fina película de tela, los despojó de la misma.

La cálida expulsión de aire por su parte cuando los tuvo a su alcance, sin barreras, me indicó que aquel iba a ser un duelo sexual de alto voltaje.

Nuevamente, procedió a darme la vuelta y, sin dejar de acariciarlos, quiso con ese gesto que notara cuán abultada estaba su entrepierna.

Una vez lo hube percibido, me di la vuelta y lo besé, un primer beso al que siguieron una batería por su parte que a punto estuvo de dejarme sin aliento.

Demasiadas emociones contenidas y enormes ganas de echarlas fuera. Sin dejar de acariciar mis senos, su mirada penetraba la mía mientras yo desabrochaba los botones de su camisa.

Seguí bajando y lo liberé también de las ataduras de su cinturón y pantalones, para que jugáramos en pie de igualdad, para que tuviera a su alcance aquello que su mirada me indicaba que deseaba hasta no poder más...

Al unísono, ambos retiramos la poca ropa que cubría nuestros sexos y los enfrentamos. Al contacto con su miembro, mi vulva ardía cual volcán y la lava que descendía de la misma era recibida con júbilo por Leo, a juzgar por su mirada.

Su mirada... unos ojos que me decían que moría porque fuese suya de nuevo. Nos tumbamos y, como si ambos pensáramos en la misma frecuencia, quedamos en paralelo, dándonos placer pausado... sin prisas y con la certeza absoluta de que llegaríamos a las más altas del placer a poco que nos pusiéramos a ello... La forma en la que delimitamos con las yemas de nuestros dedos el cuerpo del otro denotaba amor aparte de pasión y eso no hacía sino aumentar mis ganas

de entregarme a Leo.

Después de dedicarnos un interminable festival de caricias que casi me hicieron literalmente arder, quisimos darles mayor protagonismo a nuestras lenguas... Invirtiendo nuestros cuerpos permitimos que el sexo del otro quedara al alcance de ambos, por lo que nos seguimos haciendo una ofrenda en forma de caricias bucales que eclosionó en un orgasmo por mi parte que apagué con un sonido sordo, sin dejar de degustar aquel miembro que tanto me atraía.

—Ven, pequeña—me indicó cuando entendió que, de seguir por el camino que iba, su orgasmo también sería inminente.

Con la intención de entrar en mí, hizo por colocarme boca arriba, pero me revolví sobre las sábanas, mirando a aquel amplio espejo mientras le daba la espalda. Mi deseo no era otro que el de ver, en la amplitud de este, que hacía las veces de cabecera de la cama, qué me decían sus ojos mientras entraba en mí.

Cogiéndome fuerte por la cintura y entreabriendo con aquella dulce sonrisa mi monte del placer, colocó su miembro en mi entrada. Sus ojos pidieron permiso a los míos, que se lo concedieron directamente.

Cuando Leo entró en mí, me desarmó. Apenas se aventuró en mi húmedo canal, colocó su cara junto a la mía y nos miramos en el mencionado espejo... Un espejo que hablaba de amor. De hecho, eso es lo que estábamos haciendo, degustar el amor en pequeños pedazos, dándoselos a probar al otro...

Mi cuerpo cedió a aquellas embestidas, mientras la intensidad de mi orgasmo envolvió toda la estancia. Laxa y en sus manos tuve la convicción de que así era como quería seguir viviendo, dejándome llevar por la corriente de la pasión en manos de Leo.

Cuando aquel festival amoroso cerró el telón, quedamos como tanto habíamos deseado, uno al lado del otro, amándonos con la mirada y con el alma.

A pesar de la dolorosa vivencia por la que acabábamos de atravesar, para mí lo más importante fue llegar a la conclusión de que Leo era el hombre de mi vida. Nadie dijo que un bonito camino de rosas estuviera exento de espinas. La clave del asunto residía en saberlas sortear y eso sería lo que ambos hiciéramos a partir de ahora... Por encima de todo lo demás, tenía que valorar su honestidad y lo mucho que sintió que el rodaje de aquella infortunada película pudiera servir de escollo que acabara con nuestra relación.

—¿Bien, cariño? —me preguntó besándome con los ojos, aparte de con los labios.

—Mejor que bien, todo está como debe estar—apoyé mi cabeza en su hombro y asumí que aquello había supuesto todo un acierto.

Sus ojos me indicaban felicidad completa y la mía recorría también mi cuerpo de punta a punta. Dichosa, acaricié su pelo y pensé que era el hombre de mi vida. Y es que, cuando todas las señales luminosas apuntan en la misma dirección, hay que seguirlas. La mía apuntaba hacia Leo y yo estaba segura de querer recorrerla; el amor me esperaba en ella.

—Te quiero—le espeté de improviso y vi una lagrimilla asomar en sus ojos.

—¿De veras me quieres? Porque yo te quiero a morir—me confesó...



Zeus...

Por fin la había recuperado... Esa carta y ese ramo de flores valieron la pena. Soy de los que piensa que, cuando uno habla con el corazón, las personas lo perciben. Y solo fue verdad lo que salió de mi boca cuando imploré que Katy me leyera y tomara conciencia de mis sentimientos.

Ay, Katy, ese torbellino alocado que tenía todo el día en el pensamiento. Cuánto sufrí cuando pensé que la había perdido para siempre, y ahora la esperaba de nuevo en la puerta de su casa, loco por verla salir.

Su sonrisa ladina al verme me indicó que nadie me iba a quitar que me diera la del pulpo, pues menudita era ella, pero yo sabía que en el fondo no la había más amorosa.

Espectacular con aquella falda pantalón y sandalias altas, con un top ceñido, empujaba su maleta de fin de semana. Y a mí el corazón se me desbocaba al verla avanzar hacia el coche.

—¿Te has perdido o es que esperas a alguien? —me dijo al verme y, sin más, la besé. La besé porque ya no podía contenerme, la besé porque la quería y necesitaba que fuera ella, y no ninguna otra, la que estuviera en mi vida.

Se subió en el coche y nos perdimos por las calles. Bueno, yo ya estaba perdido desde el día en el que la conocí; perdido en su fragancia; perdido en el contoneo de sus caderas; perdido en ella...

Nuestro destino no era otro que la costa levantina y nuestra idea la de disfrutar en ella durante dos días, y centrándonos en lo que nos importaba; el otro.

—Tienes mucho por lo que compensarme—reía mientras empezaba a bailar por Romeo Santos y yo no podía dejar de sonreírle, cayéndoseme la baba.

Katy era todo un personaje y nos esperaba un fin de semana increíble, por lo que mi alegría crecía por momentos. Le apreté fuerte la mano y constaté que me devolvió el apretón con la misma fuerza. Había pasado tanto miedo por no poder disfrutar de nuevo de sus locuras y alegría que apenas daba crédito...

—Y te lo compensaré, cariño, te lo compensaré—le dije mientras hacía rugir el motor al mismo tiempo que rugía el león que yo llevaba dentro.

Era viernes y llegamos al hotel casi de noche. Dejamos las maletas y me quedé mirándola. No tuvimos que decirnos nada, ambos echamos a correr, presos del ímpetu, en brazos del otro.

Nuestras ropas volaron por encima de nuestras cabezas y no tardé en poder admirar la voluptuosidad de las curvas de mi chica.

—Eres realmente espectacular—le dije negando con la cabeza.

—Déjate de palabrería y vamos al espectáculo en sí—bromeó, pues no podía dejar de decir alguna de las suyas.

Nuestros cuerpos ardieron al entrar en contacto. Con Katy tumbada sobre la cama recorrí el suyo con la punta de mis dedos, dibujando su perfecta anatomía con ellos. Me deleité con aquella vista mientras me dispuse a darle placer en aquel montículo que todo lo movía; su rosáceo clítoris que parecía estar llamándome.

Lo acaricié con la punta de mi lengua y ella se estremeció, insistí con ansia, pues aquella era la parte en la que más me costaba recrearme.

Su cuerpo estaba receptivo y el mío la deseaba más de lo que jamás deseé a ninguna otra. Descontrolado, mi boca recibió su delicioso néctar cuando ella agarró fuertemente las sábanas, para luego clavar sus uñas en mí al experimentar aquel orgasmo que yo moría por provocarle.

Me mordí el labio mientras la miraba, con unas ganas incontrolables de seguir degustándola entera. Tomé una de aquellas fresas con las que nos dieron la bienvenida a nuestra suite y la sumergí en chocolate. La pasé por su cuerpo, dibujando un corazón en su vientre, antes de dársela a probar.

A continuación, repasé con mi lengua aquel corazón, retirándolo, pero con la certeza de que yo le estaba entregando el mío a Katy.

Su gesto de complacencia me hizo seguir dibujando corazones por algunas otras partes de su increíble anatomía, que incluyeron sus senos, para terminar en su vulva, sobre la que dibujé con manos temblorosas por el deseo. Mi lengua, como ambos deseábamos, acabó degustando aquella dulzura directamente de su prominente clítoris, que sobresaliente, me incitaba a pecar una y mil veces en él.

El ardor procedente de este me invitó a recorrer aquel camino prohibido con mi miembro, que terminó sumergiéndose en su lugar preferido; el interior de Katy. Jamás había sentido lo que ese día sentí al penetrar a la mujer que me estaba robando la cordura por momentos.

Sus gemidos fueron para mí la más sensual de las melodías y, cuando por fin me vacié en ella, contaba con la absoluta convicción de que la amaba.

Ese fue el punto de partida de un fin de semana en el que no faltaron intensísimos momentos de cama, pero también cariñosas e interminables sesiones de caricias, risas a raudales y tremendas ganas de complacernos mutuamente. Un fin de semana en el que aprendí a quererla y en el que me propuse que iba a hacerla todavía más feliz de lo que ella era de por sí; todo un reto por mi parte.

Por fin la sentía relajada, por fin me miraba con ojos de amor y por fin percibía aquella

cercanía que tanto pavor me producía no volver a percibir en nadie.

Cuando el domingo por la noche, sin poder parar de prodigarnos miradas de amor, llegamos de nuevo a Marbella, yo sabía que mi vida estaba ya ligada a la suya.

Guapa a rabiar, con un temperamento de armas tomar, pero que era pura fachada... así era Katy y así quería yo disfrutarla cada uno de los días de mi vida. Su inconfundible sentido del humor sería el aderezo necesario para que a nuestra relación no le faltara nada... En cuanto a la dulzura, ya la pondría yo, pues jamás cesaría de dibujar corazones de chocolate sobre ella.



## Epílogo

Un año después...

—Pero las quieres dejar, que ellas no te hayan hecho nada...—resoplé porque Katy me la iba a dar mortal con mis primas.

En ese año ellas también se habían echado novio, unos novios que tampoco eran precisamente del gusto de mi amiga. Siendo honestas, un tanto frikis eran también los chavales, pero que esa no era cosa nuestra.

El cuadro era para inmortalizarlo. Mi amiga con sus padres, Jerónimo y Patricia, con su tío Jacinto y con su abuela Berta, que era la más graciosa del globo y que tenía guasa para dar y regalar. A alguien tenía que salir la niña.

Silvia, mis padres, mis primas, mis abuelos maternos Vicente y María y yo, por otra parte.

Leo con sus padres y hermana, Jimena, mi cuñada de veinte años, que llevaba el ritmo en el cuerpo. Su padre se llamaba Julio y su madre Marta y en ese año yo me había ganado un hueco en sus corazones, igual que ellos en el mío. También les acompañaba una tía suya y su abuelo Manuel, un hombre de lo más tierno y cariñoso.

Zeus con su hermana Olimpia, aquello era de traca valenciana. Sin embargo, sus padres debían ser plebeyos, porque se llamaban Francisco y Hortensia.

Junto a todos ellos, un buen puñado de amigas y amigos nuestros que tampoco querían perderse el gran acontecimiento del año, todos con la sonrisa en las caras.

A nuestro alrededor, docenas de maletas... Normal si partimos de la base de que estamos

hablando de la boda de dos influencers famosas con dos galanes de telenovela, pues de la otra faceta de los chicos ya no queríamos ni hablar...

La isla griega de Santorini era el escenario de ensueño que los cuatro habíamos escogido para darnos un “sí, quiero” que nos hacía una tremenda ilusión. Nuestra vida había dado un giro de ciento ochenta grados en los últimos tiempos y lo estábamos disfrutando como era merecido.

Nuestra boda no iba a ser precisamente modesta ni íntima, pues la prensa haría acto de presencia y las fotos de esta pulularían por los medios y las redes desde el minuto cero.

Silvia estaba preciosa con su mono azul cielo con rayas blancas combinado con sandalias planas de ante y flecos, igual que yo. Hasta nuestras maletas, en verde mint, eran idénticas. Me refiero a la maleta de cabina, porque en lo tocante al resto, llevábamos más equipaje que si nos fuéramos un año a la guerra.

—¿Ves, hermana? Yo ya sabía que te ibas a casar con él y Katy con Zeus—presumió de la buena vista que tuvo el día que los conoció.

—A mí me parece que sabes más que los ratones colorados. Y tú, ¿tienes novio?

—Sí, el de ahora se llama Adrián y es más guapo que los de antes. Aunque mamá siempre dice que la belleza hay que buscarla en el interior...

—Sí, sí, en el interior, pero ella bien que se agenció uno que estaba más bueno que el pan—murmuró en mi oído Katy, que estaba a mi lado.

—Yo a ti un día te doy con el dichoso temita, tú lo sabes, ¿no? —refunfuñé.

—No me seas ácida, que nos vamos a casar y todo gracias a mí, que desde el primer momento te dije que estos chicos merecían la pena...

—¿Desde el primer momento? Mira, no me hagas reír, que no los dejaste en tierra cuando nos fuimos a las Maldivas de milagro...

—Eso es verdad—intervinieron ellos que estaban escuchando—que nos hiciste sudar la gota gorda hasta ceder, que sabemos que eras tú la que te estabas haciendo de rogar.

—¿Lo sabéis? Pues eso será porque alguna chivata se ha ido de la lengua y no quiero señalar a nadie.

Menos mal que no me iba a señalar, extendió su brazo en medio del aeropuerto y Silvia la imitó. Viendo la estampa, mis primas se colaron de un salto al lado de nosotras y adoptaron el mismo gesto.

—Se acabó el juego—le puso punto final en cuanto vio acercarse a mis primas, seguidas por sus novios.

—Ains, ahora que empezaba lo divertido—se quejaron ellas.

—¿Queréis diversión? Os prometo unas entraditas para los cuatro para el circo, en cuando volvamos. Como si os queréis quedar y vais en estos días—les propuso con malicia.

—Mujer, ahora ni en broma, que vamos de boda—le indicaron ellas.

—Vaya hombre, qué suerte la mía—les sonrió Katy entre dientes.

Hora de embarcar y nervios en el estómago... Miré a Leo y descubrí en sus ojos parte de mi propia felicidad. Me sentía completa con él, no es que antes me faltara nada, válgame Dios; pero él se había convertido en mi mejor complemento, ese que realzaba mi belleza y alegría.

De su mano y de la Silvia, avancé hacia la zona de embarque. Santorini nos esperaba y Katy y yo sentíamos que no podíamos haber hecho una mejor elección para nuestro enlace.

El vuelo transcurrió plácidamente, entre bromas, risas e ilusión. Silvia estaba de lo más nerviosa.

—Leo yo he visto el vestido de novia de mi hermana, pero mis labios están sellados. No existen chuches en el mundo suficientes para que...

—Para que esta enana suelte prenda, esta vez la he sobornado yo, como era de esperar—besé su pequeña manita, pues estaba sentada entre mi futuro marido y yo.

Me resultaba curioso pensar que, con lo sorprendente que habían sido nuestros comienzos, ahí estábamos. La clave reside en que cuando el amor es de verdad, las barreras se bajan al tiempo que suben las ganas de rebasarlas.

Aterrizamos y todos los nuestros empezaron a vitorear un temprano, ¡que vivan los novios! Lo terminaron entonando hasta las azafatas, con eso lo digo todo. La boda apuntaba maneras.

Habíamos elegido Santorini por su belleza sin par y por su fama de isla romántica, ideal para acoger bodas. Aquellos de los nuestros que no la conocían se quedaron atónitos por sus paisajes únicos y por la paleta de colores que nos brindó nada más descender del avión.

La boda se celebraría al día siguiente, sábado, y nuestras familias se quedarían también el domingo. La idea era partir los cuatro de luna de miel el lunes al resto de las islas griegas que tantos nos llamaban; Mykonos, Creta, Hidra, Rodas, Milos...

Después de instalarnos en el hotel y de comprobar que todo estaba perfectamente organizado para el día siguiente, nos dispusimos a salir a almorzar algo. Todos estábamos alojados en el

mismo magnífico hotel, con gran encanto, ubicado en la parte más alta de la isla; sus vistas a la caldera y al mar no nos habían dejado indiferentes y fueron uno de los puntales por los que decidimos establecer allí nuestro cuartel general.

Conforme íbamos avanzando por la zona, nos encontramos ya con algunos chicos de la prensa española, que habían llegado hasta el lugar para cubrir el evento. Silvia estaba como loca y les decía que al día siguiente ella misma les iba a retransmitir la boda.

Mis primas se acercaron y les comentaron que ellas podían contarles muchos detalles de nuestra infancia y juventud. La mirada iracunda de Katy las disuadió de su idea y las dos cerraron el pico.

Katy y yo posamos con nuestros chicos para ellos, agradecidos como estábamos de que se hubieran trasladado hasta allí maravillosa isla. Ellos nos comentaban que no había nada que agradecer, que era un placer acudir a un sitio así y que nosotras éramos dos encantos.

Lo mejor del caso fue cuando nos dimos la vuelta y nos encontramos posando y poniendo morritos a Silvia con Berta, la abuela de Katy, que derrochaba arte a raudales.

Mi madre, sin embargo, que era de lo más discreta, decía que ella deseaba pasar desapercibida y Berta añadía que no se preocupara, que ya se encargaba ella de chupar cámara.

Cuando buenamente pudimos seguir avanzando, nos sentamos en un restaurante en el que todos pudimos comprobar por qué la gastronomía griega tiene fama de deliciosa; pescado, marisco y carnes como el estofado con hojas de viña llamado *Dolmades* hicieron nuestras delicias. Y también dimos buena cuenta de los pinchos morunos, que allí llaman *Soulaki*.

Al atardecer, nos dimos un respiro unos a otros, después de haber recorrido cantidad de rincones especiales de la isla, y Leo y yo acabamos cogidos de la mano viendo la sin par puesta de sol desde Fira, en el barrio de Oia.

Allí mi futuro marido me hizo una fotografía con una impresionante variedad cromática que causó furor en las redes, que echaban humo esos días ante nuestro inminente enlace.

Una noche, en la que nos entregamos a aquello que solo los amantes pueden hacer entre las sábanas, fue el preludio del amanecer más especial de mi vida; en el que me iba a convertir en una mujer casada.

Amanecemos con la ilusión reflejada en los ojos. Me pegué fuerte, muy fuerte a Leo.

—Tú sigue así que voy a querer jarana y me vas a decir que no hay tiempo.

—Claro que no hay tiempo, pero no te preocupes que te amenazo desde ya con tener que aguantarme el resto de tu vida.

—¿Tanto? Mira que igual eres tú quien te hartas de mí...

—No soy Katy, que tiene al pobre Zeus siempre amenazado con darle el pasaporte, pero tienes razón, nunca se sabe... Yo de ti me portaba bien, por si acaso—le advertí mientras depositaba un dulce beso en su boca que desvirtuaba por completo mis palabras.

Al abrir la puerta de nuestra suite para ir a desayunar, Leo y yo no dábamos crédito. Lo que nos pudimos reír con Berta y mi hermana Silvia, que nos esperaban a los cuatro en el pasillo para recibirnos con la vestimenta tradicional griega, bailando con sus cabezas tapadas con el pañuelo y ataviadas con aquel ropaje tan original de intensos colores entre los que destacaban el rojo y el negro.

Y allí estaban las dos en la puerta. Berta, nada más vernos aparecer, dijo aquello de "*joroña que joroña*" como en el famoso anuncio de televisión y Silvia la imitada como un lorito.

Después del desayuno, que hicimos en conjunto y con un rollo sensacional, era hora de vestirnos para nuestra boda de ensueño.

Katy y yo nos arreglaríamos juntas, con la sola presencia de las mujeres más cercanas a nosotras, lo que según ella no incluía en ningún momento a mis primas.

—Es hora de que escojas, ellas o yo, no es por presionar—reía. Menos mal que no era por presionar.

No hubo ningún problema, porque mis primas no eran de arreglarse mucho precisamente, de modo que estuvieron casi toda la mañana fuera con sus novios.

Katy y yo queríamos lucir radiantes en aquel día irrepetible y nuestros vestidos de novias, ya perfectamente planchados, pendían de las impresionantes lámparas de aquella amplia suite.

Le habíamos dado muchísima importancia a aquellos vestidos, cómo no, si ya se sabe que son esas piezas que se eligen con mimo y que solo íbamos a lucir una única vez en nuestras vidas, pero que guardaríamos con cariño el resto de ellas. Y no solo en nuestro vestidor, sino allí donde se atesora el patrimonio más importante de una persona; en la memoria.

A ver que no por ser influencers éramos frívolas. Katy y yo teníamos también nuestro puntito sensible y romántico y aquellos vestidos, que tanto iban a inspirar a nuestras seguidoras, eran la viva prueba de ello.

De cuento, nuestros vestidos eran de cuento. Ambas consideramos la posibilidad de lucir vestidos inspirados en la misma línea, pero que se diferenciaban entre sí en los escotes y en algunos otros detalles. En lo que sí coincidían eran en aquellas sublimes faldas de tul y en sus cuerpos adornados con flores. ¿Y qué decir de nuestros ramos idénticos a base de peonías blancas de Naranjas de la China? Pues que no podían ser más chics.

Cuando las dos nos vimos vestidas con aquellas joyas de artesanía no pudimos reprimir el darnos un fuerte abrazo y alguna lagrimilla a punto estuvo de salir rodando... Mejor dicho, pudo comprometer hasta nuestro maquillaje, porque si hubiéramos dado rienda suelta a lo que sentíamos, se necesitarían compuertas para reprimir nuestro río de lágrimas.

El tiempo se había aliado con nosotras, pues el día no podía lucir más hermoso. Dos coches de época descapotables le daban el toque vintage a la que estaba llamada a ser una de las grandes bodas del año en Santorini.

Los paparazzi nos esperaban en la puerta del hotel y ambas, que íbamos de los brazos de nuestros respectivos padres, nos paramos para hablar con ellos.

—¿Cómo se sienten dos influencers que se casan juntas en una isla como esta?—nos preguntaron.

—Juntas, pero no revueltas, que no nos casamos entre nosotras—rio mi amiga que, si no daba la entrada, daba la salida. Así era ella.

—No, no, que eso sería una condena—reí y todos los chicos de la prensa se contagiaron de mi risa.

Después de compartir unos animados minutitos con ellos, pusimos rumbo al lugar elegido para desposarnos, que no era otro que una impresionante terraza con una sublime vista a los acantilados sobre el mar Egeo.

Katy iba en primera línea de fuego con su padre, como no podía ser de otra manera, cualquiera le cogía la vez... yo detrás de ella, con el mío.

—Uy, uy, uy, no me gusta nada como van vestidos—empezó a decirme y sentí que una fina capa de sudor iba a perlar mi frente en cuestión de segundos.

—¿Qué dices? —Yo no veía nada con mi amiga, que era más larga que un día sin pan... Bueno, en realidad como yo.

—Que no están nada favorecidos, se han puesto una chistera, ¡solo les falta el conejo!

—Que me estás asustando, Katy.

—Parece que no la conoces, hija—me dijo mi padre que era más alto que el suyo y que veía perfectamente por el estrecho pasillo que estábamos atravesando.

—Yo no sé lo que te hago...

—Adorarme, adorarme, eso es lo que tienes que hacer—me contestó ella entre dientes, mientras seguía sonriendo a los paparazzi que nos habían seguido hasta el lugar.

No pude evitar darle la mano a Leo en cuanto estuve a su altura. Ni tampoco pude reprimir que rodara una primera lagrimita por mi mejilla cuando mi padre le comentó “cuídamela como yo he hecho hasta el día de hoy”.

Leo asintió con la cabeza y Katy me miró haciéndome un gesto como de “stop” lágrimas, antes de que las suyas empezaran a rodar también.

La ceremonia se presentaba de lo más emotiva y la guinda del pastel la ponía Silvia, que llevaba las alianzas de ambas y un minivestido que era una réplica de los nuestros.

Leo y Zeus estaban guapísimas, con unos trajes de lo más conjuntados. Los había diseñado una firma de alta costura italiana que yo pensaba que a ese paso iba a tener que ficharlos como modelos, pues no se me ocurría que ningún otro pudiera lucirlos con más garbo.

Todo transcurrió entre risas y anécdotas varias, porque varios de nuestros familiares saltaron a la palestra a decir algunas palabras sobre nosotras.

—Hoy se casan dos hijas mías, una biológica y otra adoptada. Desde pequeñas se mostraron revoltosas, confidentes y, por encima de todo, luchadoras. Si están donde están es porque han demostrado que su pasta es especial. Esto es un sueño, pero no solo para ellas, sino también para los demás. Además, hoy gano dos hijos y mi felicidad no puede crecer más...—decía mi madre en el momento en el que la interrumpió Silvia.

—¡Yo también me voy a casar pronto, mami!! —todos los presentes rompieron a reír.

Después de ella subieron la madre de Katy, que dijo unas palabras similares a las de la mía, y la abuela Berta.

—Yo solo quiero decir que hoy también se casan dos nietas mías y, que por la cuenta que os trae, chavales, ya podéis cuidarlas bien. Aquí donde las veis son dos tesoros, de ahí su brillo... No permitáis que ese brillo se empañe nunca, ya me entendéis... ¡Que tampoco estoy diciendo que tengáis que frotarlas todo el día! ¿O sí? Bueno, en fin, que ya me estáis entendiendo... Que os pelo como les hagáis alguna jugada...

Nuevas risas de todo el personal, pues la abuela Berta no podía ser más guasona.

A continuación, subieron mis primas y Katy me hizo un gesto como de que se desmayaba.

—Nosotras no queremos acaparar demasiado tiempo, más bien solo desearles toda la felicidad del mundo a mi prima, Cris, que es toda una estrella y a su amiga, Katy, que es otra y a quien también queremos como si fuera de nuestra sangre.

Su discreción y el comentario final hizo que ella me dijera que por una vez se lo habían currado. Entendí por su gesto que incluso estaba dispuesta a enterrar el hacha de guerra, ya

veríamos por cuanto tiempo.

... Y lo último que esperábamos pues, después de que algunos de nuestros amigos dijeran también algunas palabras, tomó el micro Silvia.

—Yo quiero hablaros de mi hermana, Cris, que es la más cariñosa del mundo, además de la más guapa. Además, vosotros igual no lo sabéis, pero tiene un vestidor que es enormeeeeeeeeeee y yo a veces, cuando no está en casa, le cojo sus zapatos y me paseo con ellos—claro que lo sabía yo, si luego me los dejaba desemparejados—Pero lo mejor de todo es que no solo es guapa, sino que además es la mejor influencer y hermana del mundo. Cuando yo sea mayor, quiero ser como ella. Bueno y un poquito también como Katy, que es como otra hermana mayor y siempre me maquilla, aunque mi madre no quiera...

—Como si a alguien le importara lo que quisiera su madre—respondió la nuestra, en relación con que hacíamos lo que nos daba la real gana.

Por allí pasó más gente que por el camarote de los hermanos Marx, por lo que la ceremonia fue tan larga como amena, plagada de risas y de alegría.

—¡¡¡Por fin!! —soltó la abuela Berta cuando nos dimos el “sí quiero” —Ya creía yo que nos quedábamos sin convite.

Pero claro que había convite y lo íbamos a celebrar en aquella misma terraza, pues no se nos ocurrió un mejor sitio en el mundo para hacerlo.

Leo me apartó de la muchedumbre y me dio un beso de película, que notamos que captaron las cámaras.

—Esto no es una telenovela, es real—dijo.

—Pues claro que es real, cielo, es nuestro día...

Miramos hacia el otro lado de la terraza y Zeus y Katy se estaban besando también. Viendo ambas estampas, nuestros invitados comenzaron a aplaudir.

Enseguida nos sirvieron un cóctel de bienvenida con el que brindamos con los chicos de la prensa, que estaban cubriendo el evento con todo el entusiasmo. Y teníamos que reconocer que el calor apremiaba.

—¿Estáis felices? —nos preguntaron.

—¡¡Como perdices!! —chillamos los cuatro al unísono, levantando las copas hacia ellos, momento que inmortalizaron las cámaras.

Desde la organización nos agasajaron con un espectáculo de danzas tradicionales griegas al que no tardaron en sumarse la abuela Berta y Silvia. El caso es que la chiquitina terminó tirando de mí y yo de Katy, que chillaba diciendo que íbamos a perder el glamour... Pero no, lo único que ganamos fue nuevamente en felicidad. Al final, todas las mujeres terminaron uniéndose al baile y hasta Katy echó unos pasitos con mis primas. Vivir para ver...

—Esto que no sirva de precedente— me dijo luego.

—Anda ya, si estás deseando ir todas las tardes a tomar el té con ellas cuando volvamos a España—quería escucharla un poco.

—No me busques que me encuentras...

—¿Qué están murmurando nuestras mujeres? —se acercaron Leo y Zeus.

—Suenan genial, ¿no crees Katy?

—No suenan mal, la verdad sea dicha—también se derretía con Zeus, pero tenía que mantener su imagen de petarda.

El almuerzo fue todo un éxito, pues la empresa de catering, regentada por un paisano nuestro, supo combinar a la perfección lo mejor de la gastronomía griega con la española.

Se sirvió tipo bufé por aquello de que los cuatro queríamos interactuar en todo momento con nuestros invitados, que no paraban de ensalzar las maravillas de una boda que estaba transcurriendo de dulce.

A la hora de cortar la tarta nos entregaron sendas espadas con las que ambas bromeamos, como diciendo que cuidadito a los chicos, que levantaron las manos en señal de que ellos eran inocentes.

Desde el día que nos confesaron su “secretillo” mi amiga y yo siempre los estábamos amenazando con caparlos como nos dieran otro como aquel y ellos miraban las espadas indicándonos con la mirada que no se les ocurriría.

Ya sabíamos nosotras que no. Ninguno de los cuatro estábamos dispuestos a dejar que se perdiera ni un ápice de la felicidad que estábamos viviendo en aquel momento.

Fue un día intenso y, al atardecer, la prensa nos sorprendió con un espectáculo de fuegos artificiales en el que terminó leyéndose “Enhorabuena parejas, sois las mejores”. Pero eso fue después de que todos nos deleitáramos con el atardecer en Santorini, un espectáculo visual que grabamos en nuestras memorias como uno de los grandes momentos del día.

Almuerzo, merienda, cena, recena y hasta archicena debió servirse allí, pero las horas

volaron...

La gente de la prensa no pudo irse más contenta, agradeciéndonos sobremanera que incluso les hubiéramos pedido que se unieran a la celebración por la noche. Era lo menos, para eso recorrieron un largo trecho y se habían portado fenomenal con nosotros.

—Hermana, yo ya tengo sueño, pero mañana más boda—me indicaba Silvia con la boca llena de chocolate como de haberla metido directamente debajo de la fuente.

—Mañana la hermana te va a llevar por toda esta isla y nos vamos a hacer un mogollón de fotos tipo inflencer las dos, mis seguidoras están deseando verte.

—¿Estás segura? Mira que te voy a hacer la competencia—se rio ella antes de girar sobre sus talones y salir pitando.

¿Quién le decía esas cosas a la niña? Era la bomba...

—Mañana hacemos todo lo que quieras, pero esta noche ya te diré lo que te voy a hacer yo—susurró mi marido en mi oído y yo creí que me desmayaba.

No en vano, Leo lo tenía todo para mí, pues no solo era el más cariñoso del globo, amén del más guapo, sino que en la cama sabía llevarme al cielo con un solo chasquear de dedos.

Nos acercamos a la barandilla de aquella terraza y vimos cómo la luna nos saludaba. Llena y con un especial brillo, que comenzaba en ella y terminaba en los ojos de Leo, en los que a su vez yo me reflejaba.

Cogidos de la mano, nos dispusimos a marcharnos del lugar en el que nuestras vidas se habían unido, con el entusiasmo en la comisura de nuestros labios...

—Te quiero, mi niña, te he querido desde el primer momento que te vi y algo de brujilla debes tener, porque a mí me embrujaste desde que posaste tu mirada en mí.

—Tú también me embrujaste y el día de hoy ha sido como un maravilloso hechizo en el que nos hemos fundido los dos.

—Pues que siga ardiendo el caldero en el que preparamos la pócima, y nosotros con él...

—Ya puedo sentir ese ardor—le dije mientras él me tomaba en sus fuertes brazos y cerraba con su pierna la puerta de nuestra suite.

... Y ardimos, ardimos entre las llamas de la pasión, por primera vez como marido y mujer. Yo lo miraba y él me miraba... pero debía ser cierto que nos habíamos tomado una pócima porque lo que nuestros ojos veían, más allá del otro, era un amor tan sereno como loco... Un amor que deseábamos que se perpetuara. Por ello lucharíamos, porque como dice la canción "*Un amor tan grande, tú no puedes esconderlo por ninguna parte...*"